



Regreso a Etxarri-Aranatz

Javier Marrodán

ÍNDICE

PRESENTACIÓN EL ESPEJO 2

I. 27 DE ENERO DE 1979

EL ECO DE LOS DISPAROS

LA MALETA NEGRA DE LOS ULAYAR 6

II. 24 DE ENERO DE 2004

EN EL LUGAR DEL CRIMEN

JESÚS ULAYAR LA VARA DE MANDO VUELVE A ETXARRI 20

JOSÉ IGNACIO ULAYAR EL ENCUENTRO CON EL ASESINO 25

MARI NIEVES ULAYAR UNAS PALABRAS EN EL LUGAR DEL CRIMEN 32

SALVADOR ULAYAR EL ALMA EN UN PUÑADO DE FOLIOS 36

ROSA MUNDIÑANO UNAS LÁGRIMAS IMPAGABLES 44

LINA NAVARRO CARIÑO CON 25 AÑOS DE RETRASO 48

CONCEJALES Y ALCALDES EL RELEVO 52

MAITE PAGAZAURTUNDUA LA PALABRA DE UNA HERMANA 59

JOSÉ JAVIER URANGA 25 DISPAROS DESPUÉS 63

PILAR MARTÍNEZ LA VIUDA DE OTRO HOMBRE BUENO 69

JOSÉ AGUILAR FRENTE A FRENTE CON LOS TERRORISTAS 75

JAVIER ALCALDE UNA PANCARTA Y MUCHOS SILENCIOS 80

MATILDE SÁEZ DE TEJADA REZAR POR LOS TERRORISTAS 86

JOSÉ MIGUEL IRIBERRI CRÓNICAS PARA LA LIBERTAD 91

BERRIOZAR EL CASO CONTRARIO 97

REYES ZUBELDIA SER VIUDA EN LEITZA 102

MARÍA CABALLERO EL COMPROMISO DE LAS VÍCTIMAS 107

IÑAKI ARTETA LAS VÍCTIMAS EN EL OBJETIVO 112

OTROS MILITARES, SINDICALISTAS, PROFESORES 116

VÍCTOR MANUEL ARBELOA UN PASEO POR ETXARRI 120

HERMANAS SANZ BIURRUN 25 AÑOS SIN CARLOS

Agradecimientos

A la familia Ulayar, que me abrió de par en par las puertas de su historia.

A la Fundación Tomás Caballero, que me animó a contarla en forma de libro.

A Adriana Olo, periodista, que ha trabajado de forma decisiva para hacer posibles estas páginas.

A José Luis Olo, responsable del buen aspecto que presenta el volumen.

A los que han leído los sucesivos borradores y han enriquecido el texto con sus correcciones y sugerencias.

A todos los que estuvieron en Etxarri Aranatz el 24 de enero de 2004.

PRESENTACIÓN EL ESPEJO

La historia de la familia Ulayar es un espejo en el que todos los navarros y todos los españoles deberíamos tratar de descubrirnos. Es una historia que se abrió con un crimen, el de Jesús Ulayar Liciaga, que se ha prolongado durante muchos años de soledad e impotencia, y que seguirá inconclusa mientras los autores del atentado puedan seguir paseándose por la calle con el título de hijos predilectos de Etxarri Aranatz, la localidad en la que convivieron con su víctima, la misma en la que le dieron muerte el 27 de enero de 1979.

Jesús Ulayar fue sobre todo un hombre bueno. A sus títulos de padre de familia o de alcalde, los principales, podrían añadirse los de euskaldún, emprendedor, sociable, inquieto, ocurrente o generoso, pero ni siquiera la suma de todos ellos le haría justicia. Fue concejal de su pueblo desde 1967 y alcalde entre 1969 y 1975. Se preocupó y se ocupó cuanto pudo de sus vecinos. “La nuestra fue una infancia que se quedó corta de padre”, han comentado alguna vez sus hijos, ofreciendo en una sola frase el reverso de la esmerada dedicación de Jesús Ulayar al trabajo municipal. No se ahorró tiempo y esfuerzos, ni siquiera cuando algunos de sus vecinos le colgaron las etiquetas —“fascista”, “antivasco”... — que acabaron conduciéndole al patíbulo.

Han pasado 25 años desde su muerte, pero el eco de los disparos no se ha extinguido del todo. En su día, la viuda y los cuatro hijos de Jesús Ulayar asistieron conmovidos al funeral y al entierro, y recibieron el pésame y el cariño de unos pocos. No podían imaginar aún que su dolor, sus lágrimas, su indefensión y su abandono se iban a prolongar durante muchísimo tiempo. Menos aún podían sospechar que los autores del crimen, detenidos en octubre de 1979 y juzgados en 1980 en la Audiencia Nacional, serían nombrados hijos predilectos por el ayuntamiento nacionalista de Etxarri Aranatz, ni que lanzarían el chupinazo de fiestas al abandonar la cárcel. Lo hicieron desde el balcón de la casa consistorial, casi vanagloriándose de su condición de verdugos en el mismo edificio en el que tantas horas había invertido su reo por hacerles más cómoda la existencia.

Como ha ocurrido con tantas otras víctimas, ETA asesinó tres veces a Jesús Ulayar: primero lo hizo con las calumnias, los insultos y las amenazas; después lo liquidó físicamente con las balas; y en tercer lugar lo mató con el comunicado que difundió para reivindicar el atentado y con las mentiras póstumas que continuó arrojando sobre su tumba. El luto ha sido una imposición permanente en la existencia de su viuda y sus hijos.

Sin embargo, en el recorrido de dolor y soledad de la familia se produjo un importante punto de inflexión el 24 de enero de 2004. Aquel día, coincidiendo con el vigésimo quinto aniversario del crimen, la plataforma ciudadana Libertad Ya convocó un homenaje a Jesús Ulayar en Etxarri Aranatz. Dos mil personas secundaron el llamamiento y se reunieron pacíficamente el pueblo para envolver a la viuda y a los cuatro hijos con el cariño y la solidaridad que no habían tenido

en los 25 años anteriores. Aquel sábado lluvioso, la herida tantos años abierta empezó por fin a cicatrizar.

Este libro es la historia de lo que ocurrió en esas dos fechas: el 27 de enero de 1979 y el 24 de enero de 2004. Pero es además un improvisado resumen del cuarto de siglo que las separa.

El relato está dividido en dos partes. La primera recoge un reportaje que se publicó en *Diario de Navarra* el 3 de diciembre de 2000, coincidiendo con la entrega de la Medalla de Oro de Navarra a las víctimas del terrorismo. El texto resumía la vida de la familia Ulayar antes y después del crimen. Era la primera vez que los cuatro hijos del que fuera alcalde de Etxarri desvelaban en público los durísimos pormenores de su existencia cotidiana. El reportaje se reproduce con algunos retoques mínimos.

La segunda parte agrupa un puñado de historias y perfiles individuales. Pertenecen a varias de las personas que acudieron a Etxarri Aranatz a recordar a Jesús Ulayar en enero de 2004: los primeros son sus cuatro hijos, pero hay otras víctimas de diferentes épocas y procedencias, concejales, alcaldes, veteranos de las movilizaciones contra ETA, periodistas y hasta un director de cine. Son semblanzas aparentemente independientes, pero el conjunto conduce de forma directa al subsuelo creado por el terrorismo. Desandando los caminos que aquel día confluyeron en el corazón de la Barranta quizá sea más fácil descubrir cómo era la Navarra que despidió el siglo XX, la que tantas veces no fue capaz de consolar a las víctimas, la que quizá alargó la violencia de ETA con sus olvidos, con su comodidad, con su silencio. En ese sentido, cada capítulo es una pieza para componer el puzzle del pasado reciente: todos ofrecen un aspecto o un episodio concreto, pero todos remiten a un balance más amplio, a una panorámica más general. Las historias individuales de los reunidos el 24 de enero de 2004 ayudan a la vez a entender por qué fue posible aquel acto, qué suma de esfuerzos devolvió palabras de paz, de solidaridad, de esperanza, a unas calles que apenas recordaban ya tiempos felices.

El resultado es más bien duro porque el caso de los Ulayar sigue resultando estremecedor a pesar del tiempo o la distancia. Pero no basta con moverse, no es suficiente imaginar el dolor de aquellos largos años de injusticia sufridos en silencio, sin testigos. Es preciso que todos nos miremos en el relato de su abandono para descubrir cómo éramos entonces. Está bien emocionarse ante las fotografías en blanco y negro del funeral o sentir un escalofrío de remordimiento al leer las afrentas que padecieron en la escuela, en la calle, en casi todos los rincones de su existencia, pero debemos buscar la imagen de nosotros mismos en aquella época y preguntarnos dónde estábamos, que hacíamos, cuánto tiempo tardamos en descubrir que el problema de los Ulayar era también nuestro problema. Mirándonos en su historia y en las que han emparentado con ella en estas páginas quizá encontremos también la nuestra.

El libro, con todo, ofrece motivos para la esperanza. La terrible herencia que ha dejado ETA en los últimos 25 años no ha impedido que la frontera del miedo haya ido retrocediendo. El compromiso valiente de algunas personas singulares es hoy un clamor creciente. La sociedad va despertando poco a poco, y empiezan a ser muchos los que están dispuestos a defender su libertad donde haga falta.

Es verdad que aún matan cuando pueden —y pueden cada vez menos, gracias a Dios— y que aún tienen amigos que les jalean, y políticos y paisanos que compadecen y disculpan a sus amigos. Pero ya no es como antes. Antes eran mayoría los que creían que la violencia no tenía ninguna razón de ser y hoy somos mayoría los que estamos dispuestos a defender ese planteamiento en manifestaciones y actos como el celebrado en Etxarri Aranatz el 24 de enero de 2004.

I. 27 DE ENERO DE 1979
EL ECO DE LOS DISPAROS

LA MALETA NEGRA DE LOS ULAYAR

La historia de los Ulayar ha estado encerrada durante años en una maleta, en una maleta negra. Cuando un comando de ETA asesinó a su padre en 1979, los cuatro hermanos guardaron en una carpeta las noticias que se publicaron sobre el crimen y el funeral. Cuando poco después la Guardia Civil detuvo a los autores del atentado, añadieron los recortes consecuentes a los que ya tenían. También fueron a parar a la carpeta algunas de las cartas que recibieron en aquellos días “durísimos”, y los comunicados de uno y otro signo que mantuvieron abierta la herida durante las semanas y los meses siguientes. Los interminables certificados y documentos que generó el suceso quedaron igualmente archivados, lo mismo que la sentencia, las solicitudes de ayuda y diversos autos judiciales.

A la primera carpeta se unieron una segunda con fotografías y recuerdos anteriores a la muerte y una tercera con nuevas informaciones sobre la excarcelación y el regreso al pueblo de los asesinos, que abandonaron la prisión entre 1996 y 1998, cuando el Ayuntamiento de Etxarri Aranatz, el mismo del que fue alcalde Jesús Ulayar entre 1969 y 1975, ya les había nombrado hijos predilectos.

Todo ese material –las pruebas documentales del drama– ha descansado durante años en una sencilla maleta, a salvo de miradas inoportunas o interesadas, lejos de un ambiente que llegó a hacerse irrespirable, protegido de unos acontecimientos que renuevan el duelo familiar con mucha, con demasiada frecuencia. No hubo nunca un propósito deliberado de ocultar la historia, pero la tristeza, la soledad, la distancia y una cierta resignación contribuyeron a mantenerla aislada durante dos largas décadas.

La maleta de los Ulayar, inevitablemente negra, es una metáfora de la peripecia familiar, pero es también una ventana privilegiada para contemplar la historia de los últimos 25 años. Abrirla y examinar su contenido es zambullirse en el dolor que los crímenes de ETA han extendido sobre la vida cotidiana de muchas personas de Navarra y del País Vasco. La rabia y la impotencia se unen al comprobar el alcance de los tentáculos del terror, la hipoteca tan exigente que los pistoleros han ejecutado sobre el conjunto de la sociedad. No, no es agradable asomarse a la maleta negra de los Ulayar. Pero es un ejercicio necesario: entre las hojas desiguales, junto a los recortes amarillentos, quizá al dorso de una fotografía o entre las líneas irregulares de una carta manuscrita, quienes se aventuren en su interior descubrirán un espejo para mirarse y para averiguar dónde estaban entonces, cómo eran, qué les preocupaba, por qué ahora se sorprenden.

Una familia normal

Entre los papeles más antiguos que alberga el improvisado archivo de la familia Ulayar hay algunos documentos de tipografía y pólizas anacrónicas relativos a la filiación del padre asesinado, Jesús Ulayar Liciaga, hijo de José Miguel y de Inés, nacido en Etxarri Aranatz el 3 de septiembre de 1924. Son los certificados que sus hijos tuvieron que rescatar con ocasión del atentado, del consiguiente proceso judicial y del tortuoso itinerario burocrático que debieron completar para obtener las ayudas que concede el Estado a las víctimas del terrorismo. Los impresos, desvaídos por el tiempo y los trámites interminables, no dicen nada de la historia de un hombre cuyos ascendientes más remotos ya vivían en la localidad en la que él encontró la muerte. “En libros de la parroquia del siglo XVII ya aparecen nuestros apellidos”, explican los hijos. No hay apellidos castellanos en la genealogía familiar.

Los certificados tampoco cuentan que Jesús Ulayar conoció en Etxarri a Rosa Mundiñano Ezcutori, ni que ambos se casaron en la parroquia del pueblo, dedicada a Nuestra Señora de la Asunción, en febrero de 1955. La boda, en cambio, aparece en varias fotografías de elegantes márgenes blancos, las primeras imágenes de una serie que fue ampliándose con la llegada de los niños: Jesús en 1955, José Ignacio en 1959, María Nieves en 1963 y Salvador en 1965.

Mezcladas con las instantáneas familiares aparecen otras de origen y contenido heterogéneos que los hijos, en un contrapunto a la ausencia que el asesinato impuso en sus vidas, son capaces de descifrar de inmediato. Una de esas fotografías muestra a Jesús Ulayar pedaleando en las rampas del puerto de Lizarraga sobre un viejo ciclomotor Guzzi. El empuje mecánico del aparato exigía cada pocos minutos el complemento de la tracción humana. La imagen fue tomada durante una apuesta que el propietario del vehículo había cruzado días antes con “Paco el panadero”, que acababa de comprarse una motocicleta último modelo. “Nuestro padre”, lo cuenta José Ignacio, “le solía hacer bromas sobre la capacidad de la nueva moto y acabaron retándose a subir el puerto. El día que lo hicieron fue mucha gente del pueblo, incluso vinieron algunos periodistas de Pamplona. Para compensar la diferencia de los motores, el panadero le dejó un poco de ventaja. Ganó nuestro padre, que había andado mucho en bicicleta y que no dejó de pedalear hasta que llegó arriba”.

Si la anécdota revela el talante abierto y cordial de Jesús Ulayar, otra de las fotografías descubre de forma improvisada su carácter emprendedor, una disposición que le llevó a vender seguros y a hacer pólizas de decesos de casa en casa, en unos recorridos minuciosos que con el tiempo también aprovechó para llevar bombonas de butano, improvisado recurso que acabó empujándole a su vez a montar un pequeño comercio de estufas y electrodomésticos. La imagen en cuestión fue tomada poco después de que aquel negocio echase a andar, con ocasión de una carrera ciclista que se organizó en Etxarri Aranatz. La indesmayable afición de Jesús Ulayar por la bicicleta ya le había llevado en más de una edición a ejercer de coche escoba con su Citroën *Dos caballos*, pero aquel año decidió aprovechar la circunstancia para hacer a la vez propaganda de su

recién inaugurada tienda: sujetó sobre el techo del automóvil la estufa más moderna de las que tenía en venta y colocó junto a ella, sentada en una silla, a una muñeca gigante disfrazada de anciana, dispuesta como si se calentara las manos. Con semejante escena amarrada a la baca del vehículo completó sonriente el recorrido.

Hay fotografías, asimismo, que descubren su cariño espontáneo por las tradiciones y la cultura de su tierra: en una se le ve iniciando el *dantzaki*, un baile típico que rubricaba la mayor parte de las fiestas de la localidad. Sus hijos también le recuerdan cantando el *Gernikako Arbola* al finalizar la tradicional romería de San Adrián, en torno a un fornido roble que hacía las veces del original.

Junto a las fotos, amarilla y cuarteada por las prolongadas dobleces, hay una página del *Diario de Navarra* correspondiente al 5 de octubre de 1977 en la que se da cuenta de las fiestas de Etxarri, incluida una entrevista al alcalde accidental, Javier Mauleón, que se quejaba de que muchas necesidades del pueblo no se podían atender por falta de dinero. El artículo va acompañado por una decena de pequeños anuncios locales, de los que sólo uno incluye una frase en euskera. Dice así: “Jesús Ulyar Liciaga Electrodomésticos les desea felices fiestas. Festa on batzuek igaro ditzazutela”.

Lo del idioma, en cualquier caso, es un aspecto que no precisa testimonios escritos: sus hijos conservan frescas las repetidas quejas que escucharon de su padre por no utilizar el vasco. “Él siempre hablaba en vasco con nuestra madre y con sus hermanos”, recuerda José Ignacio. “Cuando se dirigía a nosotros también lo hacía en vasco, pero la mayoría de las veces le respondíamos en castellano, que era el idioma que utilizábamos en la escuela. Le sabía mal y nos reñía, aunque hubo un momento en que nos dio por imposibles”.

Un alcalde en casa

Hay episodios de aquella misma época que no tienen referencias escritas ni gráficas, pero que los hijos guardan como pequeños tesoros. Uno de ellos, las expediciones familiares a los Sanfermines, que consistían en una comida en “lo verde” de la Vuelta del Castillo y un recorrido por las barracas que siempre terminaba con la consabida exclamación paterna: “Es el último año que venimos”. Otro, las partidas de fútbolín con el dinero de las bombonas de butano vacías que su padre les había enviado a recoger. Un tercero, la construcción del belén en Navidades, cuando Jesús, el hermano mayor, se encargaba de “diseñar” el montaje mientras los demás recorrían los alrededores del pueblo en busca de musgo y piedras. Todos los hermanos tienen su pequeña colección de recuerdos, a veces anécdotas y sucesos triviales que el atentado dejó grabados de forma indeleble. María Nieves habla en su caso de la vez que su padre la sacó a bailar en la cocina mientras la radio desgranaba un pasodoble. “Yo tenía doce años y me sentí muy importante, aunque nunca se lo pude decir”.

De todos modos, los cuatro hermanos coinciden en que la suya fue una niñez que “se quedó corta de padre”. La razón de esa carencia no fue otra que la dedicación de Jesús Ulyar al Ayuntamiento de Etxarri, en el que entró como

concejal en 1967, y del que fue alcalde de 1969 a 1975. Mientras ojean algunas de las entrevistas que le hicieron en ese periodo, también guardadas en la maleta, evocan sus múltiples reuniones y compromisos, los continuos viajes a Pamplona, las gestiones en los pueblos del entorno, y la consecuencia última de ese ingente volumen de actividad: las pocas horas que pasaba en casa.

José Ignacio y María Nieves, según cuentan, tienen grabada la imperdonable siestecilla que su padre descabezaba después de comer en uno de los sillones del cuarto de estar. “Se tapaba siempre la tripa con un jersey o una pequeña manta”, recrean la escena, uno de los pocos momentos de tranquilidad cotidiana que le permitía el cargo. “Tiempo después descubrimos que debajo de la manta escondía el rosario que iba rezando mientras aparentaba que dormía”. El detalle, añaden, simboliza el porqué de la entrega de su padre al trabajo municipal: “Él fue siempre muy recto y muy leal, su única ambición fue la de servir a su pueblo y a sus vecinos, y nunca cobró nada por hacerlo”.

Sin embargo, hubo personas en Etxarri que no lo entendieron así y que aprovecharon un episodio concreto –la división de opiniones que se creó en la localidad a propósito de qué debía hacerse con el solar de las antiguas escuelas municipales– para empezar a colocar etiquetas sobre el alcalde, que incluso llegó a presentar su dimisión, aunque el gobernador civil no se la aceptó. “El gobernador estaba convencido de que era un buen gestor”, dicen sus hijos, a pesar de que tanto en su despacho como en otros de Diputación o de la Caja de Ahorros le recibiesen siempre con una cariñosa prevención: “¡Ya ha venido otra vez Ulayar a pedir dinero para su pueblo!”.

Jesús Ulayar siguió insistiendo y en septiembre de 1975, desilusionado por la respuesta que habían tenido su trabajo y sus desvelos, logró abandonar finalmente el Ayuntamiento. Se centró entonces en su trabajo –la tienda de electrodomésticos y la funeraria que también había puesto en marcha tiempo atrás– y recuperó algo de la vida familiar que le había hurtado el cargo, pero no se deshizo de los distintos sambenitos que le había ocasionado. Más aun, los primeros compases de la transición crisparon sobremanera el ambiente de Etxarri Aranatz, hasta el punto de que el ex alcalde llegó a temer por su propia vida. El miedo no era gratuito en una zona que ya entonces estaba sirviendo de vivero a ETA.

Al ex alcalde se le vinculaba con el franquismo recién extinguido y se le imputaban, siempre de forma solapada, muchos de los males atribuidos a los cuarenta años de dictadura, como si el odio y los rencores larvados durante generaciones fueran consecuencia de su gestión. Pocos parecían reparar, se lamentan sus hijos, en que su trabajo al frente del Ayuntamiento había sido justamente eso, una gestión, y que los problemas que consumieron su tiempo y sus esfuerzos consistieron en la mayoría de los casos en tareas menudas, prácticas, cotidianas, nada que ver con los agravios históricos y las injusticias seculares que invocaba el nacionalismo más radical. Sin embargo, la tensión y los temores crecieron rápidamente.

No hay papeles ni recortes que reflejen esa inquietud, pero los hijos de Jesús Ulayar, a la vuelta de los años, han descubierto el sentido de algunas frases, gestos y actitudes que en su momento les parecieron extraños y que llegaron a

atribuir al talante extrovertido de su padre, “que hacía difícil saber con certeza cuándo estaba de chunga y cuándo no”. Con todo, los progresivos ensimismamientos del padre fueron extendiendo la preocupación al resto de la familia. Salvador, que entonces tenía doce o trece años, ha retenido la respuesta que obtuvo de él cuando se interesó por uno de aquellos prolongados silencios: “A mí algún día me pegarán cuatro tiros”. Después de pronunciar la frase que escuchó a su padre, Salvador baja la cabeza y resume con cinco palabras los acontecimientos que se produjeron poco después: “Sólo se equivocó en uno”.

El atentado

El 27 de enero de 1979 cayó en sábado. El periódico del día siguiente resumió lo ocurrido en un titular que sigue resultando estremecedor a pesar del tiempo transcurrido: “Asesinado el ex alcalde de Etxarri Aranatz en presencia de su hijo de trece años”. El artículo contiene los datos principales del suceso y recoge a lo largo de varios párrafos en negrita las explicaciones que dio el periodista José Miguel Iriberry el benjamín de los Ulayar. Éste, en cualquier caso, no necesita la hemeroteca para describir los pormenores de una escena que se ha mantenido grabada en su memoria con sorprendente nitidez: “Eran casi las ocho de la tarde y yo estaba en casa, viendo en la tele *Érase una vez el hombre*. Me encantaba aquel programa. Mi padre llegó de Lakuntza y cuando se asomó al cuarto de estar le dije que se nos había acabado el gasóleo de la calefacción. Me pidió entonces que le acompañara a llenar un bidón. Fuimos al garaje, comunicado con el interior, y cogimos entre los dos un bidón grande, de 200 litros. La furgoneta estaba aparcada fuera, enfrente de la puerta de casa, y hacia allí nos dirigimos. Mi madre se quedó cerrando la entrada del garaje, que era corredera. Mi padre iba a coger la manilla de la puerta de la furgoneta y yo estaba al lado, con el bidón, cuando vi venir a un hombre que llevaba la cabeza tapada por una capucha”.

Salvador Ulayar, que relata los hechos con una intensidad que los años no han amortiguado en absoluto, respira profundamente antes de continuar: “El hombre se paró a unos tres metros de mi padre, con las piernas separadas, y le apuntó con una pistola negra, mate y sin brillo, la recuerdo como si la estuviera viendo. Antes de que sonaran los disparos, en una diezmillonésima de segundo, llegué a pensar: ‘Me he quedado sin padre’. Primero fueron tres tiros muy seguidos y luego otros dos. Sonaron como petardos. Mi padre cayó al suelo y yo salí corriendo, creía que el encapuchado también me iba a disparar a mí”.

Salvador Ulayar dobló la esquina de la casa familiar y se encontró con su madre: “Nos hemos quedado sin padre”, le dijo a Rosa Mundiñano, que había oído las detonaciones desde el lugar en el que se hallaba. “A continuación, no se por qué, salí corriendo hacia donde había escapado el hombre que disparó. Les vi que huían rápidamente en un coche y les seguí hasta que doblaron por una calle. En aquel momento supe que ya no podía hacer nada. La gente iba entonces a misa”.

También María Nieves, que tenía 16 años y que se encontraba en la cocina, friendo unas patatas, conserva intactos los tremendos recuerdos de aquella

noche: "Oí unos tiros y presintiendo una desgracia salí corriendo a la calle. Vi a mi padre tendido en el suelo sobre un charco de sangre, pero me parecía que lo que estaba viendo no podía ser verdad, como si se tratase de una pesadilla. Hasta tal punto fue así que le cogí el brazo y empecé a estirárselo para que reaccionara. "Aitá, despiértate, despiértate", le gritaba desesperada. Chillaba y daba alaridos con todas mis fuerzas como si de ese modo pudiese salir de la pesadilla".

Lo que vino a continuación tiene un carácter brumoso en la memoria de los hijos del ex alcalde asesinado. El cuerpo de Jesús Ulayar fue introducido en casa, pero los intentos de reanimación resultaron inútiles. Cuando el médico certificó la defunción trasladaron el cadáver al piso de arriba, al cuarto de uno de los hijos. El domicilio se fue llenando de familiares y amigos, y también aparecieron algunos periodistas, que escucharon el relato de lo sucedido en la humilde cocina familiar. Toda aquella noche la pasaron en vela, aunque no han retenido demasiados detalles, "fue como un sueño". María Nieves sabe que en algún momento de la prolongada vigilia se escabulló de los grupos que se habían formado en el interior de la casa para darle el último adiós a su padre: "Cuando subí, el cadáver se había quedado solo. Quería darle un beso y mirar sus heridas. No tuve el valor suficiente para verlas cuando descorrí la sábana que lo cubría y al besarlo noté que estaba ya muy frío. Fue entonces cuando comprendí de verdad que nuestro aitá ya no estaba con nosotros, que se había ido para siempre".

Todos los hermanos recuerdan a *Chiqui*, la perra que tenían, llorando "como una posesa" y arañando con sus patas la puerta de la estancia donde reposaban los restos de su dueño. "Es increíble cómo se dan cuenta de todo los animales", comentan, quizá para alejarse de aquellas horas que fueron el prólogo de una historia de dolor todavía inacabada.

Algunos de los recortes que guardaron recogen el transcurso del funeral, que se celebró el lunes 29 de enero, cuando los restos de Jesús Ulayar ya habían regresado de Pamplona, donde se efectuó la autopsia. Una de las informaciones aparece acompañada de una fotografía en la que se ve al hijo mayor, Jesús, dirigiéndose a las personas que abarrotaban la parroquia para agradecerles la compañía y los ánimos que les estaban prestando en momentos tan difíciles. En el texto se precisa que Jesús tenía entonces 23 años y que se encontraba haciendo la mili en Ceuta, pero no se dice cómo se enteró allí de la noticia. El interesado lo cuenta ahora como si la escena hubiese tenido lugar hace sólo unos días: "El capitán me hizo llamar a su despacho y yo entré sin saber para qué me quería. Me cuadré, le saludé, y me dijo: 'Ulayar, tu padre ha sufrido un accidente y está muy grave'. No sé qué me pasó por la cabeza en aquel momento, pero le dije: 'Mi capitán, prefiero que me diga la verdad'. 'Le han pegado cuatro tiros y está muerto', me soltó entonces".

José Ignacio tuvo una experiencia similar cuando llegó a la estación de Etxarri procedente de Pamplona, donde había estado aquella tarde. Al bajarse del tren vio un coche cerca y se dirigió al conductor para ver si le podía acercar al pueblo. Era un conocido de la familia que había acudido a esperarle y que le saludó con una frase que todavía resuena en sus oídos: "Han matado a tu padre".

María Nieves, por su parte, conserva una imagen del momento del entierro, cuando el ataúd con los restos de su padre fue descendido a la fosa, “fría y arcillosa” por el efecto de las lluvias recientes: “Aquel agujero me produjo una sensación de pena y abandono. Durante mucho tiempo, cuando llovía, recordaba de una manera irracional que él se estaba mojando bajo tierra”.

Vivir en soledad

Aquellas explicaciones y aquellas imágenes tan brutales fueron sólo un anuncio de lo que se avecinaba, un aviso del vacío irremediable causado por los cinco disparos que sonaron “como petardos”, un adelanto del hueco insustituible que empezó a dibujarse en todos los ámbitos y en todos los escenarios de la vida familiar. En otra de las imágenes que publicaron los periódicos se ve cómo José Ignacio, entonces con 19 años, ayuda a introducir el féretro con los restos de su padre en la furgoneta de “Funeraria Jesús Ulayar”. No se explica, sin embargo, que José Ignacio dejó aquel día su trabajo en una empresa de cerámicas de Etxarri y que el martes, recién inhumado el cadáver, se puso al volante del vehículo familiar para retomar las gestiones que su padre había dejado inacabadas la semana anterior. Él era el único que podía hacerlo en aquel momento, ya que Salvador y María Nieves regresaron a sus clases en la escuela y Jesús, al servicio militar en Ceuta.

Los extractos bancarios que pidieron aquellos días deshacen las infundadas acusaciones de quienes decían que Jesús Ulayar se había enriquecido a costa del pueblo, y revelan a la vez las dimensiones del problema al que debieron enfrentarse la viuda y los cuatro hijos del asesinado: el saldo total no superaba las 500.000 pesetas. Con ese dinero y con el trabajo de un joven de 19 años tuvieron que salir adelante los cinco miembros de la familia.

Y aunque las cifras resultan casi inofensivas al lado del dolor inmenso y continuado, tanto las primeras como el segundo se hicieron más penosos a raíz de determinados episodios. Entre los papeles correspondientes a los primeros días después del atentado hay una cuartilla de mecanografía envejecida por los años que lleva la firma de Andrés Fernández de Garayalde. Es una carta que su autor, vecino de Bilbao, envió a los Ulayar para transmitirles su pésame y para comunicarles que había hecho llegar 1.500 pesetas al Ayuntamiento de Etxarri Aranatz con el fin de ayudar en los gastos del entierro. Los hermanos, según cuentan ahora, no habían tenido noticia del envío: “Preguntamos un tiempo después en el ayuntamiento y nos dijeron que no habían recibido nada. Cuando nuestras tías Martina y Petra le hablaron de la carta al secretario, éste las dejó como mentirosas delante de una multitudinaria asamblea que se había reunido para hablar de la detención de los autores del crimen. Sólo cuando ya habían transcurrido diez meses, y sin que nadie nos dijera nada, encontramos las 1.500 pesetas en nuestra cuenta. No esperábamos que el secretario se retractase y efectivamente no lo hizo”.

Pronto descubrieron que tendrían que acostumbrarse a convivir con las falsedades de ese género, sucesos duros e “incomprensibles” que prolongaron durante años el eco de los disparos. Ya lo habían comprobado con el comunicado

que hizo público ETA para reivindicar el asesinato, un texto de pocas líneas en el que se acusa a Jesús Ulyar de “actividades fascistas y antivascas”. El recorte correspondiente sigue sonando como un insulto, más aun cuando junto a él se acumulan papeles y fotografías que evidencian de forma tan palmaria y contundente lo contrario.

Pero peor si cabe fue la vida cotidiana: atender en la tienda de electrodomésticos a “algunas personas que parecía que compraban un secador de pelo para lavarse la conciencia”, escuchar furtivamente la tremenda coletilla del “algo habría hecho”, recibir palmadas en la espalda de gente que nunca antes les había saludado, incluso de quienes habían criticado injustamente el trabajo municipal de su padre y le habían colocado las etiquetas que le condujeron hacia la muerte. “En Etxarri seguían viviendo quienes habían colgado los sambenitos sobre Jesús Ulyar, quienes facilitaron la información precisa para asesinarlo y, como se supo después, quienes se encargaron materialmente de hacerlo”, dice José Ignacio de la vida en el pueblo después del crimen.

Sí que hubo algunos vecinos que les arrojaron en aquellos momentos difíciles y que les manifestaron su apoyo de un modo u otro, “y eso que allí la gente, por su carácter, por su forma de ser, no es muy dada a manifestar sus sentimientos”. “Algunos venían a la tienda y compraban algo”, recuerdan de una época en la que el interior del pequeño comercio se convirtió en un espontáneo termómetro de la situación.

A partir de ésa y de otras referencias, aseguran que el balance de los años posteriores a la muerte de su padre resultó en conjunto bastante desolador. “Fue casi siempre la soledad más absoluta”, lo resume Jesús.

Detenciones y juicio

Entre las informaciones de prensa que guarda la maleta de los Ulyar hay un puñado de ellas fechadas entre el 10 y el 13 octubre de 1979, diez meses después del crimen. Las primeras explican que la Guardia Civil había detenido en Arbizu a cinco jóvenes de la Barranca que acababan de ametrallar la casa cuartel de Lekunberri. En las posteriores se precisa que los arrestados formaban parte del comando Sakana de ETA militar y que habían sido los autores del asesinato de Jesús Ulyar. Ninguno de los nombres resultó desconocido para los cuatro huérfanos: aunque les llevaban algunos años de diferencia, los hermanos Vicente y Juan Nazábal Auzmendi habían compartido con ellos las mismas calles del pueblo, las mismas fiestas, las mismas romerías, la misma escuela, escenarios comunes que la identidad de los asesinos volvió a llenar de dolor. Otro de los detenidos, Eugenio Ulyar Huici, era hijo de un primo carnal de Jesús Ulyar. En 1980, la sentencia de la Audiencia Nacional estableció que había colaborado sin saberlo —él se reunió con los autores materiales después de perpetrado el crimen— en el asesinato de su pariente. Salvador, sin embargo, asegura que lo vio minutos después de los disparos junto al lugar de los hechos.

Las detenciones, el juicio y la sentencia acallaron también los comentarios que había soportado en los meses anteriores la familia del difunto sobre la procedencia de los autores. “Todos, incluidas muchas personas de buena

voluntad, sostenían que era imposible que a nuestro padre lo hubiese matado alguien del pueblo”, cuentan de entonces. “Años después”, añade Salvador, “en una ocasión en la que venía de Etxarri a Pamplona en tren, coincidí en el departamento con una señora del pueblo. Empezamos a hablar y al final me dijo que a ella ya le habían comentado quiénes eran los que mataron a mi padre poco después del atentado”.

En la sentencia, nueve folios fotocopiados y unidos por una grapa, se pueden leer las penas que el tribunal impuso a los cuatro procesados: 27 años y 22 años respectivamente a los hermanos Vicente y Juan Nazábal, como autores del asesinato; doce años a Jesús María Repáraz Lizarraga, por cómplice de los anteriores; y seis a Eugenio Ulayar, por encubridor del crimen. A los dos primeros también se les condenó por haber robado el coche que utilizaron el día del atentado.

El ambiente del pueblo

En cualquier caso, la viuda y los hijos de Jesús Ulayar no siguieron de cerca el proceso judicial, y no porque no les interesara sino porque nunca nadie les informó de nada. “Ni siquiera supimos que podíamos haber ejercido la acusación particular”, se resignan cuando ya han pasado casi 25 años desde que la Audiencia Nacional emitiese la sentencia, fechada el 26 de junio de 1980. En cambio, no tuvieron más remedio que padecer las consecuencias de otro de los procesos que abrió el crimen, un juicio paralelo que se prolongó durante años y que tuvo por escenario el salón de plenos del ayuntamiento, la misma sala, paradójicamente, que había conocido unos años antes la dedicación y los quebraderos de cabeza del alcalde Jesús Ulayar.

Entre los distintos materiales que contiene la maleta de sus hijos hay una sencilla carpeta de color crema que guarda los sucesivos borradores de un escrito que José Ignacio Ulayar, “en su nombre propio y en el su madre, doña Rosa Mundiñano Ezcutori”, remitió al consistorio de la localidad. La versión definitiva, deudora de innumerables precisiones y matices que aparecen corregidos en las anteriores, lleva la fecha del 8 de marzo de 1995. Fue redactada tiempo después de que la corporación hubiese nombrado hijos predilectos a los autores del asesinato y viene a ser un resumen del paisaje en el que desarrolló la vida de la familia Ulayar después del 27 de enero de 1979.

“Desde el día en que fueron detenidos los asesinos de mi padre y durante estos dieciséis años”, dice uno de los párrafos, “el comportamiento del Ayuntamiento ha sido, siendo benévolo con la calificación, de una total falta de respeto con la familia Ulayar-Mundiñano y para nuestros derechos como ciudadanos de Etxarri Aranatz”.

“Hemos tenido que soportar”, se lee más adelante, “que el Ayuntamiento llegara a la indecencia de nombrar hijos predilectos de Etxarri Aranatz a los asesinos de mi padre, lo que no sólo es un insulto permanente para nuestra familia sino que, además, es un manchón que no tiene precedente en la historia de nuestro municipio”. Y añade un poco después: “Se han abonado con cargo al presupuesto municipal – y, por tanto, también con nuestros impuestos – ayudas

a los familiares de los condenados, o a los propios presos. Se han utilizado las dependencias municipales y la vía pública para ofender la memoria de mi padre haciendo apología de su asesinato, pues no otra cosa significa, por ejemplo, el hecho repetido y sistemáticamente permitido de que en las fiestas patronales se coloquen en la fachada principal del ayuntamiento grandes fotografías de los verdugos de mi padre en una pancarta, en alguna ocasión colocada por el propio alcalde. Lo mismo ha ocurrido con los programas de fiestas, mostrando en la contraportada una foto del ayuntamiento con la citada pancarta así como dedicando muchos años el primer día de fiestas a los asesinos. Para más 'inri' hemos llegado a recibir la visita del concejal solicitando ayuda económica para confeccionar el programa”.

El documento de José Ignacio Ulayar, que en las últimas líneas solicitaba que se retirase el título de hijos predilectos a los asesinos de su padre, fue rechazado por el ayuntamiento: votaron en contra los cuatro concejales de HB y los seis restantes, de EA y PNV, “se dieron por enterados del escrito sin entrar en la votación del mismo”, según se lee en el acta de la sesión.

El fracaso de la iniciativa podría añadirse a los hechos y a las circunstancias entrecomillados: como aquéllos, permite intuir la prolongada soledad de la familia, apenas amortiguada por algunas amistades que se mantuvieron fieles a pesar de la terrible frontera que estableció el asesinato. Cuando se refieren a su situación, al contraste tan llamativo que el tiempo ha ido creando entre el olvido de las víctimas y el homenaje de los verdugos, los hermanos Ulayar mencionan un detalle concreto que simboliza de algún modo todos los demás: “Es significativo y sangrante que los hermanos Nazábal fueran nombrados hijos predilectos del pueblo mientras que donde cayó asesinado nuestro padre haya colocados tres contenedores de basura”, se lamentan María Nieves y Salvador.

Esas injusticias han tenido a su vez manifestaciones a escala en las vidas cotidianas de los cuatro hermanos. María Nieves todavía se duele de las que sufrió en el colegio, cuando aún no había transcurrido un año desde el atentado: “El día en que detuvieron a los asesinos, por ejemplo, yo me enteré de la noticia en casa, mientras comíamos. Media hora después comenzaban las clases. Fui allí con el ánimo trastocado, esperando encontrarme lo que finalmente me encontré: al entrar al aula percibí la mirada inquisitiva de algunas compañeras. Hice ver que no me daba cuenta, pero al cabo de un rato, como persistían en su actitud, me volví hacia ellas y les pregunté con firmeza si tenían algo que decir. Se limitaron a bajar la cabeza. No había otro remedio que convivir en aquel ambiente surrealista en que la víctima era la perseguida y los culpables y los asesinos terroristas eran los héroes y los mártires”.

Las excarcelaciones

Con todo, lo peor aún estaba por llegar. Los largos años de injusticia y abandono masticados en silencio, sin testigos, llegaron a acostumbrar a la familia a una convivencia estrecha e inevitable con el dolor, pero no resultaron suficientes para impedir que las heridas del atentado se reabrieran bruscamente en 1996, cuando salió de la cárcel Vicente Nazábal Auzmendi, el autor material

de los disparos según la sentencia de la Audiencia Nacional. El ex preso recibió el homenaje de la localidad, de buena parte de ella, incluida una comida popular y un pasacalles festivo que desfiló por delante del domicilio familiar de los Ulayar. El 3 de agosto, además, el ex preso lanzó desde el balcón de la casa consistorial el chupinazo que abrió las fiestas patronales de aquel año. En las fotografías que se publicaron del acto se le ve acercando el mechero al cohete en compañía de Francisco Javier Huici Mendiola, que también había salido de la cárcel poco antes.

Los periódicos, en cambio, no dijeron nada del incidente que se produjo unos días más tarde, cuando José Ignacio Ulayar, que paseaba por las calles de Etxarri con su mujer y su hijo pequeño, vio venir de frente a la persona que había matado a su padre. “Al llegar a su altura le dije que era un asesino, un sinvergüenza y un caradura. Él levantó la pierna y me pegó una patada en el pecho a la vez que me llamaba hijoputa. La gente que estaba alrededor lo apartó mientras a nosotros nos avasallaban. Después de 17 años, la primera palabra que escuché del asesino de mi padre fue ésa, ‘hijoputa’”.

Tras aquel episodio se produjeron otros similares, aunque los cuatro hermanos Ulayar aseguran que nunca han insultado a los autores del atentado. “Yo me he limitado a decirles lo que son”, explica Jesús Ulayar, “creo que si no lo hiciese estaría deshonrando a mi padre. No les he acusado de nada que no hayan hecho”.

Cuenta José Ignacio que en el último encontronazo que tuvo con Vicente Nazábal, éste, tras escuchar de nuevo que era “un asesino, un caradura y un sinvergüenza” —“siempre le he dicho lo mismo”—, se encaró con él y le preguntó: “¿Vas a estar así toda la vida?”. Y que él respondió: “Sí, porque serás un asesino hasta que te mueras”. “Él, entonces, me dijo: ‘Garbitukoaut’. En el vasco de Etxarri, eso quiere decir ‘Te voy a limpiar’”.

Los sucesos descritos, unidos a otros similares que se han registrado en algunas localidades del País Vasco, constituyen el prólogo de una situación que lleva camino de multiplicarse en los próximos años, cuando vayan saliendo de la cárcel los autores de los cientos de atentados perpetrados por ETA.

En el caso concreto de los Ulayar, el malestar que provocaron las excarcelaciones —Juan Nazábal abandonó la prisión en 1998 y también disparó el chupinazo del año siguiente— ha crecido en los últimos años al constatar que los autores de la muerte de su padre no han mostrado el más mínimo arrepentimiento por lo que hicieron. Más aún, en una ocasión en la que coincidieron en Urgencias con Jesús, y después de que éste les volviera a recordar lo que habían hecho, Juan le golpeó en la cabeza y Vicente le apuntó con un paraguas simulando que era un arma. Jesús los denunció en el juzgado y se celebró un juicio de faltas. Aunque el caso quedó sobreseído, la vista oral contribuyó a tensar los ánimos y sirvió para poner una vez más de manifiesto los distintos apoyos de los verdugos y las víctimas: los primeros estuvieron arropados por amigos y conocidos mientras que las segundas volvieron a sentir el peso de la soledad.

Los Ulayar, de todos modos, también han contado con la ayuda y el cariño de algunas personas y colectivos. Repasando la documentación que tienen

guardada se descubren cartas y convocatorias de la Asociación Víctimas del Terrorismo, tanto de la oficina central de Madrid como de la delegación de Pamplona, así como varias misivas de Jaime Ignacio del Burgo, el único político, según dicen, que ha traducido a hechos concretos las palabras que ha pronunciado públicamente sobre el problema del terrorismo y el de quienes lo han padecido de forma directa. Entre los papeles que conservan, y es una muestra entre varias, se encuentra el recorte del artículo que escribió Del Burgo a propósito del chupinazo que lanzó Vicente Nazábal en Etxarri. “Se podrá decir que han saldado su deuda con la sociedad”, se lee en el texto, “aunque la sangre de un inocente clamará siempre contra ellos. Al otorgarles el privilegio de lanzar el chupinazo, HB ha demostrado, una vez más, su compromiso político con la violencia criminal”.

Del resto de la clase política, y de las instituciones en general, apenas han obtenido otra cosa que silencio, en contraste con la comprensión recibida de “personas de buena voluntad”, a pesar de que algunas de éstas callasen en público lo que habían manifestado en privado. Tampoco en la parroquia, donde reconocen haber forjado magníficas amistades, han encontrado siempre el apoyo que hubiesen deseado. Aseguran, en ese sentido, que a algunos de los sacerdotes que han pasado por Etxarri en los últimos años les han tenido que escuchar que a los miembros de ETA no se les puede llamar terroristas. “Siempre hemos oído peticiones por los presos y por los refugiados mientras que las oraciones por las víctimas han sido algo excepcional”, se queja José Ignacio.

El futuro

Los Ulyar, en cualquier caso, creen que han aprendido a vivir sin odio, sin rencores que les consuman por dentro. “Pienso que en eso hemos tenido suerte”, dice Jesús. “Hay otras víctimas que tienen que recibir ayuda psicológica, o que deben medicarse. A nosotros nos ha ayudado mucho la fe que nos transmitió nuestro padre”.

Ningún consuelo será suficiente para llenar el hueco que causaron los cinco disparos, una ausencia que los cuatro hermanos han lamentado en muchas circunstancias de sus biografías, desde María Nieves, a quien le hubiese gustado ver a su padre caminando hacia el altar junto a ella el día de su boda, se lo imagina incluso deleitándose con sus nietos, hasta Salvador, que “hoy más que nunca” hubiese agradecido su conversación y sus consejos.

Sin embargo, aquella brusca desaparición que les obligó “a madurar de golpe” les dejó a la vez como herencia un planteamiento firme ante la vida y ante la violencia. María Nieves lo expresa con precisión: “Puedo sentir rabia, impotencia, injusticia o incompreensión, pero gracias a la fe que mi padre me enseñó no siento odio. Eso no me dejaría ser feliz, amargaría mi vida y la de mis hijos, a los que quiero y a los que espero saber educar en el respeto a la vida y a los demás, sin sembrar rencor en sus corazones. Eso sí, algún día sabrán quién y cómo fue su abuelo, su *aittuna*, y cómo murió víctima del odio y del terror”.

II. 24 DE ENERO DE 2004
EN EL LUGAR DEL CRIMEN

JESÚS ULAYAR LA VARA DE MANDO VUELVE A ETXARRI

Jesús Ulayar Mundiñano nunca se hubiese imaginado a sí mismo paseando por las calles de Etxarri Aranatz con la vara de mando que perteneció a su padre. La oportunidad se la brindaron los actos celebrados en el pueblo con motivo del vigésimo quinto aniversario del atentado. Fue el 24 de enero de 2004: un sábado lluvioso y frío que acabó proporcionando un epílogo insospechado al relato encerrado en la primera parte de este libro.

La imagen del primogénito de los Ulayar caminando junto a sus hermanos delante de una abigarrada y silenciosa multitud no se improvisó en pocos días. Lo sucedido en Etxarri aquel sábado guarda una relación estrecha con las páginas precedentes, pero también con algunos cambios que han sacudido de la sociedad la capa de olvido, silencio y resignación acumulada durante años.

El programa llevado a cabo en las calles del pueblo debió su diseño y preparación al colectivo ciudadano Libertad Ya, un grupo surgido en Navarra para ganar espacios de libertad en la calle, en la prensa, en las conciencias, en la sociedad. Los promotores contaron con el entusiasmo de la propia familia, que se implicó de forma decisiva en los detalles de la convocatoria aportando ideas y sugerencias. Una pequeña muchedumbre respondió al llamamiento y acudió aquel día al pueblo de los Ulayar para transmitirles el cariño y el apoyo que no tuvieron cuando ETA perpetró el asesinato ni cuando el oprobio y la soledad perpetuaron durante décadas el dolor de la primera hora.

El 24 de enero de 2004 fue un punto de inflexión en la trayectoria infame de un municipio que mantiene como hijos predilectos a los asesinos de uno de sus alcaldes. Por eso fue tan importante ver al mayor de los Ulayar recorrer las calles de Etxarri con la misma vara que tantas veces sostuvo su padre en trayectos similares. Junto a él, encogidas bajo los paraguas, marchaban personas conocidas y desconocidas. Unas habían recorrido cientos de kilómetros para estar presentes en Etxarri y a otras les bastó cruzar la puerta de casa para sumarse a la comitiva, pero había un parentesco que las unía, un vínculo invisible que había ido relacionando sus biografías hasta juntarlas aquel sábado lluvioso de enero en torno a la tumba de un hombre acribillado a balazos 25 años antes.

El 29 de enero de 1979, camino del cementerio, el hermano mayor fue el encargado de mantener el tipo junto al féretro que contenía los restos de su padre. Ofreciendo el hombro izquierdo a su hermana María Nieves, Jesús Ulayar Mundiñano avanzó aquel día por Etxarri Aranatz flanqueado por coronas de flores, palmadas de cariño, palabras de pésame y dolor, mucho dolor. Se había despedido de su padre unos meses antes, cuando partió hacia Ceuta para hacer el servicio militar sin sospechar siquiera que aquel adiós pudiera ser definitivo. Un capitán le dio la noticia con dos frases telegráficas y contundentes, y él las escuchó de pie, con la gorra en la mano y un nudo en la garganta. Llegó al pueblo después de un viaje larguísimo. La angustia acumulada mientras atravesaba la península se sumó al entrar en casa a la que compartían su madre y sus

hermanos. Pero aún encontró fuerzas para asumir su papel de primogénito. Incluso subió al presbiterio de la parroquia y agradeció su presencia a todas las personas que habían asistido al funeral. También encabezó la comitiva fúnebre que se dirigió al cementerio.

Los años posteriores al crimen fueron muy ingratos para todos. Una sola anécdota refleja los pormenores de aquella etapa en el caso de Jesús. Él ya tenía 24 años y la carrera de Magisterio cuando mataron a su padre. Durante un tiempo fue profesor en el colegio de Lekunberri. Una de sus alumnas era hija de un destacado miembro de HB. La joven empezó a difamarle entre sus compañeras y algunas de ellas se lo comentaron a Jesús. Éste expuso lo sucedido en el claustro de profesores. Se barajó la posibilidad de expulsar a la alumna, pero el resultado más visible del suceso fue la pintada que apareció en una pared del colegio: "Ulyar, acabarás como tu padre".

El 24 de enero de 2004 todo fue muy distinto. El trayecto fúnebre de 1979 partió del pueblo y terminó en el camposanto, pero el de 2004 completó el recorrido inverso, como si quisiera retomar la historia donde la habían dejado los acontecimientos y las circunstancias un cuarto de siglo antes. El joven recluta de rostro desencajado volvió sobre sus pasos 25 años después con una sonrisa ancha y sincera atravesándole el rostro, saludando a familiares, a vecinos de Etxarri, a amigos de Pamplona, a los compañeros improvisados de varias décadas de duelo. Junto a él marchaba su esposa, María José, que en enero de 1979 era su novia. También le arropaban en las primeras filas sus hermanos, sus cuñadas, su cuñado y sus siete sobrinos. El ambiente era risueño, acogedor, amable.

Los actos habían empezado en el cementerio, donde el párroco, Peio Etxabarri, dirigió el rezo de un responso. Mari Nieves Ulyar depositó a continuación un centro de flores junto al nicho en el que reposaban desde hacía unos meses los restos de su padre. Jesús Ulyar Liciaga fue inhumado inicialmente en una tumba, en el agujero "frío y arcilloso" que tantas veces asaltaría luego los recuerdos familiares, pero sus hijos aprovecharon unas reformas en el camposanto para trasladarlo a un nuevo bloque de nichos. Fue con ocasión de aquel cambio cuando José Ignacio escribió en el vasco de Etxarri el mensaje que hoy muestra la lápida. En castellano, dice así:

Joxe Miguel e Inés eran mis padres. Los restos de los tres están aquí. Descansan en este osario después de haber sido levantados de sus tumbas originales. Etxarriarra de nacimiento y habiendo vivido toda la vida en Etxarri y trabajando durante años con constancia por los etxarriarras, de noche y por sorpresa, enfrente de la puerta de casa, la que en Etxarri siempre hemos conocido como casa Txartxenekoa, en el número 4 de la calle Maiza, una vergonzante bestia desalmada, con la colaboración necesaria de otros tres de igual índole, me robaron la vida de cinco tiros.

La única frase del epitafio escrita en castellano es una cita extraída de la Pasión de Jesucristo: "No lloréis por mí, llorad por vosotros y por vuestros hijos". Varias de las personas que el 24 de enero de 2004 se apretaban en el interior del

cementerio para escuchar las palabras del párroco siguieron al pie de la letra el consejo entrecomillado.

Desde el camposanto se organizó una manifestación hasta el número 4 de la calle Maiza. Había empezado a anochecer y las calles de Etxarri estaban oscuras y vacías. Días antes, cuando se anunciaron los actos, un colectivo del pueblo había animado a los vecinos a exteriorizar su oposición al homenaje cerrando puertas y ventanas. Algunas paredes exhibían carteles y pintadas aún frescas contra el fascismo y contra España. También había mensajes a favor de ETA, de la autodeterminación y de los presos. Pero a ninguno de los dos mil asistentes a la marcha parecieron importarles demasiado los pasquines y las consignas que se adivinaban en la penumbra. Menos aún a Jesús Ulayar, orgulloso de la marea humana que avanzaba mansamente a sus espaldas y de la vara de mando que se movía inquieta entre sus manos.

La comitiva llegó felizmente al viejo domicilio familiar y se apiñó como pudo en torno a los contenedores de basura que el ayuntamiento colocó hace ya años en el lugar donde cayó acribillado el que fuera su alcalde entre 1969 y 1975. Varios miembros de Libertad Ya habían instalado un pequeño estrado y un sencillo sistema de megafonía delante de la casa. Salvador Ulayar tomó el micrófono y anunció que se iban a retirar los contenedores. Sus palabras fueron respondidas por un emocionado y multitudinario aplauso, el primero de los que se escucharon en aquella inolvidable tarde-noche.

Mari Nieves relevó a su hermano en el estrado y relató a los presentes cómo el 27 de enero de 1979 salió corriendo de casa y cómo encontró a su padre tendido en un charco de sangre. Le tembló la voz y José Ignacio se colocó junto a ella para arroparla.

Después se encendieron 25 velas y se fueron poniendo sobre una mesita. Jesús Ulayar depositó junto a las candelas la vara que simbolizó la responsabilidad de su padre en el municipio. La fachada de la casa familiar se había pintado de azul unas horas antes y se animó a los reunidos a estampar sobre la pared sus manos impregnadas en pintura blanca. A los pocos minutos, el muro ofrecía un resumen muy gráfico de los sentimientos compartidos por la conmovida multitud: con 25 años de retraso, las manos abiertas a la paz cerraron de algún modo el paréntesis de ignominia abierto en aquel mismo lugar por Vicente Nazábal y sus secuaces. Llovía suavemente y la trayectoria de las gotas se dibujaba al pasar delante de las farolas y de los focos portátiles de las cámaras de televisión. El violonchelo de Pau Casals ofrecía una inmejorable banda sonora a través de los altavoces.

Pero lo mejor aún estaba por llegar. Jesús Ulayar había repasado varias veces el pequeño discurso que pensaba leer desde el quiosco en nombre de la familia. Estaba un poco nervioso cuando los concentrados reemprendieron la marcha hasta la plaza de Etxarri, el epicentro cotidiano de la localidad. Abrumado por el público, por los focos, por el micrófono, el primogénito de los Ulayar quizá no tuvo tiempo de considerar que en aquel mismo lugar se habían celebrado decenas de actos a favor de los presos, que aquellas escaleras que le conducían al atril estaban barnizadas por cientos de *goras* a ETA, que aquel quiosco festivo de sus recuerdos infantiles había escuchado las difamaciones que

allanaron el camino a los asesinos de su padre, que aquel había sido el escenario del reconocimiento municipal a los criminales. Los folios impresos le ayudaron a sobreponerse a la intensidad del momento. Su primera frase no pudo ser más elocuente: “Hace veinticinco años no hubiésemos sido capaces de hablar debido al dolor y hoy puede que no podamos hacerlo por la emoción”.

Pero sí que pudo. “No es fácil explicar qué supone para nosotros que hoy nos hayamos reunido aquí, en Etxarri Aranatz, para recordar a Jesús Ulayar, nuestro Padre, a Francisco Berlanga, asesinado también en 1979, y a todas las víctimas del terrorismo de ETA”, explicó a través del micrófono. “Han sido muchos años de calumnias, de difamaciones, de odio y de soledad. Para la familia Ulayar Mundiñano –nuestra madre, los cuatro hermanos, las dos hermanas de mi padre que aún viven en el pueblo–, este acto sirve de desagravio por todo ese tiempo. Nos gustaría que fuese un punto de inflexión en la historia de Etxarri y que la localidad pudiera alejarse de la órbita nacionalista, de ese grupo hermético que vive encerrado en su idea excluyente de Euskal Herria a costa de todo, incluso de la vida de algunos de sus semejantes”.

Los aplausos fluían sin parar de debajo de los paraguas. La escena hubiese sido impensable unos años antes y sencillamente imposible en 1979. Sin importarle el cuarto de siglo transcurrido desde el crimen, Jesús Ulayar Mundiñano contó a todos cómo era su padre y por qué lo habían asesinado: “Jesús Ulayar fue un hombre generoso y emprendedor. Amaba las tradiciones de nuestro pueblo, la cultura, el folklore, el euskera. Fue un hombre de una pieza que vivió con naturalidad y convicción su triple identidad de vasco, navarro y español. La perspectiva de la historia y nuestra propia madurez nos han demostrado que seguramente fue ése el motivo por el que lo mataron: sus asesinos no soportaban que alguien reuniera con tanta espontaneidad esas tres condiciones que ellos consideraban incompatibles. Era un ejemplo que no podía cundir, y por eso rompieron el molde. Sus hijos recordamos vivamente sus desvelos hacia el ayuntamiento que tuvo el honor de presidir. Fue un alcalde con auténtica vocación de servicio a sus conciudadanos. Algunos de los que estáis aquí podríais contar cómo estiraba su tiempo para atender a cualquiera de sus vecinos. Viajaba a Pamplona en cuanto intuía la posibilidad de conseguir una ayuda o una subvención para su pueblo. Era además cercano y dialogante, dicharachero, alegre. Como se suele decir por aquí, un auténtico jatorra. Sin embargo, ninguna de esas cualidades impidió que le mataran. Primero hubo algunos que crearon el caldo de cultivo del odio y de la división. Después hubo otros que mancillaron su honor y su fama. De ensuciar las calles con insultos y con basura literaria a mancharla con la sangre de Jesús Ulayar sólo había un paso. Y lo dieron. Es probable que ninguno de los que participaron en aquel proceso esté hoy aquí, pero todos, desde los que sembraron el odio hasta los que apretaron el gatillo, son los que han alimentado a la bestia, lo peor de este pueblo, los responsables del asesinato de Jesús Ulayar”.

Desde la plataforma del quiosco seguían con atención sus palabras los demás ponentes: María Caballero, hija de Tomás Caballero, asesinado en Pamplona el 6 de mayo de 1998; el periodista José María Calleja, que hace años unió indisolublemente su pluma a la causa de la paz y de las víctimas; y Maite

Pagazaurtundua, hermana de Joxeba, jefe de la Policía Municipal de Andoáin, muerto en atentado el 9 de febrero de 2003. Con el aliento que ellos le daban, el mayor de los Ulayar quiso aprovechar la ocasión para lanzar algunas preguntas a los vecinos de Etxarri que le escuchaban: “¿Qué se puede decir de un ayuntamiento que cometió la vileza de nombrar hijos predilectos a los autores del crimen? ¿Y qué se puede añadir de las sucesivas corporaciones que han consentido o mantenido aquel acuerdo? ¿Dónde hay que buscar las palabras para calificar a unos concejales que elevaron a la categoría de héroes a individuos de la más repelente catadura moral, a sujetos capaces de asesinar a un hombre indefenso a la puerta de su casa, delante de su hijo de trece años? ¿Os habéis preguntado, echarriarras en general, qué os supone compartir la calle con unos asesinos que, lejos de arrepentirse o de pedir perdón, parecen llevar a gala su miserable condición? Ya sabemos que hay muchas personas que piensan que es más cómodo dejar pasar estas cosas y evitarse complicaciones. Hemos convivido demasiado estrechamente con los silencios y con los saludos huecos como para no ser conscientes de las servidumbres que el miedo ha impuesto en Etxarri”.

También tuvo palabras de agradecimiento para todos aquellos que les acompañaron en los momentos difíciles, cuando un simple saludo en la calle exigía a veces cruzar la frontera del miedo y del compromiso: “Ha habido personas que están aquí y que en circunstancias duras y difíciles nos ayudaron con su amistad y con su apoyo a seguir adelante. A algunas de ellas Dios las acogió en su gloria, pero tienen un lugar preferente en nuestra memoria. Otras muchas personas nos acompañan ahora desde la lejanía. A todas ellas, a todos vosotros, muchas gracias. Queremos tener también un recuerdo para los echarriarras de bien que desde hace años sufrís la brutal imposición del nacionalismo obligatorio. Tenéis nuestro afecto y nuestra comprensión. Sois sin duda merecedores de una libertad que se os niega y de una ciudadanía plena que hoy está gravemente mutilada”.

Cuando Jesús Ulayar se quitó las gafas y dobló los tres folios que acababa de leer, una ovación recorrió la plaza de Etxarri Aranatz. Eran los aplausos que no se escucharon en 1979, los que ya siempre acompañarán la historia de la familia.

JOSÉ IGNACIO ULAYAR EL ENCUENTRO CON EL ASESINO

La historia reciente de Etxarri Aranatz ofrece tantas y tan increíbles paradojas que José Ignacio Ulayar no se sorprendió demasiado cuando acudió al ayuntamiento para consultar algunos extremos relacionados con el homenaje que unos días después se iba a tributar a su padre. La reunión la habían solicitado varios miembros de Libertad Ya que estaban trabajando en los pormenores del programa. Les recibió el alcalde, Bautista Mariñelarena Garciandía, hermano del activista de ETA que el 22 de febrero de 2000 asesinó a Fernando Buesa y a su escolta, el ertzaina Jorge Díaz Elorza. Luis Mariñelarena cumple una condena de 109 años de cárcel por aquel crimen. Su fotografía se podía encontrar con algo de esfuerzo en el enorme cartel que adornaba el salón de plenos. Allí estaban, reproducidos en tamaño carnet, los retratos de todos los presos de la banda terrorista. Al encuentro en el consistorio asistieron también cinco o seis concejales de la candidatura Herria, una agrupación electoral que se creó tras la ilegalización de HB. Desde que mataron a Jesús Ulayar, las urnas de Etxarri no han conocido prácticamente candidatos no nacionalistas.

La reunión fue bastante tensa. José Ignacio, Pilar Aramburo y Chon Latienda habían ido al ayuntamiento con la pretensión de obtener algunas facilidades de tipo material. Al fin y al cabo, se trataba de honrar la memoria de una persona que había presidido la corporación municipal, de un antecesor en el cargo de Bautista Mariñelarena. Expusieron la posibilidad de proyectar un documental en el cine, pero se les dijo que el local estaba ocupado desde hacía tiempo. Plantearon la opción de exhibirlo en el frontón, pero les respondieron que también estaba reservado. Hablaron de los contenedores que cubren desde hace años el lugar donde cayó muerto Jesús Ulayar, y los representantes municipales explicaron que moverlos de allí era difícil, que el tema dependía de la mancomunidad. Comentaron que habían pensado pintar la pared de azul y les contestaron que para eso hacía falta una licencia. Pilar Aramburo les recordó entonces, sin levantar la voz, que el pueblo estaba sembrado de pintadas a favor de ETA y de los presos y que ninguno de los autores había pedido permiso para realizarlas. Menos aún habían consultado a los dueños de la casas atacadas con brochas y aerosoles, la de los Ulayar, sin ir más lejos.

La reunión fue poco concluyente, como cabía esperar. A José Ignacio no le sorprendió para nada el desenlace: había acumulado tantas decepciones, había sido víctima de tantas injusticias, había visto caer tantas paletadas de estiércol sobre la tumba de su padre, que el desinterés de tres jóvenes concejales que en 1979 aún vestían pantalón corto no le iba a hacer perder los estribos.

Nunca los ha perdido, en realidad. José Ignacio, que tenía 19 años cuando se produjo el atentado, fue el único de los hermanos que se quedó a vivir en Etxarri. Él mantuvo y mantiene el negocio familiar de la funeraria. Se casó con Blanca Echarri, de Miranda de Arga, y tuvieron tres hijos que dieron sus primeros pasos a pocos metros de donde habían matado a su abuelo, a su *aittuna*. Sólo en

1996, cuando los autores del crimen salieron de la cárcel y regresaron al pueblo rodeados de música y parabienes, optó por poner un poco de tierra de por medio. No mucha, porque el trabajo le lleva a Etxarri con cierta frecuencia. Esos viajes le permiten tomar el pulso de la localidad que le ha dado sus orígenes y casi todos los disgustos de su biografía.

En consecuencia, José Ignacio Ulayar Mundiñano fue una de las personas que más disfrutó el 24 de enero de 2004. Durante las semanas y los meses anteriores estuvo volcado en los preparativos: suyas fueron algunas de las ideas que acabaron reflejadas en el programa y suyas fueron decenas de llamadas, de sugerencias, de correos electrónicos, una invitación a aquel antiguo amigo de Etxarri, una gestión para encontrar al notario que escribió a la familia tras el crimen, una entrevista en la radio, el ramo de flores para el acto en el cementerio... Sólo descansó cuando llegó al camposanto y descubrió a la pequeña multitud que ya había tomado posiciones junto a la puerta. El suyo fue además un descanso buscado y no encontrado durante 25 años.

La marcha que recorrió silenciosamente las calles del pueblo fue poniendo un bálsamo sobre las cicatrices que atravesaban a la vez el casco urbano de Etxarri y los 44 años de su existencia. A casi todos los participantes en la manifestación les resultaban indiferentes los recodos y los detalles del recorrido, pero los recuerdos de José Ignacio se revolvían inquietos al pasar junto a los escenarios de tantos sucesos amargos o de tantos días felices después amargados por el crimen: los pasacalles festivos de cuando su padre era alcalde y compartía la música y la botella con los quintos, las críticas a su gestión vociferadas en la plaza, los silencios indescifrables de quienes se cruzaba al ir al iglesia o a la panadería, sus tías Martina y Petra tratando de defender la integridad de su hermano ya difunto en medio de una multitud que las acosaba, las pintadas repentinas, el ambiente inflamable del pueblo cuando detuvieron a los asesinos, el recibimiento festivo cuando los excarcelaron...

Fue precisamente en fiestas cuando se produjo el primer encontronazo de José Ignacio con Vicente Nazábal. El ayuntamiento había ofrecido a éste la posibilidad de trabajar como abogado para el consistorio y le había brindado además el honor de lanzar el chupinazo que dio inicio al calendario festivo de 1996. El desenlace del episodio —ya descrito en las primeras páginas— le dejó claro cuál era el talante del asesino recién regresado a la vida civil. De aquel suceso le dolieron tanto la reacción del propio Nazábal —oír de su boca la palabra “hijoputa”, la primera y la única después de casi veinte años— como la indiferencia de quienes presenciaron la escena sin mover un dedo por ayudarles a salir del aprieto.

Pero tampoco en Pamplona quedó a salvo de posibles tropiezos. Coincidió por ejemplo con Vicente Nazábal en la primavera de 1998, mientras se celebraba en la Audiencia de Pamplona el juicio contra Gabriel Urralburu y otros ex dirigentes socialistas acusados de haber cobrado comisiones de las empresas constructoras a las que encargaban obras públicas. Durante la larguísima vista oral —empezó el 6 de marzo y terminó el 30 de julio— hubo varios partidos políticos e instituciones que ejercieron la acusación particular. Uno de los primeros fue HB. La coalición abertzale encargó el trabajo al abogado Andrés

Percaz, que a su vez incorporó al equipo a Vicente Nazábal Auzmendi. Éste había obtenido el título de licenciado en Derecho mientras cumplía su condena en distintas cárceles. Fue una paradoja más verle sobre el estrado, con la toga de los abogados, tratando de hacer justicia en uno de los procesos más importantes de la historia reciente de Navarra. Él, que nunca ha manifestado –al menos públicamente– el más mínimo remordimiento por haber acribillado a tiros a un hombre inocente, buscaba con sus preguntas y reflexiones la sentencia más apropiada para el caso. José Ignacio debía acudir con cierta frecuencia al Registro Civil por motivos de trabajo y como las oficinas se encuentran en la planta baja del Palacio de Justicia, se cruzó un día con Vicente Nazábal, que salía a tomar un café aprovechando un receso de la vista oral. El segundo de los Ulayar le dijo las mismas palabras que ya le había dirigido en la otra ocasión: “Asesino, sinvergüenza, caradura”, y él respondió muy airado en euskera. José Ignacio se pasó al mismo idioma y le replicó. Fueron sólo unos segundos, pero los escasos testigos quedaron impresionados por la tensión.

Juan Nazábal, hermano del anterior, miembro igualmente del *comando Sakana*, también acabó cruzándose en la vida de los hijos de su víctima. De sus nietos, más exactamente. Después de haberse licenciado en Psicología mientras estaba en la cárcel, fue contratado de forma interina en el colegio donde estudiaban los tres hijos de José Ignacio. Es decir, que si el pequeño Juan hubiese tenido algún problema que exigiera ayuda psicológica, lo habría atendido uno de los asesinos de su abuelo.

Le dolió especialmente a José Ignacio que cuando el 25 de mayo de 2003 sus tías fueron a votar al colegio electoral de Etxarri se encontraran con Vicente Nazábal de presidente en una de las mesas. Fue una más, una de tantas.

En la primera página de *Moby Dick*, Ismael, el protagonista de la impresionante novela escrita por Herman Melville, explica que cuando ya no puede más, cuando su irritación contra el mundo está punto de desbordarse, sabe que ha llegado el momento de embarcar. Fernando Savater apeló a ese pasaje para resumir las razones que le habían empujado a meterse en un autobús junto con un grupo de miembros de Basta Ya y a recorrer España para explicar a quién quisiera oírles cómo es la vida cotidiana en el País Vasco. Cuando José Ignacio Ulayar ya no puede más, cuando el peso de la impotencia amenaza con aplastarle, se sienta y escribe. No lo hace con un propósito editorial o con afán de denuncia: simplemente alivia sus penas y repite al mundo sus razones a través de un folio en blanco o frente a la pantalla del ordenador.

Cuando en diciembre de 2000 se publicó en *Diario de Navarra* el extenso reportaje sobre la historia de la familia Ulayar que abre este libro, un colectivo que se dio a sí mismo el nombre de “Etxarriko Ezker Abertzalea” sembró el pueblo de cuartillas en las que se acompañaba la mancheta del periódico con la esvástica nazi y se criticaban la aparición, el planteamiento y el contenido del artículo. “No caeremos por tanto en provocaciones”, decía uno de los párrafos, “y dirigiremos nuestro trabajo político a conseguir en Etxarri y en Euskal Herria la verdadera paz, y eso sólo vendrá con el reconocimiento de los derechos de la nación de Euskal Herria, con la salida de todos los presos políticos, con la vuelta a casa de los refugiados y con la expulsión de la Fuerza Armada Española”. En

otro momento se aseguraba que la “izquierda abertzale” respetaba el sufrimiento de la familia Ulayar. El texto, redactado íntegramente en euskera, concluía con un llamamiento a “encararse” a *Diario de Navarra*.

José Ignacio Ulayar masticó durante horas su disgusto cuando una de aquellas cuartillas llegó a sus manos. Recibió a la vez la noticia de que habían roto a pedradas los cristales del establecimiento familiar. Rumió en silencio ambas circunstancias y al caer la noche se puso a escribir: seis folios de caligrafía densa pero clara en la que respondió de una en una a todas las afirmaciones de los pasquines. “Parece que el amedrentamiento provocado por la rotura de lunas”, se lee en una de aquellas hojas, “os es de momento suficiente para seguir respetando nuestro dolor, lo mismo que habéis hecho durante tantos años ‘felices y apacibles’ que las pacientes víctimas hemos compartido con sus magnánimos verdugos y con sus cómplices, disfrutando de barricadas, de cortes provocados en el alumbrado público, de magníficos estandartes en el balcón del ayuntamiento. Por no mencionar las impresionantes y no siempre bien entendidas manifestaciones en la vía pública por las personas que más sufrían del pueblo [es decir, los presos y los refugiados]. La verdad sea dicha, siempre entendimos que Jesús Ulayar, o el colador que por cuerpo dejasteis de él, ya no necesitaba de ningún apoyo. Os debiéramos dar gracias porque le dejasteis vivir 54 años y porque nos permitisteis enterrarlo en el cementerio de su pueblo”.

También recurrió a la pluma cuando Vicente Nazábal fue nombrado presidente de mesa. Se dolía en aquel caso de la aparente indiferencia con la que muchos votantes acogieron la contribución de un asesino al funcionamiento de los engranajes más básicos de la democracia. “¡Cuánta indignidad –se lamentaba– esconde el hecho de que semejante personaje, estando toda una jornada en la mesa electoral, expuesto a toda serie de posibles y comprensibles imprecaciones, saliera indemne de la situación!”.

Sus desahogos literarios no sólo guardan relación con su caso. Cuando el 30 de mayo de 2003 ETA asesinó en Sangüesa a los policías nacionales Julián Embid Luna y Bonifacio Martín Hernández, llenó tres folios con la reflexiones que le merecía el hecho de que el instituto de Zizur Mayor hubiese promovido actividades escolares, pancartas y pegatinas contra la guerra de Irak y que después no hubiera condenado la muerte violenta de un vecino de la localidad. “Creo que nuestros hijos –escribió– deben sentir con la misma firmeza la mencionada campaña del No a la guerra de Irak y la repugnancia ante el asesinato de un vecino de Zizur. Si los ojos de estos niños y jóvenes ven pasar indiferentes a sus profesores –referentes educativos y formativos–, y que conviven con hechos de tan profunda gravedad sin una clara reflexión del derecho a la vida y de que matar no está bien, lo haga quien lo haga, no estaremos poniendo cimientos firmes de respeto, de libertad ni de democracia para las futuras generaciones”.

El 20 de noviembre de 2002, cuando el homenaje a su padre era aún un futuro indefinido, José Ignacio tuvo ocasión de exponer en público algunas de sus experiencias. El acto lo convocaron las fundaciones Jaime Brunet y Tomás Caballero, y se celebró en el edificio Los Olivos de la Universidad Pública de Navarra. Era la primera que vez que uno de los Ulayar aparecía como ponente

en una convocatoria de esas características. Los promotores se habían dirigido a Jesús, el mayor de los hermanos, pero éste accedió a que la intervención corriera a cargo de José Ignacio. En la mesa se encontraban además José Javier Uranga, ex director de *Diario de Navarra*; Natividad Rodríguez, viuda de Fernando Buesa; Agustín Ibarrola, artista, miembro destacado del Foro de Ermua; y Eloy Artolazábal, cuñado de José Luis López de la Calle, asesinado en Andoáin en mayo de 2000. El moderador fue Alberto Pérez Calvo, catedrático de Derecho Constitucional en la UPNA.

Cuando le llegó el turno de intervenir, José Ignacio sacó de entre los papales una fotografía de su padre y se la puso delante, junto al micrófono, como un simbólico homenaje filial a la persona que perdió la vida por sostener y expresar sus ideas con valentía e integridad. A continuación, desgranó la dura historia de la familia. Relató algunos detalles del crimen y trató de describir cómo fue la vida en el pueblo a partir de entonces: “El asesinato –explicó– terminó por hacer más patente si cabe la difícil convivencia en Etxarri Aranatz. Por una parte había una mayoría silenciosa, gente de buenos sentimientos, que sólo nos mostraba su apoyo en privado, pero que era incapaz de ponerse públicamente en evidencia por defendernos a nosotros y a la memoria de Jesús Ulayar, nuestro padre. También existía gente que lavaba su conciencia ante nosotros, de maneras varias, todas ellas carentes de compromiso público alguno”. El público, unas trescientas personas, le escuchaba conteniendo la respiración. Su mensaje final fue optimista y esperanzador: “Somos más y mejores las personas que creemos en la convivencia pacífica y en que la discrepancia política no será nunca justa si a todos no se nos dan las mismas oportunidades de ámbitos libres y abiertos, blindados a las amenazas de los terroristas, de sus amigos y de quienes miran indiferentes mientras no sean las suyas la libertad y la vida amenazadas”.

Con semejantes antecedentes, lo del 24 de enero de 2004 fue casi un paseo por los umbrales de la felicidad. Unos días antes de aquel sábado, cuando ya se había hecho público el programa y él mismo había sido entrevistado en una emisora, tuvo oportunidad de comprobar que en Etxarri se respiraba un ambiente algo distinto del habitual. Un día tuvo que entrar al pueblo para resolver unos asuntos pendientes. Se cruzó por la calle con una vecina que iba en bicicleta y la señora, quizá al ver que José Ignacio iba solo, se detuvo, se bajó de la bici y le confesó que le había escuchado poco antes en la radio y que sentía mucho que la familia no hubiese tenido un apoyo mayor en el pueblo en los años posteriores al atentado. No se le ocultaba que casi a la vez un grupo de vecinos estaba recorriendo las viviendas para animar a la población a no participar en los actos y a manifestar su oposición cerrando puertas y ventanas.

Durante la marcha que unió el cementerio y el número 4 de la calle Maiza, José Ignacio caminó junto a su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus sobrinos. En el lugar del crimen ayudó a María Nieves a mantenerse entera sobre el estrado y después se hizo él mismo con el micrófono para explicar a los asistentes más alejados los detalles de lo que ocurría junto a la puerta de la casa familiar. Mientras se encendían las 25 velas y los más animados iban estampando en la pared sus manos blancas, fue leyendo los nombres de las 40 personas asesinadas por ETA en Navarra hasta ese momento, desde el comandante Joaquín Imaz,

abatido en los alrededores de la Plaza de Toros de Pamplona el 26 de noviembre de 1977, hasta los policías Bonifacio Martín y Julián Embid, muertos en Sangüesa 26 años más tarde.

Después del acto en el quiosco, José Ignacio Ulayar y todos los demás se dirigieron a la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción. El templo ya se encontraba casi lleno cuando llegaron. La familia se acomodó en los primeros bancos. Fue llamativo que las autoridades que habían acudido a Etxarri Aranatz, incluidos el presidente Miguel Sanz y la alcaldesa Yolanda Barcina, asistieran a los distintos actos mezclados entre el gentío, alejados de cualquier protagonismo.

La misa que rubricó el programa fue quizá el momento en el que más disfrutó José Ignacio. En la parroquia de su pueblo encontró durante años apoyo y amistades, consuelo en horas difíciles y el asidero firme de la fe que le habían transmitido sus padres. También cosechó en torno a la iglesia algunos sinsabores y tuvo que resignarse durante años a que en las preces de la misa se pidiese únicamente por los presos y los refugiados.

Un cuarto de siglo después, de nuevo se encontraban reunidos en la iglesia todos sus seres queridos. Los bancos repletos del 24 de enero de 2004 eran los mismos que habían ocupado los invitados a la boda de sus padres en 1955, los que se habían llenado en los sucesivos bautizos, comuniones y confirmaciones de la familia, los que habían escuchado las oraciones de Jesús Ulayar Liciaga y los que habían presenciado cómo enseñaba a rezar a sus hijos. El esplendor de la liturgia, el poderío del coro, el retablo iluminado..., todo contribuyó a hacer de aquella eucaristía un momento inolvidable. Celebró Javier Azpíroz, vicario de la zona de Mendialdea, acompañado junto al altar por una veintena de sacerdotes. Entre éstos se encontraban el vicario de la diócesis, Luis Oroz, y un insustituible amigo de la familia: José Manuel Lasarte, natural de Etxarri-Larraun.

Lo del final fue idea de José Ignacio: ya distribuida la comunión, tres de los siete nietos de Jesús Ulayar se acercaron al ambón y dirigieron unas palabras y un beso de despedida al *aittuna* que nunca conocieron. Juan Ulayar Echarri lo hizo en euskera; Daniel Ulayar Arroyo, en castellano; y Adriá Roig Ulayar, en catalán. También subió al presbiterio la pequeña Julia Roig Ulayar, que al verse sola frente al micrófono sólo acertó a decir una palabra: “ ¡Aittuna!” . Los asistentes sonrieron emocionados ante la exclamación.

Por último, el propio José Ignacio dirigió a todos unas palabras de agradecimiento en nombre de la familia. Explicó además por qué habían querido acabar el homenaje en el interior de la iglesia: “Nuestra familia ha estado siempre estrechamente unida a esta parroquia. Participamos en la Asociación Católica de Padres de Familia, fuimos miembros de distintos grupos parroquiales y forjamos aquí amistades duraderas. Hoy puedo decir alto y claro que nuestra vida hubiera sido insoportable durante largos años sin esas relaciones que fueron tejiéndose en torno a esta iglesia. Por eso, teníamos clarísimo que los actos convocados en el 25 aniversario de la muerte de Jesús Ulayar debían terminar aquí, en esta parroquia, donde mi padre rezó tantas veces y donde nos enseñó a hacerlo a nosotros”. Se emocionó en un par de ocasiones mientras leía las frases anteriores, pero los aplausos comprensivos que le llegaron desde la nave le ayudaron a continuar.

Desde el ambón, el segundo de los Ulayar expuso un deseo que era a la vez una propuesta: “Hoy, viéndoos a todos aquí, se me ocurre que si desde algún lugar de Etxarri Aranatz puede empezarse el trabajo que nos convierta en un pueblo libre y pacífico, ése tendría que ser la parroquia. Pienso que hace falta gente activa y entusiasta como vosotros para avanzar en ese camino, que no es otro que el que propuso Jesús de Nazaret: un camino basado en el amor a nuestros semejantes”.

Y añadió: “Ha sido reconfortante esta misa. No os podéis hacer idea de cuánto agradecemos ver aquí a tantas personas de este pueblo, a tantos vecinos que siempre nos han demostrado que son gente de bien. Entre todos los que hemos reunido – los que pertenecéis a la parroquia y los que habéis venido desde lugares lejanos – estamos decididos a comenzar una nueva época”.

MARI NIEVES ULAYAR UNAS PALABRAS EN EL LUGAR DEL CRIMEN

Mari Nieves Ulayar recuerda perfectamente la primera vez que oyó hablar mal de su padre. Tenía doce años. Había música en la plaza, pero un grupo de personas interrumpió repentinamente la fiesta con el fin de hacer una sentada. “¿Qué pasa?”, preguntó a una amiga que estaba a su lado. “Protestan contra tu padre”, le respondió la otra con total ingenuidad. El pretendido conflicto arrancaba de un solar municipal que había dividido las opiniones del pueblo, pero era en realidad una simple excusa para seguir añadiendo etiquetas a Jesús Ulayar, un argumento tan infundado como los anteriores –fascista, antivasco, ladrón...– para acercarlo al punto de mira de los terroristas. Mari Nieves contó lo sucedido al llegar a casa y sus padres le hicieron un resumen asequible de la situación. Ella reaccionó con estupor, con indignación: aquello no le cabía en la cabeza. No albergó nunca el “más mínimo resquicio” de duda sobre la honradez y la integridad de su padre.

El 24 de enero de 2004 ni siquiera tuvo tiempo de refrescar aquel lejano suceso. La plaza volvía a estar llena, pero esta vez era su hermano Jesús el que se dirigía a la multitud. Hablaba de su padre, de la dignidad que trataron de arrebatarle a base de sentadas, de comentarios maliciosos, de infundios anónimos. No lo consiguieron con las palabras y tampoco con las balas. Mari Nieves escuchaba con emoción. Tenía a su lado a su esposo Manuel y a sus hijos Adriá y Julia. Algún día deberá explicar a los pequeños el sentido de lo que vivieron aquel sábado de invierno, aunque se vea obligada a revelarles a la vez los pasajes amargos de su infancia. Pero tendrá que hacerlo. Quizá cuando Julia alcance los doce años que ella tuvo, le contará cómo poco a poco fue perdiendo a su padre, cómo la prolongada dedicación de Jesús Ulayar al ayuntamiento, la soledad del cargo, las críticas, las amistades que se deshacían, fueron distanciándole progresivamente de todos los que tenía alrededor. Mari Nieves ha retenido una anécdota que su padre le refirió. Una noche, después de cenar, Jesús Ulayar dijo en casa que salía a tomar algo con un amigo. Volvió a los pocos minutos, muy triste. Relató entonces a su hija que aquella persona que creía amiga le había dejado plantado en el bar con el pretexto de que era más prudente que no le vieran hablando con él. Esa distancia que fue creciendo día a día se volvió insalvable el 27 de enero de 1979.

Un cuarto de siglo después, Mari Nieves fue de nuevo la encargada de depositar las flores junto a la tumba de su padre. Había salido la víspera de Barcelona, donde reside desde hace doce años y donde ha encontrado un ambiente normalizado, con vecinos que le saludan y se interesan por sus hijos, que la aceptan y la quieren. Junto al Mediterráneo, a 500 kilómetros de su pueblo, puede permitirse el lujo de compartir con los demás ciudadanos preocupaciones cotidianas, corrientes, puede admitir sin problemas que le hablen en catalán, un idioma que ha hecho suyo y que nadie usa como un arma arrojadiza, puede disfrutar, en suma, de todo aquello que difícilmente hubiese tenido en Etxarri. Le

asaltan a cambio las nostalgias de su tierra, el elegante perfil de San Donato, las recias casas de la Barranta, las tradiciones que su padre le enseñó a apreciar y a hacer suyas, la romería a San Adrián, el *dantzaki*, la música de los txistus, el Ángel de Aralar... Pero también se emociona escuchando una sardana.

En el camposanto no pudo contener las lágrimas. Qué distinto el acto de aquel entierro frío y silencioso que tan grabado se quedó en su memoria, cuánto cariño y cuántas sonrisas para amortiguar el dolor perdurable de la otra vez. Mari Nieves fue saludando a unos y a otros, reconociendo a vecinos de Etxarri a los que llevaba años y años sin ver, reencontrándose con su pueblo a través de los rostros avejentados pero entrañables de quienes ofrecieron su amistad a la familia en los años duros del atentado. En otras circunstancias, quizá habría reparado en que no muy lejos de la tumba de su padre se encontraba la de Peio Mariñelarena, que fue compañero suyo en la escuela de Etxarri y que formó parte un *comando* de ETA en la década de 1980. Él fue uno de los que tomaron el relevo de los hermanos Nazábal, aunque su adicción a la heroína acabó abriéndole las puertas del sida y murió en 1993 en la cárcel parisina de La Santé. Mari Nieves casi hubiese podido intuir algunos ingredientes de esa trayectoria cuando años atrás se sorprendía por el odio y el arrojo del joven, todavía un adolescente.

El odio llegó a ser devastador en aquellos años. En una ocasión, poco después del asesinato de Jesús Ulayar, se convocó una jornada de huelga por la muerte de un militante de ETA. Las alumnas del instituto de Etxarri Aranatz decidieron sumarse a la movilización y se quedaron en el exterior del centro, sin entrar a clase. Cuando Mari Nieves pasó junto a ellas sin detenerse, una le preguntó si no iba a secundar la huelga. Ella respondió que lo ocurrido no tenía ninguna relación con sus estudios y que su obligación era la de asistir a clase. El grupo comenzó a increparle y a gritarle que lo que había ocurrido era una injusticia. Les contestó entonces que había habido otros asesinatos y otras injusticias aún más próximos y que nunca había visto la más mínima muestra de solidaridad. Todas empezaron a insultarle a la vez. "Zorra" y "puta" fue lo menos que le dijeron.

Aquel enfrentamiento de "noventa contra una" no fue el único episodio de ese género. Una vez, en clase de religión, una de sus compañeras expuso en voz alta que a veces estaba justificado matar. A Mari Nieves le subió la adrenalina de tal manera que le replicó sin esperar a que nadie le diera la palabra. Pero más le dolió aún que el profesor no hiciera nada por reconducir la situación. También le resultaban insufribles las manifestaciones que pasaban junto al domicilio familiar dando vivas a ETA, ellos esperando silenciosamente en el interior a que terminara el desfile. Después de uno de esos actos, una persona le dijo: "Dicen que no tenéis cojones y que estáis asustados". Aún recuerda la literalidad de su respuesta: "Diles a los que dicen eso que los cojones no hacen falta para insultar y dañar, pero que sí hacen falta para seguir adelante y aguantar con dignidad lo que nos ha ocurrido". Y así sucesivamente. Otra vez, durante la romería a San Adrián, un chico del pueblo se dedicó a pasar una ikurriña sobre su cabeza al tiempo que le decía: "Española, facha". Ningún joven se dirigía a ella cuando en las fiestas había baile y todos trataban de golpearla cuando se montaba con Salvador en los autos de choque.

Cuando vuelve sobre todos aquellos sucesos, Mari Nieves tiene clarísimo que si logró salir adelante fue porque actuó siguiendo siempre el ejemplo de su padre: “Nunca titubeé. Si pasaba miedo o muchos nervios, me los tragaba. Pensaba para mí: ‘No les mostraré debilidad y me defenderé’”.

El 24 de enero de 2004 no le hizo falta ninguna de esas disposiciones. Mientras caminaba desde el cementerio hacia el pueblo con su hija Julia cogida de la mano, los saludos, las sonrisas, las muestras de afecto iban cambiando el sabor desagradable del pasado en cuanto uno de aquellos episodios se destacaba en su memoria.

Cuando la comitiva se detuvo junto a la casa familiar, Mari Nieves se encontró a sólo unos metros de la ventana de la cocina. Ella estaba dentro el 27 de enero de 1979. Acababa de cumplir entonces 16 años. Su padre le había regalado un ramo de claveles rojos y Salva le había hecho una foto con las flores. Freía unas patatas cuando oyó el motor de un coche al otro lado del cristal. Se le hizo raro que un vehículo aparcase en aquella zona de la calle y descorrió los visillos para mirar. Pudo distinguir un taxi blanco, pero el reflejo del fluorescente en la ventana le impidió reconocer a las personas que ocupaban su interior. Menos aún pudo saber que acababan de robar el coche tras secuestrar a su propietario y que medio minuto después iban a disparar sobre su padre.

En los recuerdos de Mari Nieves, los disparos tienen un sonido propio. Supo desde el primer momento que no eran cohetes ni petardos. Presintió la desgracia y se echó a correr hacia la calle a la vez que le llegaban los gritos de su madre y de su hermano Salva. “Nos han matado al aitá, nos han matado al aitá”, le decía éste.

Pronto se formó un grupo en torno al cuerpo atravesado a balazos. Nadie acababa de reaccionar. Llegó la tía Martina. Preguntó qué pasaba y alguien le dijo que se trataba de su hermano. Se metió dentro del corro y mientras blandía el paraguas que llevaba en la mano, gritó: “¡Esto es lo que trae el odio de este pueblo!”. Lo repitió varias veces. Luego creyó percibir un leve movimiento en los ojos de Jesús Ulayar y ordenó que lo metieran a casa. Lo tendieron sobre la alfombra del cuarto de estar. Mari Nieves se refugió con su madre y su hermano Salva en la cocina. Pensó varias veces en sus hermanos mayores: “Pobre Jesús, pobre José Ignacio, qué disgusto van a recibir”. Un primo abrió la puerta y preguntó dónde podía encontrar una sábana. “¿Se ha muerto?”, preguntó su madre. “Sí, tía”, respondió él.

Quizá por la intensidad y la precisión de todos aquellos recuerdos, Mari Nieves quiso pronunciar unas palabras en el lugar del crimen. Cuando subió al estrado, la gente ya llenaba la plaza situada frente a la casa. “Me vais a permitir”, dijo a los reunidos, “que justo en este lugar, y 25 años después, a quien dirija estas palabras sea a mi padre”.

Y empezó: “Aquí mismo fue, aitá, donde te encontré tirado en el suelo, sobre un charco de sangre. Yo te gritaba para que despertases pero desgraciadamente ya no pudiste ni siquiera hablarme. Hoy hemos tenido que apartar unos contenedores de basura para reunirnos alrededor de donde caíste, de donde te mataron esos asesinos que todos conocemos. Ya ves de qué forma el ayuntamiento de nuestro pueblo, al que tanto serviste y quisiste, te tiene en

cuenta, colocando unas sucias basuras... pero, conociéndote, seguro que no te sorprende. Lo que habrá sido una sorpresa, después de tantos años, es la cantidad de personas que hoy se han reunido para hacer justicia a tu memoria, y para pedir libertad”.

Los aplausos y su propia emoción interrumpieron varias veces sus palabras, pero pudo leer todo lo que tenía preparado: “Quiero decirte desde aquí que me siento muy orgullosa de que fueras mi padre, como orgullosos están de ti tu Rosita, y Jesús y José Ignacio y Salva, y también tus nietos, que ya son 7, y tus nueras y tu yerno. Te negaron el derecho a conocer a tus nietos; por eso nosotros somos los que les transmitimos quién y cómo era su *aittuna*. Ante todo, un hombre bueno. Ojalá estos actos contribuyan, del mismo modo, a transmitir con justicia tu memoria y a denunciar, por fin en tu pueblo, el asesinato de ETA del que fuiste, y del que todos somos, víctimas. *Aitá*, te echamos mucho en falta. Seguro que tú ya lo sabes, pero déjame decirte que aunque pase el tiempo, te tenemos y te tendremos siempre muy presente en nuestros corazones”.

Cuando Mari Nieves bajó del estrado, su hija Julia se le acercó rápidamente. Sus seis años aún eran pocos para digerir todo lo que acababa de oír, y condensó en una todas las preguntas que le habían ido asaltando al escuchar el relato en primera persona de su madre. “Mamá – le dijo en tono de confianza –, ¿era muy grande el charco de sangre?”.

SALVADOR ULAYAR EL ALMA EN UN PUÑADO DE FOLIOS

El 24 de enero de 2004, Salvador Ulayar regresó a Etxarri Aranatz para recoger al niño de trece años que el 27 de enero de 1979 se quedó traspuesto en una acera de la calle Maiza después de ver cómo le pegaban cuatro tiros a su padre. Aquel niño era él y lo ocurrido entre una y otra fecha fue un duro y largo viaje que le condujo a los arcanos del dolor, de la impotencia y de la depresión.

El Salvador Ulayar que un cuarto de siglo después volvió a su pueblo tenía 38 años. Su esposa Maribel y sus hijos Daniel y Jaime vivieron con él la intensa y emocionante jornada, una de las más felices de su vida. "Todo ha sido perfecto", reconocería aquella misma noche. El menor de los cuatro hermanos Ulayar se acostó después con el convencimiento de que había logrado cerrar una etapa, como si el eco de los disparos se hubiese extinguido de forma definitiva.

Cuando Salvador intenta situar el comienzo de su viaje, de su historia, los recuerdos le empujan a los años anteriores al asesinato: él andaría cerca de los nueve que hoy tiene su hijo Daniel y algunos niños de clase ya le insultaban por ser hijo del alcalde Jesús Ulayar. "Tu padre es un ladrón, un cabrón", le decían. Y añadían, referido a él y al resto de su familia, un adjetivo que llegó a ser inevitable: "¡Españoles!". Pasó miedo muchas veces, miedo de no saber elegir el recorrido más prudente para regresar a casa, miedo a determinados encuentros, miedo a nuevos insultos y agresiones.

En el calor del hogar se sentía bien, seguro, aunque hoy, con la perspectiva que le confiere su propia paternidad, se conmueve al imaginar la rabia y la impotencia que compartirían sus padres tras escuchar los ingenuos relatos escolares. Recuerda, eso sí, que la reacción indignada de su padre ante lo que él contaba del colegio le ayudó muchas veces a salir a la calle con la frente alta, "orgullosa de ser su hijo".

El 24 de enero de 2004 recuperó de nuevo aquel orgullo al recorrer las calles de Etxarri. Por fin. Al otro lado de los visillos y de las persianas, emboscados en la penumbra de sus casas y en su idea excluyente del mundo, probablemente le observarían, ya entrados en años, quizá con responsabilidades familiares equiparables a las suyas, algunos de aquellos niños que le asustaban, que parecían "demonios" en espera de la mejor ocasión para atormentarle, y a los que se enfrentaba "con más orgullo que valor".

Aún resuenan en sus oídos los insultos de tantas llamadas anónimas y los gritos de sucesivas manifestaciones. Una de éstas llegó hasta la puerta de su casa. Salvador tenía diez u once años y se recuerda a sí mismo en el exterior de la vivienda, apoyado en la pared, en el lugar donde poco después se perpetraría el crimen, observando a los vecinos que vociferaban. En primera línea, gritando las mismas barbaridades que los demás, se encontraba un tío suyo, hermano de su madre.

Tanta presión acabó dejando paso a la idea de que sus padres eran vulnerables, de que quizá podía ocurrirles algo. Además, siempre aparecía algún

vecino dispuesto a alimentar esa posibilidad. "Tu padre..., ya verás algún día", le dijo en una ocasión una chica de su edad. "¿Qué?", le espetó él. "Ya verás, ya", insistió ella.

En ese paisaje transcurrió su infancia. Cuando se detiene en los pormenores de aquella época le resulta difícil separar algunos acontecimientos del significado que después les añadió el crimen. Un día de otoño, al salir de la escuela, pasó junto a la tiendecilla de su padre y entró a hacerle una visita. "Aitá", le saludó. "Qué poco vienes a hacer compañía a tu padre", le sonrió él. "Bueno, me voy a comer, adiós", se despidió. Salvador apenas podía intuir entonces que aquella necesidad de afecto y de compañía de su padre estaba directamente relacionada con el cerco que sus enemigos iban estrechando a su alrededor. Sus involuntarias desatenciones le han remordido después muchas veces, cuando ya no había posibilidad de remediarlas. "Cuando pienso en su soledad" tiene escrito en un puñado de folios que llenó con sus vivencias, "una corriente de desasosiego recorre mi alma como si, a pesar del imposible, intentara hacerme cargo de aquel hombre y de su situación. No puedo. Saber que yo estaba allí tan cerca como ajeno a su desdicha, me perturba (...). Ni mi madre, ni mucho menos sus hijos, podíamos sospechar el peligro real que corría. Ya, pero... Pero no puedo olvidar el viacrucis de mi padre. Sus silencios, sus horas sentado en la tienda, sus soledades, su inquietud, el día a día sembrado de congoja que no consigo o no quiero imaginar. Me pregunto qué pensaba cuando miraba a mi madre, a nosotros, a sus cuatro hijos, qué alarma le embargaba cuando me observaba jugar despreocupado, dónde estaba su mente mientras comíamos, cuál era la sensación en su estómago cuando salía de casa y caminaba en dirección a la tienda, cuando conducía su furgoneta o cuando daba vueltas a la cucharilla de su infusión".

Lo sucedido después y la experiencia de su propio dolor le han ayudado a resumir sobre el papel la situación de aquellos días durísimos, los anteriores al atentado: "¿Qué sabíamos nosotros! Qué sentía un hombre bueno, socialmente vapuleado, consciente del peligro que corría en los últimos años setenta y con una familia que dependía de su modesto negocio. ¿Cuántas horas robadas a su trabajo para dedicarlas a su pueblo! ¿Alguien puede imaginar cómo se llevaba la condición de asesinable en los años setenta? Getsemaní. Mientras, los asesinos afilaban su maldad con la piedra de la injuria, de los odios telúricos del nacionalismo que justificaban matar a un hombre a sangre fría. Tiempo terrible en el que no se sabía de escoltas ni protecciones. Eso llegó cuando el nivel de los litros de sangre derramada resultó intolerable para aquella sociedad en transición. Jesús Ulayar, como tantos, bebió aquel áspero trago a pelo, desasistido por las instituciones, el estado y la sociedad que trataba de construir cuando defendía sus ideas".

El benjamín de los Ulayar asegura que la noche del 27 de enero de 1979 fue la última de su padre y la primera del resto de la historia familiar. El 24 de enero de 2004 no tuvo más remedio que recordarla cuando subió bajo la lluvia al estrado y anunció por el micrófono que se iban a retirar los contenedores colocados por el ayuntamiento en el lugar del crimen. Dos mil personas le aplaudieron con un sentimiento cómplice, pero 25 años antes, él fue el único

testigo. Sólo él estuvo presente cuando Vicente Nazábal acribilló a su padre a balazos.

Los detalles del crimen se han mantenido intactos en su memoria: él viendo la televisión —“Érase una vez el hombre” —, su padre que vuelve a casa, el gasóleo de la calefacción que se ha terminado, él y su padre caminando hacia la furgoneta con los bidones, el encapuchado que aparece repentinamente, que se detiene, que abre las piernas, que apunta..., y que dispara. El cuerpo de Jesús Ulayar cayó pesadamente al suelo alcanzado por cuatro balas. “Me duele imaginar —ha escrito su hijo a la vuelta de los años— el sufrimiento del padre que irremisiblemente se va quedando sin vida, que deja a su mujer, a sus hijos, percibiendo impotente ese instante en que el horror se cierne sobre la familia que él fundó, cuidó y protegió, y a la que irremediabilmente dejó desamparada”.

En el momento del crimen no hubo espacio para la reflexión. El Salvador Ulayar de trece años corrió cuanto pudo, con miedo de que el pistolero disparase también contra él. Más de una vez se ha reprochado después aquella reacción: “No acudí en su auxilio, no puse mi mano entre la tuyas en ese instante final. No le dediqué un último *¡aitá!* que contuviera todo el amor que encierran las palabras menos pensadas y más sentidas. (...) Esas palabras que uno debiera haber dicho y no pudo o no supo y que siempre estarán pendientes (...) Perdí unos segundos preciosos en los que a lo mejor habría conseguido llegar a mi padre aún con vida, con lucidez bastante para saber que su hijo estaba con él para decirle adiós”.

Su segunda reacción fue la de correr hacia el hombre que había efectuado los disparos, pero éste se escabulló rápidamente entre las sombras que los árboles acentuaban en aquella plaza, escenario destacado de sus juegos infantiles. Salvador sólo alcanzó a ver cómo el Chrysler 180 que habían robado los asesinos doblaba la esquina al final de la calle con los pilotos de freno encendidos. Las dos luces rojas se le antojaron una burla, una despedida siniestra. “¡Hijos de perra!”, les gritó. Años después, la exclamación volvería en más de una ocasión a su boca al toparse por Pamplona con aquel mismo Chrysler que emplearon los terroristas, ya devuelto a sus funciones de taxi.

Dice Salvador Ulayar que una parte de él se quedó para siempre en aquella acera manchada con la sangre de su padre. Ni siquiera la vorágine posterior a los disparos logró arrancarlo de allí. Hoy sabe que su maestro, Juan Mari Aguirre, le arrojó durante las primeras horas de la noche por indicación de su madre. Incluso lo recuerda con una mano apoyada sobre su cabeza. Sabe que Don José Luis, el médico, le dio una pastilla. Sabe que en algún momento respondió a las preguntas de un periodista de *Diario de Navarra*. No conocía su nombre —José Miguel Iriberry— ni podía imaginar que aquella improvisada y dramática entrevista tendría un insospechado y duradero epílogo veinte años después. Quizá lo pensó el 24 de enero de 2004 al descubrir a José Miguel Iriberry entre los asistentes al homenaje a su padre. Para entonces ya era amigo además de periodista.

Salvador se ha preguntado a veces qué hubiese ocurrido si aquel día no le hubiera dicho a su padre que se había terminado el gasóleo de la calefacción. Es uno más de los interrogantes que le asaltan de forma inevitable desde entonces.

Después del funeral y del entierro, cuando su hermano Jesús regresó a Ceuta para terminar la mili y José Ignacio tomó las riendas del negocio familiar, a Salvador le tocó volver a la escuela. Sólo uno de sus compañeros le dijo algo: "Te acompaño en el sentimiento". Los demás fingieron una normalidad que casi acabó por contagiarle. Fue un aviso de lo que le esperaba. Un día, muy poco después del atentado, mientras caminaba por la calle, una mujer se interesó por él: "Hola, Salvador, ¿cómo estás?". Él le respondió con sinceridad: "Ojalá nos hubieran matado a los dos". Y ella repuso: "No digas eso".

Sólo a la vuelta de los años fue capaz de interpretar el sentido último de todos aquellos sucesos, de aquellas frases de compromiso, de aquellas miradas compasivas, de aquellos silencios, de aquellas respuestas bienintencionadas. La transcrita sólo fue una entre muchas: "Evidentemente, las palabras de la mujer, como las de otras muchas personas entonces, estaban cargadas de buena intención. Frases hechas que pronunciamos sin reflexión, sin reparar en los efectos que producirán en su destinatario. Lo cierto es que le hice caso y no volví a decirlo. Es sorprendente el arraigo de la semilla de aquellas palabras en mi alma, pero es que fue convenientemente abonada y regada por el ambiente que me rodeó y que abundaba en lo mismo. En realidad nunca dije nada que de verdad me interesara a mí mismo. En aquellos años no hubo forma de desaguar la desesperación y el dolor. El mundo de los mayores no bajó a mí y el de mis amigos fue prácticamente un larguísimo silencio de 25 años. Nada más. Rodeado de este paisaje terminé por integrarme en él. No protesté, no pedí cuentas. Acepté mi papel: aguantar, callar, no existir como víctima, ser indiferente a la sociedad y, lo que no es mejor, indiferente a mí mismo. La rabia y el dolor infinito quedaron obviados y 'el niño', que así me llamaban en casa, aprendió a encerrarlos en la habitación secreta de su alma y a tirar la llave de su puerta en el olvido. No terminé de conocer la extensión de mi soledad, mi desconsuelo".

Salvador Ulyar aún sigue sorprendiéndose de cómo pudo sobrevivir al ambiente "asfixiante y opresivo" de Etxarri Aranatz sin volverse loco. El relato desinhibido que escribió para sí mismo, para sus hijos, quizá para que otros puedan aprender de esas páginas o descubrirse en ellas, es la mejor fuente para hacerse una idea mínimamente aproximada de cómo fueron aquellos años: "Tengo unos catorce o quince años, estoy sentado con mis amigos a la puerta de la escuela. Llega un muchacho a mi altura y empieza a decirme alguna impertinencia. Procuero no entrar al trapo, pero remata diciéndome algo en relación a mi familia: 'Lo que os pasa es que estáis amargados'. Mi padre no llevaría dos años enterrado y aquella máquina de odiar me acusaba de estar amargado. Episodio insólito en un mundo normalizado pero normal en un mundo insólito. Lo peor, lo infinitamente doloroso, fue que mis amigos no me dedicaron una sola palabra de ánimo, no llegaron ni a comentarlo. Sencillamente parece que no ocurrió. A mis veinte o veintiún años, camino por la acera del ayuntamiento hacia casa y paso por delante de un grupito batasuno. Si los analizo uno a uno encuentro lo mejor de cada casa. No les miro, los conozco perfectamente. De pronto una piedra de tamaño considerable cae a mis espaldas y por suerte no me golpea. No me inmuté. Mientras, uno de ellos gritaba: 'Vas a caer el siguiente'. Le molestaba que su antiguo compañero de clase, además de

sobrevivir al episodio del asesinato de su padre, caminara impunemente por su pueblo”.

Las cosas no mejoraron demasiado cuando Salvador se trasladó a Pamplona para continuar sus estudios. En el instituto Virgen del Camino, uno de sus compañeros le dejó escrito en el pupitre “ETA, más metrallata” cuando se enteró de su historia. En la residencia donde vivía, un religioso italiano le explicó solemnemente que la cuestión en “el conflicto” era saber quién había empezado antes, Franco o ETA: “Estaba claro que Franco era anterior a la ETA, así que de su aserto se deducía que yo me tenía que aguantar con lo mío. Como si a aquel crío le importara una mierda la justificación política que quisieran pretextar los asesinos de su padre. Como si la ETA luchara contra Franco y no contra cualquier gobierno o cualquier régimen de España por mucho que hubiera amnistía, Constitución y una nascente democracia. Puedo entender la confusión moral de aquellos años, lo que me cuesta entender es que aquel hombre me dijera aquello tan gratuito. ¿Con qué necesidad me hacía aquel daño?”.

Uno de sus compañeros en la residencia le dejó una noche sobre el escritorio un anónimo en el que le llamaba “facha” y “español”. La tinta del bolígrafo era muy característica y Salvador no tardó en identificar al autor, un chico de Durango que destacaba por sus proclamas nacionalistas. “Inmediatamente le acusé ante nuestro formador. El interesado lo admitió y pidió disculpas con la boca pequeña. Me acerqué después a mi formador. No entendía por qué aquel imbécil me chinchaba y me llamaba facha. Toda su respuesta fue un análisis sosegado y somero de las ideas políticas que él suponía que yo (¡¡¡con 14 años!!!) podía tener, para llegar a la conclusión de que me encajaba el apelativo de facha. No ser nacionalista más no ser de izquierda era igual a escupidera donde esputar los ‘facha’ de turno”.

Son tantos los recuerdos dolorosos que cuando Salvador Ulyar vuelve sobre ellos lo hace en diagonal: “El temor a una luz intensamente dañina, que me molesta y me ciega, me obliga a la precaución y a la oblicuidad”.

La excarcelación de los asesinos a partir de 1996 hizo aún más pesado el lastre de su biografía, aunque su vida cotidiana discurría ya lejos de Etxarri. Sufrió lo indecible cuando su hermano José Ignacio tuvo el primer encontronazo con Vicente Nazábal y cuando Jesús coincidió con él en Urgencias y el episodio que se vivió allí terminó en un juicio de faltas. El día de la vista oral, Salvador acudió a la Audiencia para arropar a su hermano. Cuando se acercaba a la sala descubrió una sonrisa dirigida a él en el grupo que había ido a apoyar a Vicente Nazábal. Se la brindaba una chica de Etxarri Aranatz que años atrás había formado parte de su cuadrilla de amigos y que en ese momento era la novia del asesino de su padre.

No pasó mucho tiempo sin que el propio Salvador se encontrara por la calle con el hombre que el 27 de enero de 1979 se detuvo con las piernas separadas a tres metros de su padre y le pegó cinco tiros. Fue en la calle Arrieta de Pamplona. El pequeño de los Ulyar caminaba por la acera con otra persona y vio salir de una tienda a Vicente Nazábal. “Asesino”, exclamó nada más reconocerle, todavía a unos metros de distancia. Se puso a continuación a su altura y le dijo que sin su “pistolita” no era nadie, que dónde la tenía. El otro, “entre desconcertado y

desafiante”, le llamó “loco” y “enterrador”, en referencia al negocio familiar de la funeraria. Salvador le recordó de nuevo que era un asesino y en ese momento sonó su teléfono móvil. Nazábal se fue mientras atendía la llamada.

Fueron años muy complicados. A partir de 1996, la tristeza y la angustia le condujeron a la depresión, y la vida llegó a resultarle insostenible. Más de una vez le pidió a Dios que se la quitara. Maribel y los niños fueron el principal argumento para seguir adelante. “Tengo la sensación –escribió– de haber vivido muchos años, antes, durante y después de mi depresión, con una escora desconocida, con un lastre perturbador. Como tras el monstruoso trance de mi padre nadie me preguntó sobre mi posible trauma, pensé que no debía ser para tanto. Desde crío asumí que presenciar el asesinato de mi padre, temiendo además el mío, no es suficiente motivo para explotar de ira, para llorar a gritos, para pedir justicia, para casi todo. Crecí trastocado en mi sensibilidad. En consecuencia no he sabido valorar adecuadamente qué contrapeso necesitaba mi dolor, cuánto podía reclamar a mi alrededor que compensara el trauma”.

Esa escora se manifestaba a veces en un rechazo convulsivo hacia cualquier noticia, conversación o comentario relacionado con el terrorismo. Sus respuestas se volvían desproporcionadas, irracionales incluso, y a veces contenían una ira injustificada que acababa salpicando a su propia familia. Sus apuntes personales contienen un pasaje que lo ilustra de forma muy gráfica: “Una noche en la que había convocada manifestación batasuna con un motivo que no recuerdo, la tía Martina, hermana de mi padre, estaba en casa de mi madre, en Etxarri. Ella pretendía salir a la puerta de casa y con su presencia desafiar a la procesión filioetarra que desfilaba por nuestra calle. Un resorte saltó en mis entrañas y comencé a exigirle a gritos que no lo hiciera. Ella, Ulayar como yo, se empeñaba en salir. Mi madre callaba, pero su permanencia en el quicio de la puerta de la calle me exasperaba aún más. Me descomparse totalmente. Además temía por quienes día a día aún vivían en aquella casa de Etxarri: mi madre, mi hermano José Ignacio y su familia. Ni la tía Martina (sometida como yo a su propia historia, la de la hermana del asesinado) ni sobre todo yo, supimos mantener la calma, contener nuestro carácter, nuestras emociones. A los pocos minutos los dos llorábamos abrazados”.

El pozo era muy profundo, pero logró salir. Su mujer fue el agarradero seguro, constante, indismayable, que le ayudó a regresar a la superficie: “De no ser por la presencia siempre segura y amorosa de mi querida Maribel, no sé qué habría sido de mí. Ella ha sido el motor que ha hecho andar mi mundo en un tiempo en el que yo, demasiadas veces, no era mucho más que un individuo que vivía en su casa y regularmente comía en su mesa”.

En el proceso de recuperación de Salvador Ulayar fue determinante su voluntad de airear todos los rincones de su interior, de abrir la habitación secreta de su alma, por decirlo con sus palabras, para que corriese el aire y se deshicieran los nudos del pasado. Hubo sesiones de terapia, hubo amigos que le echaron una mano desde distintos ámbitos, fue inolvidable la Semana Santa que pasó en el año 2001 en la casa de los Maristas en Lardero, y Maribel siempre estuvo ahí. Pero aún quedaba pendiente lo que él ha llamado su recuperación para la vida civil.

Un domingo de 2003, mientras paseaba con su mujer y sus hijos, le llamó al móvil Pilar Aramburo, ex alcaldesa socialista de Burlada, ex parlamentaria foral y uno de los pilares de Libertad Ya. Le explicó que unos días más tarde se iba a celebrar en la Audiencia Nacional el juicio contra los asesinos de Tomás Caballero, y que se había pensado fletar un autobús desde Pamplona para arrojar a la familia. Se apuntó sin dudarle. Al día siguiente le telefoneó el periodista José María Calleja y le propuso participar en una mesa redonda sobre víctimas del terrorismo que se iba a llevar a cabo en la Casa de América, en Madrid. Se trataba de que contase su experiencia. La cita era el mismo día y también respondió que sí.

Con ambos ingredientes, el 7 de mayo de 2003 resultó una jornada señalada en la biografía de Salvador Ulayar. A la una de la madrugada partió hacia Madrid en el autobús de Libertad Ya. El viaje fue largo, pero permitió gratas y prolongadas tertulias. Antes de entrar a la Audiencia Nacional pudo saludar a los hermanos Caballero. Vivió con indignación lo ocurrido en el interior de la sala blindada, donde los acusados se hicieron expulsar golpeando el cristal. Recordó en algún momento que cuando se celebró el juicio contra los asesinos de su padre, la familia ni siquiera se enteró. No hubo por tanto autobús a ninguna parte.

Al acabar la vista oral, ya en el exterior del edificio, algunos miembros de Libertad Ya desenrollaron una pancarta que llevaban consigo y se colocaron con ella junto al muro de la Audiencia Nacional. Había fotografías y cámaras de televisión. Salvador vaciló un momento, pero tomó el trozo de tela y se situó también tras ella. Cuando vuelve sobre aquel instante, las imágenes desfilan a cámara lenta por su memoria. "Algo empezó a despertar en mí", escribiría después.

Por la noche contó su historia en el acto organizado por Basta Ya en la Casa de América. Estaban con él en la mesa José Javier Uranga, ex director de Diario de Navarra, acribillado a balazos en 1980 en el aparcamiento del periódico; Pilar Elías, viuda de Ramón Baglieto, asesinado en 1980 por un etarra al que había salvado la vida cuando era un niño; Patxi Elola, antiguo miembro de ETA, concejal del PSE-EE en Zarautz, jardinero de profesión, obligado a llevar escolta mientras arreglaba un seto o podaba unas acacias; Vanessa Vélez, concejala del PP; y Maite Pagazaurtundua, edil socialista en Urnieta y hermana de Joxeba, abatido por los terroristas tres meses antes. Todos los testimonios sonaron en su interior como potentes aldabonazos. El público escuchó conmovido a unos y otros. Al terminar, los ponentes compartieron una cena entrañable.

Fue una jornada mágica. El propio Salvador la resumió así en sus improvisadas memorias: "Ese día, con el autobús partiendo de madrugada hacia Madrid, hacia las familias de las víctimas, hacia los Caballero, hacia mí mismo; el momento en que sostengo y hago mía la pancarta de Libertad Ya en la acera de la Audiencia Nacional y mi intervención en la Casa de América con Basta Ya, se me ha instalado como el momento de mi definitiva salida al sol, a la lluvia y al frío. A la intemperie que hace visibles a las víctimas reclamando justicia. Restablecido como ciudadano, resucitado civilmente, decidí que ya no callaba. La reivindicación de las víctimas, mi reivindicación, me sana. Ese día comenzó a hacerse justicia legal con Tomás, pero a Jesús Ulayar también se le hizo justicia a

través del hijo que presenció su asesinato temiendo su propio asesinato. Aquel que después deseó haber sido asesinado, comenzó a vivir con una mayor dignidad, con gran plenitud”.

Una de las consecuencias de la recuperación civil de Salvador fue su compromiso creciente con la plataforma ciudadana Libertad Ya. Acudió a varios de los actos que convocaron, ayudó en la preparación de otros, encontró en muy poco tiempo el consuelo y la amistad que había echado en falta los 25 años anteriores y vivió en primera línea los prolegómenos del 24 de enero de 2004, la jornada que supuso el final definitivo de su atormentado viaje.

Cuánto disfrutó repartiendo besos y abrazos a las puertas del cementerio o en el atrio de la iglesia. Cómo se emocionó al mover los contenedores. Qué feliz fue al estampar sus manos blancas en la pared de casa, justo al lado de las de Gotzone Mora. Qué ilusión le hizo ver en su pueblo a tantos amigos y conocidos. Nadie mejor que él para hacer el balance de aquellas horas intensas e irrepetibles en Etxarri Aranatz: “Cuando repaso los vídeos y la fotografías y a la vista de tanta gente, sin un gramo de rencor, pienso: ¿Dónde estabais todos? ¡Os he necesitado tanto! Pero ahora que estáis conmigo ya no me acuerdo de aquel invierno de muerte, sólo veo esta primavera en la que me he quedado a vivir. El 24 de enero de 2004 completé en menos de media hora el más agradable viaje de carretera a Etxarri Aranatz de mi vida. Sin embargo el otro viaje a Etxarri en busca del crío de la acera de 1979 me ha costado completarlo 25 años y no fue mi coche quien me llevó. Me llevaron todos aquellos que han sido capaces de solidarizarse con aquel niño, de proporcionarme el consuelo y el cariño que necesitaba”.

ROSA MUNDIÑANO UNAS LÁGRIMAS IMPAGABLES

Rosa Mundiñano Ezcutori no estuvo en el cementerio de Etxarri Aranatz el 24 de enero de 2004. Le hubiese gustado sentir el calor que tantos amigos conocidos y desconocidos llevaron hasta la tumba de su marido, pero su cadera maltrecha le aconsejó quedarse en casa. Imaginó como pudo los actos que habían tenido en vilo a sus hijos durante los días y las semanas anteriores, y rezó para que todo saliese bien mientras la multitud caminaba desde el camposanto hasta el casco urbano. Eso sí, cuando los asistentes llegaron el lugar del crimen, salió de la vieja vivienda familiar apoyándose en su muleta y encendió una de las 25 velas que devolvieron la dignidad al espacio ocupado hasta entonces por unos contenedores de basura. Allí se encontraban Jesús, José Ignacio, Mari Nieves y Salvador, emocionados y felices. Salvador le ayudó a depositar la candela, pero es posible que ni él ni los demás acertasen a adivinar el alcance de aquel gesto simbólico que unió a su madre con los demás participantes en el homenaje. No es fácil hacerse cargo del dolor de una viuda, y menos en Etxarri Aranatz.

Rosa Mundiñano tiene hoy 78 años y vive en Pamplona con su hijo José Ignacio, con su nuera Blanca y con tres de sus siete nietos. También vivía con ellos en Etxarri Aranatz cuando en 1996 empezaron a salir de la cárcel los asesinos de su esposo. Aquel fue el episodio definitivo que la alejó de su pueblo, de la localidad en la que se pierden sus ancestros, del lugar manchado para siempre con la sangre de Jesús Ulayar Liciaga.

Hay dos rasgos que siempre han distinguido de manera inequívoca a Rosa Mundiñano: su dignidad y su discreción. Su única intervención pública se produjo cuatro o cinco días después del atentado, cuando justamente acababa de estrenar su condición de víctima. Fue una carta que redactó con ayuda de sus hijos y de algunas personas amigas y que envió al periódico con el fin de atajar las calumnias que algunos vecinos continuaron echando sobre Jesús Ulayar cuando aún estaba fresca la tierra en la que había sido inhumado. Pretendía responder también a las acusaciones que habían formulado públicamente los terroristas al reivindicar el crimen. La misiva se titulaba "En honor a la verdad" y fue publicada en *Diario de Navarra* el 4 de febrero de 1979.

Empezaba así: "Como esposa de Jesús Ulayar, muerto en Echarri Aranaz el pasado día veintisiete, y también en nombre de mis hijos, quisiera agradecer en estas líneas a todos los que en estos días nos han manifestado su sentimiento, cariño y ánimo; y salir al paso de algunas noticias tendenciosas, aparecidas en la prensa, que deforman la verdadera imagen de lo que ha sido mi marido".

Y añadía: "La razón de su asesinato parece ser, según la nota reivindicativa, que 'En sus cuatro años de alcaldía, desarrollaba actividades anticidadanas y antivascas'. Es verdad que ha habido una división en el pueblo (no del pueblo contra el alcalde, sino del pueblo contra el pueblo). La causa principal es la construcción de unas viviendas en los locales de las antiguas escuelas. Después de varios juicios, los tribunales han dado la razón al difunto. Si hubo otras

intenciones o intereses de por medio al promover tal división, no lo sé; el Juez Supremo nos lo aclarará en su día”.

Rosa se refería a continuación al carácter de su marido y a sus desvelos por Etxarri: “Estoy orgullosa del testimonio de honradez, justicia y entrega a los demás que nos ha demostrado (a veces, a costa de la misma familia). En cuanto al calificativo de ‘antivasquista’, de todos es conocido su entusiasmo por dicha lengua; sirva como botón de muestra: las subvenciones conseguidas pro-ikastolas, semanas culturales vascas, que se hicieron en su día bajo su responsabilidad, ofrecimiento de bajeras municipales para la ikastola comarcal, etc. ¿Son éstas actividades antivascas?, ¿es que por pensar de una manera u otra, da derecho a matar a unos, y la desgracia de morir a otros? Que estas líneas ayuden a dejar las cosas en su sitio. Sólo pido que, ya que creo que en vida no se le hizo justicia, se respete su fama después de muerto”.

La carta terminaba con un párrafo admirable: “Como creyente, ofrezco el perdón sincero, aunque dolorido, para todos los que han intervenido en el asesinato de mi marido, sean informadores o ejecutores. Sólo les diría que se acuerden de sus madres y que, cuando maten a un hombre, piensen en las viudas y en los huérfanos que quedamos”.

Sus palabras no sirvieron de mucho. Si antes del 27 de enero de 1979 Rosa fue el regazo amable que su marido y sus hijos encontraban al volver a casa dolidos por las calumnias o los insultos, a partir de esa fecha se convirtió en el refugio seguro que los segundos necesitaron para sobrevivir. Salvador tiene escrito que su madre “aguantó el tipo” cuando él más lo necesitó: “Llegaba a casa, encontraba a mi madre y me sentía bien, seguro. Le contaba la última y en ella hallaba refugio. Mi madre nunca ha tenido demasiadas palabras y su interior se tragaba aquellos lances como otros muchos que le ha tocado vivir junto con mi padre y tras su asesinato. La parte de desdramatización que aportaba la personalidad materna es algo que siento muy mío y entonces me valía”.

Y lo mismo podría decir el resto. Sin embargo, Rosa debía convivir a la vez con la sombra personalísima de su propio dolor. “Los hijos –añade el pequeño de los Ulayar– aportamos compañía, cariño, estímulo, trabajo... pero nada que pudiera rellenar el enorme boquete que las balas abrieron en su vida, el doloroso vacío dejado por su marido”. Y reconoce unas líneas más adelante que los cuatro hermanos tiraron del carro familiar conforme tuvieron edad y capacidad, y que todos llegaron a construir sus propias familias. “Hemos completado proyectos vitales que nos satisfacen –concluye– pero, al margen de hijos y nietos, el de Rosa Mundiñano se esfumó en cinco disparos”.

En realidad, el proyecto de Rosa Mundiñano, las ilusiones que sin duda albergaría cuando se casó con Jesús Ulayar en 1955, habían quedado hechas añicos bastante antes del crimen. Las historias que sus hijos contaban al volver del colegio, las que adivinaba en el semblante tenso de su marido, los comentarios furtivos que cazaba al vuelo cuando salía a hacer la compra, las humillaciones de los insultos, los silencios, la soledad o el miedo fueron minando cualquier aspiración de felicidad y hasta de simple normalidad. Ni siquiera entre sus allegados encontró el aliento que hubiera deseado. Uno de sus hermanos participó en varias de las manifestaciones y sentadas que se organizaron en el

pueblo para criticar al alcalde. En más de una ocasión, Rosa pudo distinguir su voz entre las consignas corales que se colaban por la ventana mientras trajinaba en la cocina. La noche del asesinato, ese hermano se presentó en el domicilio familiar. Ella le miró entre lágrimas y le invitó a que subiera a la habitación en la que habían colocado el cadáver: que le podía decir lo que quisiera, que se podía reír de él, que estaba muerto y no había réplica posible. Él salió indignado, diciendo que lo habían echado de la casa.

Pero su hermana tenía aquella noche otras cosas de las que ocuparse. A pesar del dolor que la desgarraba por dentro y por fuera, Rosa estuvo encima de todas las necesidades que fueron surgiendo. Interrumpió su desconsolado llanto en la cocina para buscar la sábana blanca que pidieron para cubrir el cadáver, se preocupó de que alguien fuera a esperar a José Ignacio a la estación, sugirió al maestro que anduviese un poco encima de Salvador, confortó como pudo a Mari Nieves... El porvenir de su matrimonio acababa de esfumarse en cinco disparos, sí, pero allí mismo, mientras los restos de su marido reposaban en la habitación contigua, puso en marcha otro proyecto: el de hacer posibles los de sus hijos a pesar de la ausencia paterna.

Ese empeño es el que ha articulado desde entonces toda su vida. Los días y las semanas posteriores al asesinato no fueron menos difíciles, pero siempre salió a la calle con la cabeza bien alta. Eran algunos de sus vecinos los que se veían obligados a bajarla al cruzarse con ella por el pueblo.

Nunca tuvo una mala palabra para nadie. Un día, poco después de la detención de los autores del crimen, coincidió en misa con la madre de los hermanos Nazábal. Al abandonar la iglesia, Rosa se quedó charlando en el atrio con algunas señoras del pueblo. Salió también la madre de los verdugos, que eludió el grupo. Pero la viuda de Jesús Ulayar la llamó cariñosamente: “Ven, mujer, que aquí nadie tiene nada contra ti”.

Fueron años de infamia, de abandono y de resignación, pero ella supo afrontarlos con entereza y elegancia. Sólo cuando los asesinos salieron de la cárcel y regresaron a Etxarri apoyó la propuesta de José Ignacio de marcharse de allí. Los terroristas no le habían dejado vivir en el pueblo con su marido y tampoco parecían dispuestos a permitir que lo hiciera con sus nietos.

En aquellos días, un matrimonio de la localidad amigo de José Ignacio y Blanca se dirigió a la familia con un mensaje conmovedor: “Tenemos un millón de pesetas en el banco. Son los ahorros de toda nuestra vida. Cogedlos y marchaos bien lejos de aquí”. Los Ulayar se conmovieron con el ofrecimiento, pero la decisión ya estaba tomada.

Desde que se fueron, la relación de Rosa con su pueblo ha sido más bien esporádica. Sus vecinas y sus amigas la reconocieron –con su inseparable muleta– en una de las fotografías que publicó el periódico el 4 de diciembre de 2000, cuando el Gobierno entregó a las víctimas del terrorismo la Medalla de Oro de Navarra. En la imagen se le veía acercándose a la presidencia para recoger su diploma, ayudada por Salvador. Quizá la localizaron también en la foto de grupo que las víctimas se hicieron el 6 de noviembre de 2001 con el Príncipe de Asturias, durante la visita de éste a Navarra. Sus hijos comentaron aquel día algunos detalles de la historia familiar a Don Felipe y el heredero, que ya la conocía,

reconoció que era “para poner los pelos de punta”. Rosa apenas intervino. No hacía falta. Se limitó a estar ahí, discretamente.

Como la *Mujer de rojo sobre fondo gris* de Miguel Delibes, también ella aligeraba con su sola presencia la pesadumbre de vivir. Por eso, lo del 24 de enero de 2004 fue un reconocimiento a su abnegación, a su entrega, a su valor, a sus 25 años de viuda en Etxarri Aranatz. El acto convocado era un homenaje a Jesús Ulayar, pero los dos mil asistentes, aún sin saberlo, la estaban homenajeando también a ella.

Dos días después, a Salvador le preguntaron en una entrevista cómo había vivido su madre los distintos actos celebrados en el pueblo. Ésta fue su respuesta: “Mi madre es una mujer de piel dura. Pero esto le ha conmovido por dentro. Es evidente que está contenta y satisfecha. Cuando estaba sentada en el primer banco de la iglesia y allí iba circulando gente para despedirse de nosotros, la cara de satisfacción que tenía, su sonrisa y sus lágrimas no tenían precio. Impagables”.

LINA NAVARRO CARIÑO CON 25 AÑOS DE RETRASO

La primera vez que Lina Navarro Florido viajó a Pamplona fue para recoger el cadáver de su marido. Era el 2 de enero de 1979 y Francisco Berlanga Robles, artificiero de la Policía Nacional, había muerto al hacer explosión el artefacto que intentaba desactivar. Apenas le quedaba un mes para regresar a Málaga y reunirse allí con su mujer y sus tres hijos.

El 24 de enero de 2004, Lina Navarro estuvo de nuevo en la Comunidad Foral. Volvió a recorrer los 900 kilómetros que separan Málaga de Pamplona para asistir al acto de recuerdo que organizaron en el acuartelamiento de Beloso los compañeros de su esposo y para recibir el homenaje de afecto y desagravio que quisieron brindarle en Etxarri Aranzatz las dos mil personas que secundaron la convocatoria de Libertad Ya. Aquel 24 de enero de 2004, Francisco Berlanga fue el gran protagonista de la jornada junto a Jesús Ulayar.

¡Qué diferencia entre uno y otro viaje! La Lina de 1979 era una mujer de 24 años que colocó como pudo a sus tres hijos – el mayor de cinco años y la pequeña de nueve meses – y cruzó la península totalmente desconsolada por la noticia que acababa de recibir. Aún no podía intuir el sabor amargo de la soledad que vendría después. La Lina de 2004 encontró a una viuda y a cuatro hermanos que la trataron como si fuera de la familia y recibió, concentrado, el cariño y el agradecimiento que Navarra no le había dado en los 25 años anteriores.

En realidad, la primera información que le transmitieron aquel 2 de enero de 1979 fue una verdad a medias. “Su marido ha tenido un accidente”, le dijeron desde Pamplona a través del hilo telefónico. “Yo temí lo peor, pero no llegué a creerme que estuviese muerto”, contó a la vuelta de los años en una entrevista. Hizo todo el viaje alimentando la esperanza de encontrar a Paco con vida.

Sólo cuando llegó a la capital navarra le comunicaron el desenlace y los detalles de lo ocurrido. El cabo Berlanga había muerto a primera hora de la mañana en la Plaza del Castillo. Un miembro de ETA había colocado una bomba junto a la puerta de la Inmobiliaria Jiménez Fuentes. El artefacto estaba dentro de una bolsa de plástico. El aviso llegó a la policía y acudieron al lugar varios técnicos en desactivación de explosivos. Francisco Berlanga previno a los empleados de la farmacia contigua, pero no le dio tiempo a más: la carga estalló sin que se hubiera podido colocar ninguna de las protecciones que utilizaban los artificieros en su trabajo. La onda expansiva le seccionó las extremidades y murió en el acto.

Lina Navarro había hablado con su marido en más de una ocasión sobre el alto riesgo que acumulaba el trabajo de un policía en Navarra. No eran sólo teorías más o menos fundadas. En los trece meses anteriores a la explosión de la Plaza del Castillo, ETA había asesinado en la Comunidad foral a tres agentes de las fuerzas de seguridad, sus tres primeras víctimas mortales. El primero en caer fue Joaquín Imaz Martínez, comandante en jefe de la Policía Armada. El 26 de noviembre de 1977, los terroristas le esperaron junto a su coche, aparcado en las

inmediaciones de la Plaza de Toros, y le dispararon cuando se acercaba. Tenía 50 años. La segunda víctima fue José Manuel Baena Martín, inspector del Cuerpo General de Policía, que murió en un tiroteo registrado en el barrio de San Jorge el 11 de enero de 1978. En los días anteriores había habido detenciones en varios lugares de Pamplona. Los agentes acumularon sospechas sobre un piso que podría estar siendo utilizado por miembros de ETA. Estaba vacío cuando acudieron y decidieron esperar a que llegasen los activistas. Éstos se percataron de la presencia policial y no dudaron en sacar sus pistolas y disparar. Murieron el inspector Baena y los dos etarras: Joaquín Pérez de Viñaspre y Ceferino Sarasola Arregui, ambos guipuzcoanos. El tercer atentado mortal tuvo lugar el 9 de mayo de 1978. Los terroristas colocaron una bomba bajo el Portal Nuevo, en la salida de Pamplona hacia San Sebastián, y la hicieron explotar al paso de un jeep de la Guardia Civil. Murió Manuel López González, que acababa de terminar su turno de vigilancia en la estación de Renfe. Tenía 23 años, era de Cáceres y estaba a punto de casarse.

Las víctimas mortales ofrecían sin duda el balance más grave, el escaparate más negro de la situación, pero también la vida diaria estaba impregnada de violencia. Paco Berlanga quizá le restaría importancia al contárselo por teléfono a Lina, pero para un policía era muy difícil, casi imposible, sustraerse a la tensión. El orden público era un problema cotidiano. Lo sucedido tras el atentado del Portal Nuevo es una buena muestra. Los funerales por Manuel López se celebraron el 10 de mayo en la iglesia de los Paúles, en la Milagrosa, a las doce del mediodía. Por la tarde, con los ánimos aún crispados por el crimen, un grupo de extrema derecha provocó graves disturbios en el Casco Viejo. Lo formaban personas armadas con palos, porras, cadenas y pistolas. Algunos de los ultras trataron sin éxito de asaltar la sede de LKI, en el número 31 de la calle Zapatería. Los enfrentamientos con jóvenes de la órbita abertzale no se hicieron esperar. Hubo barricadas, escaparates hechos añicos, coches destrozados y varios heridos de consideración. El más grave fue Juan Antonio Esevenri Chávarri, de 54 años, guardia civil de profesión, que vestía de paisano durante la refriega. Recibió cuatro cuchilladas que lo dejaron al borde la muerte en la calle Chapitela. La policía detuvo a 52 personas que pasaron la noche en comisaría. Juan Antonio Esevenri murió una semana después, el miércoles 17 de mayo. Los ánimos volvieron a tensarse. Algunos de los 52 detenidos fueron acusados de ser los autores de las cuchilladas y el juez envió a cinco de ellos a la cárcel. Sus familiares y amigos estaban convencidos de su inocencia y visitaron al gobernador civil y al presidente de la Audiencia para que agilizaran la instrucción del caso. El 25 de junio, con los sanfermines a la vuelta de la esquina, representantes de las peñas se encerraron en el ayuntamiento para exigir la libertad de los detenidos. El chupinazo de aquel año se lanzó desde el primer piso. Una pancarta cruzaba la fachada de la Casa Consistorial con la leyenda "Para San Fermín todos en casa". El 8 de julio, al terminar la corrida de toros, un grupo de jóvenes desplegó en la arena otra pancarta en la que se reclamaba la amnistía. Hubo algunas peleas en los tendidos y, repentinamente, la policía nacional entró al ruedo disparando botes de humo, pelotas de goma y, según se comprobó después, balas de pistola. El tumulto fue espectacular. Mientras unos trataban de encontrar la salida en

medio de la confusión, otros lanzaban almohadillas y todo tipo de objetos a los agentes, que tuvieron que replegarse. Los enfrentamientos continuaron en la calle. Pamplona fue durante toda aquella noche una ciudad violenta y peligrosa. La música de las charangas fue sustituida por una banda sonora de disparos y sirenas, y el tradicional paisaje sanferminero dejó a paso a las peleas, a las carreras, a las barricadas y a los heridos. Más de 150 personas fueron trasladadas a los distintos centros sanitarios de la ciudad y 78 quedaron ingresadas. Hubo al menos seis heridos de bala, y un muerto: Germán Rodríguez Sáiz, alcanzado por un disparo en las inmediaciones de la plaza de toros entre las 22.00 y las 22.10 horas. Un conductor que pasaba por la avenida de Roncesvalles lo llevó en su Renault 8 al Hospital de Navarra. Fue intervenido quirúrgicamente al filo de la medianoche, pero falleció hacia las dos de la mañana. Tres días después, los Sanfermines fueron suspendidos.

Ése fue el paisaje laboral de Paco Berlanga y de sus compañeros durante 1978, un año en el que ETA asesinó a 69 personas, casi tantas como en toda su historia anterior. El joven cabo daría por buenos el riesgo y las adversidades a cambio del inminente traslado a Málaga, donde podría reunirse por fin con Lina y los tres pequeños. Es paradójico que entre sus últimos servicios figurasen tres avisos de bomba el día 6 de diciembre, durante el referéndum en el que Navarra y el conjunto el país dieron un sí mayoritario a la Constitución. Aquel día los españoles decidieron por sí mismos cómo querían vivir, pero en algún rincón de la capital navarra alguien ya trabajaba en los entresijos del artefacto que tres semanas después le arrancaría a él su derecho más fundamental.

Lina no pudo dejar de recordar algunos de los episodios descritos mientras caminaba por las calles de Etxarri Aranatz el 24 de enero de 2004. Llevaba consigo la gorra que perteneció a su marido y la depositó junto a las velas que se encendieron frente al domicilio de los Ulyar, al lado de la vara de mando del ex alcalde. Se le veía contenta, quizá un poco sorprendida por el calor humano que la envolvía, nada que ver con el apresurado funeral que se celebró en 1979 antes de que un furgón se llevase de Navarra los restos del artificiero Francisco Berlanga. En las fotos de aquella misa también se ve la gorra del agente, puesta sobre el ataúd. Rodean el féretro varios compañeros del muerto que tratan de mantener la compostura en una capilla pequeña y desangelada.

Muchos de los asistentes a los actos de Etxarri no sabían quién era Lina. No conocían por tanto la historia que llevaba a cuestras aquella mujer sonriente que avanzaba cogida del brazo de alguno de los Ulyar. Otros intuyeron su pasado y su condición de víctima por la gorra policial que portaba en la mano. Hubo en cambio una persona que siguió sus pasos con atención: Fernando Jiménez Fuentes no había hablado nunca con la viuda del cabo Berlanga, pero aquel 24 de enero de 2004 supo que había llegado el momento de decirle algo. Los 83 años de su vida le empujaban de alguna manera a dar el paso. Él podía haber sido la primera víctima mortal de ETA en Navarra si los terroristas llegan a disparar el subfusil que le pusieron en la sien el 19 de octubre de 1977. Pero los tres encapuchados que aquel día accedieron a su domicilio en la plaza Conde de Rodezno de Pamplona sólo querían dinero. Los activistas amordazaron a la esposa, a la hija, a la sirvienta y al portero antes de encañonar a Fernando

Jiménez. Cuatro días antes el Congreso había aprobado la primera ley de amnistía, que devolvió a la calle a muchos presos políticos, incluidos bastantes miembros de ETA, pero la banda armada, lejos de sumarse al paisaje democrático, inició una de sus campañas de extorsión para recaudar fondos. Fernando Jiménez Fuentes cambió su domicilio a Madrid después del atraco, pero mantuvo abierto su negocio en Pamplona: una oficina inmobiliaria en la Plaza del Castillo. Allí fue donde el 2 de enero de 1979 pusieron los terroristas la bomba que acabó matando a Francisco Berlanga.

El 24 de enero de 2004 acudió a Etxarri Aranatz en compañía de su hija y de su yerno. Buscó en varias ocasiones el momento más oportuno para acercarse a Lina Navarro y lo logró después de haber encendido una de las 25 velas que se colocaron frente al domicilio de los Ulayar. “La bomba que mató a su marido me la habían puesto a mí”, le dijo.

CONCEJALES Y ALCALDES EL RELEVO

Desde el 27 de enero de 1979, en Etxarri Aranatz apenas ha habido concejales no nacionalistas. Sin embargo, el 24 de enero de 2004 hubo ediles y alcaldes de diferentes partidos que paliaron simbólicamente esa ausencia manifestándose en silencio por las calles del pueblo. Todos conocían de primera mano los sinsabores del trabajo municipal, las incomprensiones, las críticas infundadas y la soledad del cargo, y pudieron intuir con más precisión cuánto debió de sufrir Jesús Ulyar antes de que le quitaran la vida.

Hubo representantes de localidades diversas. Mariano García Garrancho y Antonia Román Casasola no tuvieron que hacer demasiados kilómetros para asistir al homenaje, ya que ambos residen en Alsasua. Son marido y mujer, ambos pertenecen a la corporación de la localidad y su presencia en un acto como el de Etxarri era casi inevitable después de los acontecimientos en los que se habían visto envueltos en los meses y en los años anteriores. Él es del PSOE y ella, de UPN.

A diferencia de Jesús Ulyar, cuya genealogía se hunde en los cimientos de la Barranta, Mariano y Antonia proceden de muy lejos: él nació en Alcántara, en la provincia de Cáceres, y ella en Vélez-Málaga, al borde del Mediterráneo. Las familias de ambos emigraron a Navarra en busca de las oportunidades que les negaba su tierra de origen. Se conocieron en Alsasua y en Alsasua se casaron, en 1974. Hoy son padres de dos hijos de 28 y 23 años. Ellos comparten la misma edad: 54. Mariano trabaja en una fábrica alavesa en la que hace turnos semanales de mañana y tarde, y Antonia es empleada de Correos.

En 1979, pocas semanas después del asesinato de Jesús Ulyar, en el transcurso de una asamblea de vecinos, Mariano se quejó en público de una intervención que alguien había realizado previamente sobre «los de fuera y los de dentro», un tema que fue recurrente durante años en una localidad con gran densidad de inmigrantes. A raíz de lo sucedido en la reunión, los socialistas se interesaron por él y acabó presentándose con ellos a las elecciones, aunque como independiente. En aquellos primeros comicios obtuvo ya un escaño, y lo ha ido renovando periódicamente, con el único paréntesis de una legislatura. Hoy suma casi veinte años de concejal.

Cuando se presentó la primera vez, a su mujer le pareció bien. “Incluso me gustó que lo hiciera”, ha dicho en alguna ocasión Antonia Román, *Toñi* para casi todos. “Me agradaba verle tan dispuesto a trabajar por el pueblo y a tratar de mejorar la vida de los vecinos”. Aún no sospechaba los sinsabores que también les depararía la actividad municipal a su marido y a ella: los plenos tensos y crispados que seguían a un atentado de ETA o a la detención de un vecino de Alsasua, los comentarios furtivos que podían adivinar al pasear por la calle, los carteles, los insultos, las pintadas, la fotografía enmarcada en una diana...

Antonia no tuvo más remedio que aprender a convivir con las circunstancias del párrafo anterior y con sus consecuencias: acostumbrarse a la

compañía permanente de un escolta, revisar los bajos del coche o prestar especial atención a la gente que deambula por la calle acabaron por convertirse en hábitos casi domésticos. Sin embargo, ninguna de esas adversidades le impidió repetirse una y otra vez la misma reflexión: «Si en las elecciones forales hay un buen número de vecinos de Alsasua que votan a UPN [767 en las de 1999 y 934 en las de 2003], cabe suponer que habrá bastantes que voten al mismo partido si se presenta a las municipales». Dispuesta a resolver la duda, la expuso personalmente a algunos responsables de la formación regionalista. Les dijo que se ofrecía a buscar posibles candidatos para que los incorporasen a la lista. No fue fácil y acabó presentándose ella misma. Las razones que le movieron a actuar así estaban muy claras: “No me gusta que haya gente que tenga que ir por la calle cuchicheando y bajando la voz”, explicó cuando faltaban un par de días para los comicios. “En este pueblo hay gente maravillosa. Casi todos lo son. Pero está ese grupo que pretende imponer sus ideas avasallándonos por la fuerza. Pienso que puedo hacer un buen trabajo en el ayuntamiento, sobre todo porque soy demócrata”.

A UPN le hubiese gustado completar la candidatura con gente de Alsasua, pero el empeño era complicado. Tuvieron que acudir a jóvenes que se habían ofrecido para reforzar las listas del partido en aquellos municipios en los que la presión del nacionalismo radical fuese más agobiante. En aquellos días, Eradio Ezpeleta, coordinador de la campaña, descubrió a un tiempo las dificultades que entrañaba ser candidato en Alsasua y la generosidad de algunas personas que sin apenas conocer la localidad estaban dispuestas a trabajar por ella. A pesar de los celos que despierta la política, o de la desidia que se atribuye a la juventud, o de la presión del terrorismo, o de la simple comodidad que tantas personas disfrazan con unas u otras excusas, la disposición de aquellos voluntarios y de otros muchos le confirmó que todavía queda gente dispuesta a complicarse la vida para intentar mejorar un poco la de los demás.

El paso que dio UPN al presentarse en la capital de la Barranta encontró la respuesta del sector radical del pueblo cuando aún faltaban varios días para la cita con las urnas. Fue el 17 de mayo de 2003. El partido convocó un acto electoral en el edificio Gure Etxea y asistieron al encuentro destacados representantes del partido, empezando por el presidente. Frente a un micrófono que apenas hizo falta, Miguel Sanz recordó a todos que estaban participando en una reunión histórica. Antonia Román también tomó la palabra para enunciar algunos de los problemas del pueblo y para adelantar varios proyectos que ya barajaban. Asistieron a la cita unas cuarenta personas. Había vecinos del pueblo entre el público, pero eran franca minoría. Al terminar, un grupo de sesenta jóvenes que se había reunido en las inmediaciones dedicó todo tipo de insultos e imprecaciones a los asistentes al mitin. Muchos de éstos regresaron a Pamplona acompañados por sus escoltas, pero la candidata se quedó allí, con su marido.

Por esas mismas fechas, Antonia y Mariano recibieron sendas cartas que también dejaban claro cuál iba a ser el paisaje en el que habrían de desenvolverse en lo sucesivo. Las misivas aparecieron en el buzón del domicilio familiar. El texto de ambas era muy parecido: “Nada tenemos en contra de tu manera de pensar, eres absolutamente libre para profesar y ejercitar la ideología política que

quieras”, decía la dirigida a Mariano. “Pero suponemos que has decidido encabezar la lista del PSOE siendo consciente de que dicho partido está implicado en la práctica de una política de auténtico genocidio contra el pueblo vasco”. Y añadía unas líneas más adelante: “Debes saber que somos muchos los vascos que no estamos dispuestos a permitir que esta política de ataque global y estructural contra los derechos de Euskal Herria y sus ciudadanos continúe. Vamos a ejercitar nuestro derecho a defendernos, vamos a luchar con todos los instrumentos que tengamos a mano para detener vuestra ofensiva fascista. Y vamos a dirigirnos de manera muy especial contra las personas que como tú ostentáis cargos de responsabilidad en los partidos que dirigen la ofensiva fascista contra nuestro pueblo”. A *Toñi* le repetían el razonamiento y además le llamaban nazi. Las dos cartas estaban fechadas “en Euskal Herria”.

Nunca sabrán los autores del texto que en aquellas vísperas de las elecciones de 2003 se habló mucho de política en el domicilio de los García Román. Pero de la política que interesaba a los vecinos de Alsasua: una calle mal señalizada, un banco estropeado, una posible piscina climatizada... Más o menos, el tipo de cosas que llevaron a la muerte a Jesús Ulayar.

Mariano y Antonia tampoco se rindieron. El 24 de enero de 2004 estuvieron juntos en Etxarri Aranatz, ambos representando de algún modo a sus partidos respectivos, pero unidos en lo esencial. “Lo básico es la identidad de Navarra y en eso coincidimos plenamente”, dijeron una vez en una entrevista.

Otro que acudió al homenaje a Jesús Ulayar fue Luis María Iriarte, alcalde de Zizur Mayor, que también ha padecido las inclemencias del mundo abertzale. El recorrido y los motivos que le llevaron a presidir el ayuntamiento son seguramente similares a los que movieron a su malogrado colega de Etxarri Aranatz y a tantos otros. Él empezó trabajando durante el franquismo en una sociedad que dependía de la parroquia. Eran una cuadrilla y organizaban actividades culturales y deportivas. Cuando llegó la democracia, se dijeron: “Habrá que hacer algo”. Y lo hicieron: se presentaron a las primeras elecciones concejiles, fueron elegidos y acabaron desarrollando todo el planeamiento urbanístico de Zizur Mayor, que en veinte años multiplicó por cinco sus dos mil habitantes. Hoy, cuando pasea por las zonas más recientes de la localidad, cuando contempla la biblioteca, las instalaciones deportivas, el alumbrado o el nuevo edificio del ayuntamiento, se siente más cerca de la frase que le gustaría pronunciar cuando se hayan extinguido sus responsabilidades municipales: “Yo colaboré en esto, dediqué a esto mi esfuerzo y mi trabajo”.

En el camino hacia la afirmación entrecomillada le guía siempre el consejo que le dio su padre cuando accedió a la alcaldía en 1996: “Ojo con lo que haces –le dijo– que ese es un puesto de mucha responsabilidad”. Después de citar la sentencia paterna, Luis María Iriarte se detiene un momento, como si la saborease, y añade: “En esas estamos”.

El “en esas estamos” encierra horas de trabajo después de las ocho que ya supone la jornada laboral, preocupaciones que le persiguen cuando sale del ayuntamiento, atascos administrativos, vecinos con problemas, reuniones que le obligan a ausentarse de la empresa, debates a veces crispados, cierta soledad,

decisiones difíciles, presiones y la posibilidad de encontrarse con una bombona de camping-gas empapada en gasolina al regresar a casa.

Esto último ocurrió el 3 de octubre de 1997, aunque ya antes, con ocasión de las fiestas patronales, alguien esparció por la localidad unas panfletos en los que se reproducía su foto y se le acusaba de ser el “culpable” de la dispersión de los presos vascos. Él mismo llevó uno de los pasquines a la siguiente sesión plenaria y expuso el caso al resto de la corporación.

Por aquellos mismos días, el alcalde de Ansoáin, el socialista Alfredo García, recibió por correo una camiseta manchada con sangre y vio cómo en su localidad florecían pintadas y carteles en los que prácticamente se le acusaba de ser el responsable de la política penitenciaria del país.

Hubo episodios similares en Noáin, donde un concejal de UPN que se había metido en política “para mejorar el pueblo” vio estallar junto a su domicilio dos bombonas de camping-gas – en plena tregua de ETA, por cierto –, o en Villava, donde otra edil del mismo partido padeció idéntico sobresalto, sin consecuencias personales. Es sintomático que todas esas personas, volcadas generosamente en la construcción de la democracia, dispuestas a gastar su tiempo y sus fuerzas en beneficio de los demás, recibiesen de sus atacantes la etiqueta de “enemigos de la democracia”.

Miguel Ángel Ruiz Langarica pudo estar en Etxarri Aranatz el 24 de enero de 2004 porque cuatro años antes, el 21 de noviembre de 2000, la policía detuvo en el portal de su casa a Iñaki Beaumont Etxeberria, que al parecer le estaba esperando para pegarle dos tiros. El joven y su compinche despertaron los recelos de un agente que hacía tareas de contravigilancia en la zona y cuando éste se acercó para identificarlos, la pistola Sig Sauer que Beaumont ocultaba bajo la cazadora disipó cualquier duda sobre las intenciones de la pareja. El segundo etarra – Jorge Olaiz Rodríguez, según dijo en su momento la policía – logró huir. Beaumont, con antecedentes de violencia callejera, reconoció en comisaría que no conocía el nombre de su víctima, que únicamente sabía que era de UPN.

Miguel Ángel Ruiz Langarica ya no era concejal de UPN en el Ayuntamiento de Pamplona cuando ETA trató de eliminarle, pero podría haberlo sido porque las disposiciones que le condujeron a la política municipal trascendían por completo el marco cronológico de una u otra legislatura. “Quiero dejar a mis hijos un mundo mejor, y eso pasa ahora mismo por luchar de forma decidida contra el terrorismo”, resumió una vez el origen último de su dedicación.

No pudo evitar que el intento de atentado le dejara una herencia de pesadillas recurrentes – “soñaba que me dejaba abierta la puerta de casa” – y de pintadas amenazantes en la fábrica en la que había consumido toda su vida laboral. “Langarica, hijoputa, eres un cadáver viviente”, leyó un día al iniciar su jornada laboral. Al final, optó por jubilarse con sesenta años para alejarse de aquella presión.

Pero le quedaban fuerzas y convicciones, y se ofreció a su partido para trabajar donde hiciese falta. En las elecciones municipales de 2003 se presentó como candidato en Burlada, y hoy es concejal en el ayuntamiento de la localidad, una de las más pobladas de Navarra. UPN ganó las elecciones, pero un acuerdo

de las restantes fuerzas políticas (PSN, IU, Aralar y Batzarre) dio la alcaldía a los socialistas. Miguel Ángel y sus compañeros han trabajado duro desde entonces para marcar nítidamente la frontera de la libertad, algo que pasa a su juicio por mantener las distancias frente al nacionalismo. En el verano de 2004 escribió una carta al periódico para denunciar que los responsables del ayuntamiento habían incluido en el programa de fiestas algunos actos de recuerdo a los presos. A muchos lectores, aquella misiva quizá les pudo parecer una más, un nuevo episodio de las diferencias políticas que surgen en los ayuntamientos, pero para su autor era algo elemental, una cuestión de dignidad: no podía permitir que la corporación de la que formaba parte diese carta de naturaleza a una cita que pretendía homenajear al etarra que quiso pegarle dos tiros y a todos los demás que cumplen condena en las cárceles españolas por hechos similares.

El 24 de enero de 2004 también estuvo en Etxarri Aranatz Yolanda Barcina, alcaldesa de Pamplona desde el 3 de julio de 1999. En la misma sesión en la que ella recibió de forma oficial la vara de mando de la ciudad, tomó posesión de su acta de concejal Juan María Etxabarra Garro, miembro del comando Burugogor de ETA, condenado a seis años de cárcel por pertenencia a banda armada. Sin embargo, cuando Yolanda Barcina repitió en el cargo cuatro años después ya no había en el consistorio ningún representante de Herri Batasuna ni de las sucesivas marcas electorales en las que trataron de escudarse. Fue una de las circunstancias que destacó en su discurso de investidura: “En este salón de plenos en el que ya no se sientan concejales que no condenan los crímenes de ETA — dijo —, todos los partidos políticos que conforman la nueva corporación municipal hemos de hacer causa prioritaria de la defensa de la libertad frente al terrorismo. Manteniendo esta postura firme, confío en que podamos establecer las reglas principales de diálogo con respecto al resto de asuntos que nos tocará dilucidar de ahora en adelante, durante los próximos cuatro años”.

Con todo, a Yolanda Barcina le ha tocado vivir momentos muy duros en su etapa municipal. En junio de 2001, Euskal Herritarrok llenó las calles de Pamplona con unos carteles en los que se veía a la alcaldesa vestida con uniforme militar y saludando al estilo fascista. En el texto se le acusaba de ser enemiga del pueblo, de la democracia, del euskera y de los barrios. Los portavoces del ayuntamiento condenaron la campaña con distintos argumentos, pero la razón última de los pasquines la formuló el periodista José Miguel Iriberry en una de sus *plazas consistoriales*. El título —“Enemiga de ETA” — ya lo decía casi todo. “Ahora van contra Yolanda Barcina”, se leía en el texto. “La alcaldesa no pasa por el aro. Y eso se paga con un cartel de fotomontaje. La han puesto en lo que los etarras de las declaraciones llamaban ‘primera línea de combate’. De todas formas, siempre podrán decir los cartelistas que ellos están al margen y que a ETA le sobran los carteles. Es verdad. EH está para otras cosas: para justificar los atentados y disculpar a los autores en la ‘lucha armada’ contra los ‘enemigos’. Yolanda Barcina se ha declarado enemiga de ETA desde el día en que tomó posesión del cargo por ser la persona más votada por los pamploneses. Sin embargo, esa enemistad, manifiesta y repetida a lo largo de dos años, no aparece, obviamente, en los carteles. Tampoco hacía falta. La deriva de EH le lleva a tirar hacia delante, cada vez más lejos de la realidad”.

La realidad fue que en las siguientes elecciones municipales, la sociedad, la democracia y los barrios de Pamplona, los pretendidos enemigos de la alcaldesa, le dieron a Yolanda Barcina un apoyo próximo a la mayoría absoluta, algo que no había pasado con ningún candidato en la historia de la ciudad.

Pero los sinsabores continuaron siendo copiosos antes y después del cambio de legislatura. Uno de los más amargos fue la muerte de José Javier Múgica en Leitza. La alcaldesa lo conocía personalmente y aquella vez sintió “muy cerca” la amenaza del terrorismo. El día del atentado – 14 de julio de 2001 – era el último de los sanfermines. La corporación asistió a la Octava en la iglesia de San Lorenzo y al terminar ésta se concentró en señal de protesta junto al ayuntamiento. Muchos ciudadanos que pasaban por la calle se unieron espontáneamente al acto. Al concluir los cinco minutos de silencio, algunos periodistas quisieron recoger una valoración de la máxima responsable del ayuntamiento: “Han querido quitarnos la alegría y piensan que así nos van a amedrentar”, dijo. “Pero se equivocan, no lo van a conseguir en absoluto. Todos los pamploneses, todos los navarros y los españoles en general vamos a estar fuertes contra los asesinos y lo que vamos a hacer es aislar a aquellos que apoyan el terrorismo y a las personas que actúan como terroristas”. Y añadió: “Dicen ser defensores, aunque yo me pregunto qué es lo que defienden. Lo único que están haciendo es atacar de una forma vil a un pueblo. Salvo los nazis, no conozco a gente tan cruel en la historia de la humanidad”.

Siete meses después de aquella concentración de duelo, las fuerzas de seguridad desarticularon en Navarra dos comandos de ETA: el *Ekaitza* y el *Urbasa*. El segundo había recopilado información sobre la alcaldesa y la había seguido en alguna ocasión con la previsible finalidad de eliminarla. «Estamos viviendo un momento en el que somos muchas las personas que podemos ser objetivo de la banda terrorista ETA», dijo entonces públicamente. Y preguntó a quienes le habían preguntado: “¿Cómo se sentirían todos ustedes si estuviesen amenazados por la banda terrorista ETA? Ese sentimiento es el que yo tengo en este momento”.

La presión no le retrajo en ningún momento. Más aún, Yolanda Barcina pasará a la historia de la ciudad por haber tomado decisiones difíciles que contribuyeron a crear nuevos espacios de libertad en las calles de Pamplona. Quizá la más emblemática fue la de desautorizar la instalación de las llamadas barracas políticas, en realidad un gueto radical que imponía sus condiciones en el paisaje de los Sanfermines y que alimentaba las arcas de partidos y colectivos emparentados con HB y ETA. En la misma línea, privó de subvenciones a todos los grupos y asociaciones que incluyeran en sus programas actos de reconocimiento a los presos. No dio ni un paso atrás cuando algunas personas trataron de servirse de distintas iniciativas urbanísticas para atacarla ferozmente, ni cuando otras sembraron el casco urbano de carteles repletos de insultos y amenazas.

El coste personal que ha tenido su actitud es difícil de imaginar. Una vez relató en una entrevista que su hijo, con apenas tres años, se agachaba a mirar debajo de las sillas de casa porque había visto hacer lo mismo a los escoltas que acompañaban a su madre. Yolanda Barcina nunca pudo llevar pacíficamente al

pequeño a los parques o a los columpios que ella misma había ido promoviendo en diversos lugares de la capital.

La alcaldesa ya había estado en varias ocasiones con los Ulayar antes del 24 de enero de 2004. El 20 de noviembre de 2002 asistió en la Universidad Pública de Navarra a una mesa redonda sobre víctimas del terrorismo en la que intervino José Ignacio. Allí tuvo oportunidad de escuchar directamente la dura historia de la familia y pudo saludar al ponente y a alguno de sus hermanos. En los Sanfermines de 2003 abrió un hueco en la apretadísima agenda municipal y el 14 de julio invitó a los cuatro a ver el encierro desde el ayuntamiento. Acudieron todos con sus cónyuges e hijos — quince personas en total — y cuando la manada ya se encontraba en los toriles de la plaza de toros se sentaron a desayunar chocolate con churros.

En Etxarri Aranatz volvió a saludar a unos y a otros. Se mezcló entre la gente cuando la comitiva salió del cementerio para dirigirse al pueblo, como hicieron las demás autoridades. Y cuando se invitó a los asistentes a estampar sus manos blancas en la fachada del domicilio familiar, la alcaldesa de Pamplona se acercó, se enfundó uno de los pares de guantes que se habían distribuido al efecto, los impregnó en pintura, y se apoyó con fuerza en la pared. Fue su homenaje a un hombre bueno que no conoció, a un colega que padeció por adelantado problemas similares a los que hoy le atosigan y le impiden pasear tranquilamente por la calle. Fue como si Yolanda Barcina —y con ella los demás concejales y alcaldes reunidos aquel día en Etxarri— tomara el testigo municipal de Jesús Ulayar para llevarlo hasta el territorio de paz y libertad que él y tantos otros no pudieron alcanzar.

MAITE PAGAZAURTUNDUA LA PALABRA DE UNA HERMANA

Mientras los asistentes al homenaje a Jesús Ulyar iban acercándose al cementerio de Etxarri Aranatz, Maite Pagazaurtundua hizo un aparte con Salvador Ulyar para leerle lo que pensaba decir desde el quiosco unos minutos más tarde. Salvador le escuchó con cariño, conmovido, pero sin demasiada atención: "Nada de lo que dijese aquella mujer me podía parecer mal", explicaría después.

Ambos habían coincidido por primera vez el 7 de mayo de 2003, en aquella jornada madrileña que resultó tan señalada para el pequeño de los Ulyar. El acto convocado por Basta Ya los reunió en una mesa junto a otras víctimas del terrorismo, y unos y otros expusieron de forma sucesiva sus testimonios ante un público formado principalmente por personas del mundo de la cultura. Hacía sólo tres meses que ETA había asesinado a Joxeba Pagazaurtundua, jefe de la Policía Municipal de Andoáin, y su hermana Maite ya estaba cumpliendo la palabra que le dio mientras agonizaba en el hospital. Aquel 9 de febrero le dijo que ella se encargaría de perpetuar la voz que los terroristas habían tratado de acallar, y ese fue el compromiso que le llevó a Madrid, el que después le condujo a Etxarri Aranatz y el que le ha empujado y le empuja a tantos lugares donde haya alguien dispuesto a escuchar lo que pasa en el subsuelo del País Vasco.

Maite no tardó en hacerse cargo de la historia de dolor de la familia Ulyar porque la suya reúne unos ingredientes similares. Hoy está casada, es madre de dos niñas y tiene 39 años, los mismos que Salvador, pero cuando justamente había alcanzado los trece padeció en el colegio una situación muy similar a las que éste vivió en la escuela de Etxarri y en el instituto de Pamplona. Ella estudiaba en la ikastola de Hernani y era una niña "muy ideologizada", como tantas de la época. Un día discutió con una compañera de clase sobre temas políticos y cuando la otra chica se vio acorralada, le dijo: "Tú piensas esto porque en realidad no eres vasca". Fue la primera vez, pero la frase se la han repetido desde entonces en infinidad de ocasiones. Incluso con una formulación más radical: "Tú no eres vasca y hay que matar a todos los españoles".

Pero sí que eran vascos, y a mucha honra. Su hermano mayor, Iñaki, perteneció a la CNT y se afilió después al Partido Socialista. Joxeba ingresó en ETA y militó un par de años en la organización armada cuando era apenas un adolescente. Pasó después por algunas formaciones radicales y acabó en Euskadiko Ezkerra, que a su vez terminó uniéndose con el Partido Socialista de Euskadi. Maite no tardó en hacerse cargo de las grietas que acumulaban los cimientos de su tierra, y mientras cumplía 15, 16, 17 años e iba descubriendo la amistad, la literatura o la autonomía personal, se daba cuenta con un desasosiego creciente de que vivía en una sociedad enferma en la que mucha gente miraba para otro lado cuando caían seres humanos asesinados. "Tuve una conciencia cívica comprometida contra el terrorismo muy pronto", explicó en una ocasión a la periodista de *La Vanguardia* Ima Sanchís.

Tuvo que aprender a desenvolverse en ese escenario, el mismo en el que sus hermanos se habían abierto paso unos años antes a pesar de las dificultades y de sus propios desalientos. Cuando contó el caso de su familia en aquella sesión de la Casa de América, Maite se detuvo en algunos aspectos del talante profesional de su hermano Iñaki: “Como policía era brillante. Descubrió la pista que llevó a la detención de un grupo de ultraderecha que asesinó a ciudadanos de Hernani y Andoáin. Pasó muchas noches en vela para ayudar a mujeres maltratadas e impedir nuevas agresiones muchos años antes de que existiera una sensibilidad real con estos delitos horribles. Colaboró con otras fuerzas policiales para perseguir a etarras y a alevines de etarra. Sumó muchas horas ayudando a gente humilde porque la Administración pública, justo para la gente que más lo necesita, puede resultar un laberinto. Cuando la situación política se puso especialmente peligrosa en Andoáin para todos los constitucionalistas, plantó cara a su miedo y abrió la sede socialista hasta el día que lo mataron”.

Reveló también que “el primer infierno” empezó “a finales de 1994 o principios de 1995”, ocho años antes del crimen, cuando comunicaron a Joxeba que se había librado de un atentado “inminente”. A través de Ramón Jáuregui, la familia pidió ayuda al Departamento de Interior del Gobierno Vasco, y lo enviaron en comisión de servicios a un pueblo de Álava, en una zona “de bajo riesgo”. Estuvo tres años. Fue una temporada de calma, un paréntesis insospechado de normalidad, y Joxeba decidió quedarse a vivir allí. Pero el mismo día en el que iba a comprarse un terrenito con la idea de construir una vivienda, le llamaron de Vitoria para anunciarle que debía regresar a Andoáin. ETA estaba en tregua, le dijeron.

Volvió a su pueblo cuando la *kale borroka* se encontraba en su apogeo y padeció pintadas, insultos, ataques con cócteles molotov en su domicilio e incendios en su coche. “Les aseguro que es una de las experiencias más horribles en el día a día que se pueden imaginar”, explicó Maite a las personas que le escuchaban en Madrid aquel 7 de mayo de 2003.

Joxeba Pagazaurtundua supo que tenía los días contados, especialmente desde que en mayo de 2000 ETA mató a su amigo José Luis López de Lacalle, vecino de Andoáin como él, miembro también de Basta Ya. Convencido de la suerte que le esperaba, escribió al consejero vasco de Interior indicándole que tenía “sobrados motivos” para pensar que los terroristas andaban tras sus pasos. “Este ciudadano vasco —añadía— cree que la consejería de Interior de su gobierno tendría que ocuparse y preocuparse por su situación”. Unos meses después envió una segunda misiva: “Cada día veo más cerca mi fin a manos de ETA”, decía. Ninguna de las dos surtió efecto.

Maite relató en la Casa de América que su hermano convivía con la posibilidad de morir con una naturalidad que pasó inadvertida hasta para ellos: “Algunos días después de su asesinato encontramos su testimonio en cartas, en poesías, donde explicaba con una lucidez sobrecogedora la necesidad de no doblegarse pese al miedo, pese a la certeza de que terminarían por matarlo”.

Sus presentimientos se cumplieron el 9 de febrero de 2003. Joxeba desayunaba y leía la prensa en un bar de Andoáin cuando un pistolero de ETA,

después de esperar a que saliesen algunos clientes, se acercó a él y le disparó tres veces.

A partir de entonces, la frontera que había ido dibujando la violencia en el conjunto de la ciudadanía acabó de dividir en dos a los Pagaza, como ocurrió en su día con los Ulayar y con tantas otras familias del País Vasco y de Navarra. Ni siquiera el asesinato de Joxeba movió la línea invisible que separaba a unos y a otros: una buena parte de la familia materna antepuso sus ideas políticas al consuelo o la ayuda que hubiesen podido prestar a los deudos. “Mis tías han visto la persecución y la angustia de mi madre por sus hijos durante ocho años, pero han seguido anteponiendo sus ideas y sus prejuicios a la vida o la muerte de esos niños a los que han dado de comer tantas veces, han querido y han cobijado”, ha contado Maite en alguna ocasión.

El panorama no fue más alentador en el ámbito profesional: “En mi entorno laboral jamás me han dado el pésame ni me han preguntado nada que tenga que ver con lo sucedido. Ni una sola palabra, ni un ‘siento lo de tú hermano’. Me parece sorprendente que hayan sido incapaces de acercarse a mí en los peores momentos, cuando yo llevaba escrito el dolor en la cara”.

Hubo una temporada, antes del atentado, en la que Maite consideró seriamente la posibilidad de marcharse de Euskadi. Tenía mucho miedo por Joxeba, pero no logró convencerle. “Era una persona extremadamente lúcida y sabía que sólo podíamos salir adelante como sociedad si éramos capaces de sacudir las conciencias y conseguir una rebeldía ciudadana activa. Conseguir que la gente dejara de ser ciega, sorda y muda. Además, él no quería abandonar a sus amigos ni a toda esa oposición democrática del País Vasco que se ve obligada a llevar escolta”.

Después del crimen, no ha vuelto a plantearse “en serio” la opción de emigrar. Hoy es concejala socialista en Urnieta, un municipio guipuzcoano de 5.500 habitantes, y vive acompañada de forma permanente por dos escoltas: “Es muy incómodo, porque tu intimidación está escrita en sus libretas. Es tremendo que haya personas que saben mejor que tú misma cuáles son tus hábitos. Tienes que aprender a vivir con naturalidad tus propios afectos cuando hay personas mirando. Si tienes que dar un beso a tu marido o reñir a tus niñas tienes que hacerlo como si ellos no estuvieran. Pero están. Es un reto para las relaciones humanas, uno aprende a ser muy educado”.

Pero ni ésta ni otras circunstancias que le oprimen de forma casi permanente han reducido su compromiso. Tiene fundadas razones para seguir adelante: “Si miramos la historia de un ser humano, no cabe duda de que esta situación te roba parte de tu vida. Pero si miras la historia de la Humanidad, te das cuenta de que las libertades se han conquistado porque hay personas que se han comprometido. Y eso no significa que unos sean mejores que otros, sino que hay quien no ha dado un paso”.

En Etxarri Aranatz, desde el quiosco, Maite Pagazaurtundua habló en castellano y en euskera de las “personas con corazón de hielo” que prefirieron “mirar para otro lado” cuando ETA mató a Jesús Ulayar y cuando su familia tuvo que afrontar en solitario largos años de oprobio. “Estamos aquí para sepan que va a ser imposible que duerman tranquilos otros 25 años”, dijo.

El 24 de enero de 2004 también estuvo en Etxarri Estíbaliz Garmendia, la viuda de Joxeba Pagazaurtundua. Su presencia pasó mayormente inadvertida, pero Salvador Ulyar supo valorarla en lo que valía. Unas semanas después del acto, en su casa, con nocturnidad y cierto sentido de la historia, puso por escrito las reflexiones y los sentimientos que despertó el encuentro con ella en las calles de su pueblo. Éstos son: "Durante el trayecto de la manifestación silenciosa que cruzó el paseo de Etxarri, Maite me presentó a su cuñada Estíbaliz. Nos abrazamos y la emoción humedeció mis ojos cargados de felicidad y agradecimiento. Difícilmente sus lágrimas podrían ser felices, como las mías. En ese breve contacto, creo que leí el sufrimiento de su rostro. Lloraba su inmenso dolor cuando aún no hacía un año que los asesinos le habían arrebatado a Joxeba, rematando la labor que el mundo nacionalista había desarrollado contra él durante años. Un tipo que luchaba por la libertad, la de nacionalistas y no nacionalistas. Los miserables le sorprendieron peligrosamente armado: su palabra, un café y unos periódicos. Así que lo mataron. Estíbaliz se sobrepuso al dolor para estar con nosotros, los Ulyar, en esa ocasión tan especial. Rechazó la muerte civil a la que siempre han querido condenar a las viudas, a los huérfanos... como si fuéramos apestados, y vino a Etxarri. Cuando recuerdo su presencia se me hace un nudo en la garganta que me ahoga las palabras. Porque no puedo dejar de pensar que, también aquel día, un vacío hondo y doloroso le acompañaba ahí donde todos estamos inevitablemente solos, en la habitación más profunda de nuestra alma. Herida donde más duele, esa mujer estaba a nuestro lado, arropándonos. Me valió mucho tu presencia, Estíbaliz, gracias muy especialmente a ti".

En la entrevista de *La Vanguardia* le preguntaron a Maite Pagazaurtundua por su cuñada Estíbaliz. Su respuesta fue tan breve como estremecedora: "Su familia es de Batasuna o de Elkarri. Estíbaliz no puede encontrar el consuelo ni en su propia madre".

Dos semanas después del 24 de enero de 2004 se cumplió el primer aniversario del asesinato de Joxeba. El Ayuntamiento de Andoáin convocó un pleno extraordinario en el que se reconocería la entrega del difunto a la localidad, e invitó a los vecinos a asistir a la inauguración de una escultura conmemorativa realizada por Agustín Ibarrola. Libertad Ya organizó un autobús desde Pamplona y Salvador fue uno de los integrantes de la expedición. También acudió su hermano José Ignacio. En Andoáin, en un pueblo que recordaba en demasiados aspectos a Etxarri Aranatz, las dos familias reforzaron sus vínculos y aliviaron recíprocamente sus durísimas historias.

JOSÉ JAVIER URANGA 25 DISPAROS DESPUÉS

José Javier Uranga estuvo en Etxarri Aranatz el 24 de enero de 2004 porque 24 años antes la terrorista Mercedes Galdós falló el tiro de gracia en el aparcamiento de *Diario de Navarra*. El veterano periodista fue uno más en el homenaje a Jesús Ulayar, pero su condición de víctima le proporcionó una perspectiva privilegiada para hacerse cargo del larguísimo recorrido de dolor y soledad de la familia Ulayar, y para saborear con ellos el consuelo que no habían tenido en los 25 años anteriores. Él mismo ha compartido buena parte de la travesía que afrontaron la viuda y los cuatro hijos del ex alcalde antes de sentir la compañía y el afecto de sus conciudadanos. En una mesa redonda celebrada en la Universidad Pública de Navarra el 20 de noviembre de 2002, lo expresó de forma rotunda al resumir su experiencia y la de los demás ponentes que le acompañaban en el estrado, uno de ellos José Ignacio Ulayar: “Está claro que para las víctimas del terrorismo el sufrimiento no acaba con los tiros, ni con las curas del hospital ni con las largas convalecencias. Lo mismo a los muertos que a los supervivientes, a los pocos días se les infama y se les calumnia en los medios de comunicación portavoces de los terroristas”. Y contó algunos detalles que ayudaban a entender el alcance de esa afirmación en la vida cotidiana: “Sobre los vivos continuaban las amenazas, las pintadas, las llamadas y hasta las burlas. Yo tuve que cambiar el número de teléfono para que la familia viviera más tranquila, pero los hábitos personales sufren un cambio total”.

ETA ya había atentado contra otros periodistas antes de ir a por él. El caso más trágico fue el de José María Portell, que trabajó en *La Gaceta del Norte* y en la *Hoja del lunes* de Bilbao, asesinado en Portugalete, en la puerta de su domicilio, el 28 de junio de 1978. Portell, autor de algunos de los primeros libros que se publicaron sobre la banda —*Los hombres de ETA* y *Euskadi, amnistía arrancada*— había trascendido su trabajo de periodista para colaborar con el Ministerio del Interior. Tenía buenos contactos entre algunos refugiados del sur de Francia y se prestó a organizar un posible encuentro entre representantes de ETA y del Estado. Su maniobra no fue bien acogida por un sector del colectivo terrorista, que decidió eliminarlo. El experto Florencio Domínguez, también periodista, tiene escrito que el Gobierno renunció a nuevos intentos de diálogo tras el crimen. Eso sí, el 2 de julio de 1978, cuatro días después, un comando del Batallón Vasco Español ametralló en San Juan de Luz el coche de Juan José Etxabe Orobengoa, dirigente histórico de ETA e interlocutor habitual de Portell. Etxabe resultó herido y murió su esposa, Rosario Arregui Letamendía.

El atentado contra José Javier Uranga se produjo dos años después: el 22 de agosto de 1980, en la época más activa y sangrienta de la banda, cuando el terror alcanzó la cadencia de una víctima mortal cada sesenta horas. El contexto y los antecedentes del ataque los ha explicado el interesado en alguna ocasión: “Vivíamos en una situación tensa, en la que se jugaba, entre otras cosas, el futuro de Navarra. Las presiones para la integración del viejo Reino en Euzcadi eran

muy fuertes, no solamente por parte del PNV, que desató una recia campaña coincidente lógicamente en sus fines – nunca en sus métodos – con la propia ETA. También el PSE – Partido Socialista de Euzcadi –. Incluso, en las primeras elecciones PSOE y PNV fueron en coalición para el Senado, logrando que con sus votos resultara elegido don Manuel Irujo”.

Diario de Navarra, fiel a su historia y a sus estatutos fundacionales, mantuvo el principio de que Navarra tenía una personalidad propia y original, el mismo planteamiento que había sostenido en 1934 frente a la iniciativa del Estatuto Vasco-Navarro. “La postura del periódico en defensa de una Navarra foral y española”, suele añadir José Javier Uranga, “era fiel reflejo de lo que pensaba y piensan la mayoría de los navarros”, algo que se podía y se puede comprobar diariamente en las altísimas cifras de venta del periódico y en su elevada penetración, la más alta de España.

Sin embargo, los “elementos nacionalistas” desarrollaron una campaña feroz frente a las sólidas posiciones del rotativo, y hubo amenazas constantes por parte de ETA: cartas, llamadas y hasta alguna visita personal. Como habían hecho unos años antes con Jesús Ulayar, los terroristas fueron creando el caldo de cultivo necesario para hacer más digerible el atentado entre sus huestes y en el conjunto de la sociedad.

Curiosamente, a la vez que el *comando Nafarroa* vigilaba los pasos del director con el fin de cumplir sus amenazas, un grupo de extrema derecha planeaba poner una bomba en la rotativa del periódico. La iniciativa fue desbaratada por la policía y el entonces gobernador civil se la contó a José Javier Uranga. “En aquella difícil transición democrática –relató éste en Bilbao, en septiembre de 2001, ante la Asociación Mundial de Periódicos–, incluso para algunos de nuestros accionistas éramos rojos, entre comillas. La referencia era otro periódico [*El Pensamiento Navarro*], más a la derecha. Desde tiempo atrás habíamos abierto nuestras páginas a la democratización de la sociedad y del país. La serie de expedientes abiertos por el Ministerio de Información avalan lo dicho”.

En ese paisaje convulso se produjo el atentado. El director de *Diario de Navarra* había vuelto de vacaciones una semana antes. Aquel mes de agosto parecía llamado a revalidar la tradicional sequía informativa del verano, pero el general Sáenz de Santamaría animó la actualidad con unas declaraciones referidas a la Comunidad foral: ETA –dijo– estaba buscando en Navarra el territorio y la despensa que necesitaba para subsistir. José Javier Uranga se hizo eco de la frase en su columna *Desd’el gallo de San Cernin*: expuso con su estilo directo que el diagnóstico del general era sombrío, pero que más graves aún eran los argumentos proclamados por el lehendakari Garaikoetxea, que pretendía negar a los navarros la capacidad de decidir solos su anexión al País Vasco.

El día 20, coincidiendo con las declaraciones de Sáenz de Santamaría, estallaron tres artefactos en Arive, Zubiri y Ochagavía. Los dos primeros iban dirigidos contra las respectivas casas cuartel de la Guardia Civil, aunque no causaron víctimas. El tercero destruyó un crucero del siglo XVI. “ETA no podía tolerar que nadie en Navarra se expresase con libertad y franqueza, ni consentía

que los profesionales de la información realizásemos nuestro oficio con independencia”, ha escrito Uranga, refiriéndose a aquellos días.

El 22 de agosto cayó en viernes. Mientras los etarras ultimaban los preparativos de su plan, el ministro del Interior, Juan José Rosón, declaraba en Bilbao que la desaparición del terrorismo había que plantearla por la vía policial, y descartaba cualquier género de negociación. “La integridad de las personas no es negociable”, fueron sus palabras.

José Javier Uranga llegó al periódico hacia las cuatro de la tarde. Aparcó el coche y se dirigió a la puerta del edificio. Él mismo ha descrito alguna vez cómo sucedieron los hechos: “Un joven avanzó hacia mí, abrió su anorak y me disparó unas ráfagas de metralleta. Caí con las piernas dobladas por los tiros. Enseguida se me acercó una moza y me disparó repetidamente, supongo que el cargador entero de su pistola, al pecho y a la cabeza. Me protegí como pude con brazos y manos”.

Los dos terroristas dejaron a su víctima en un creciente charco de sangre, convencidos seguramente de que estaba muerto. El portero del periódico había salido al escuchar los disparos, pero los etarras le apuntaron y le conminaron a no moverse mientras se dirigían a un Dyanne 6 que les esperaba con el motor en marcha. El vehículo lo habían robado en Berriozar y su dueño se encontraba en ese momento en el cementerio de Berrioplano, atado a un árbol. Salieron a toda velocidad por la Variante Oeste. Un testigo los persiguió hasta el barrio de Iturrama, pero los perdió cuando cambiaron de coche.

Mientras, tres compañeros de José Javier Uranga lo introdujeron en un vehículo al comprobar que estaba vivo y lo llevaron a toda velocidad a la Clínica Universitaria. El herido sangraba por todas partes, pero se mantenía consciente. Ya en el centro sanitario, los médicos contarían hasta 25 orificios de bala. “Ha sido una mujer, la perdono”, le oyeron decir desde la camilla. La primera operación duró cinco horas, pero fue sólo el prólogo de una convalecencia que le obligó a estar once meses ingresado y a pasar más de diez veces por el quirófano.

El atentado desató una lluvia de reacciones, comunicados de condena y editoriales. *El País* aventuraba que la acción terrorista no hacía sino confirmar que Navarra iba a convertirse en “el campo de operaciones privilegiadas de ETA”, siempre con la intención de que los navarros no pudiesen decidir libremente su futuro. ETA “quiere imponerles una unidad de destino mediante la violencia”, decía. *Diario 16*, dirigido entonces por Pedro J. Ramírez, animaba a los periodistas y a los españoles en general a no quedarse en las simples condenas de los atentados, y se comprometía públicamente a abanderar una mesa de reflexión sobre la contribución de la prensa en la lucha contra el terrorismo. El propio *Diario de Navarra* afirmaba en su editorial que “los terroristas sólo renunciarán a sus métodos cuando la sociedad civil los repudie a tal punto que corte la espiral en su primera vuelta: cuando la ciudadanía se convenza de una vez que la balas no apuntan a esta o aquella persona, sino a la colectividad entera, a la que quieren ver domesticada, borreguil y descerebrada”.

Entre las decenas de reacciones se encontraba la del secretario de Estado para las Comunidades Autónomas, Manuel Broseta Pont, que condenó “con toda energía” el atentado “contra la libertad de expresión tan valientemente

mantenida por José Javier Uranga” y aseguró que sólo el pueblo navarro podía decidir “sus propios destinos políticos dentro del Estado de las autonomías”. Los asesinatos, atentados o actos de violencia –añadió– no deberían doblegar nunca el “amor” de los navarros por su “tradición histórica”. ETA no le perdonó ésa y otras manifestaciones, ni tampoco su posterior etapa de jurista y académico del Derecho, y acabó con su vida doce años después, el 15 de enero de 1992.

En las instituciones de la Comunidad foral hubo plenos y reuniones para condenar el intento de asesinato, pero los partidos abertzales no tardaron en airear sus discrepancias. El primer desencuentro tuvo como escenario un pleno extraordinario de la Diputación, entonces presidida por Juan Manuel Arza, de UCD. En la sesión se aprobó un acuerdo con el fin de alentar y guiar al pueblo navarro “en el objetivo de resistir y vencer al terrorismo”. Se afirmaba en el borrador que quienes no fuesen capaces de condenar los atentados de ETA no merecían el nombre de navarros ni deberían tener sitio en las instituciones forales. El texto recibió el apoyo de los grupos, excepto el de Amaiur, representado por Jesús Bueno Asín –que se abstuvo por no estar de acuerdo con algunos párrafos del comunicado– y el de Herri Batasuna, cuyo diputado, Ángel García de Dios, ni siquiera asistió a la reunión.

Por su parte, varias fuerzas políticas y sindicales (UPN, UCD, PNV, PSOE, PCE, Partido Carlista, CC.OO., UGT y USO) acordaron impulsar una gran manifestación para movilizar a la ciudadanía “contra el asesinato y el terrorismo, por la libertad de expresión y la democracia, y por el derecho de los navarros a decidir libremente su futuro”. Nunca hasta entonces se había celebrado en Navarra una concentración multitudinaria contra el terrorismo.

Ayuntamientos y colectivos repartidos por la geografía foral fueron sumándose formalmente a la convocatoria, aunque en algunas localidades hubo posturas enfrentadas entre los concejales. En Pamplona votaron en contra los representantes de HB y LAIA, otra formación abertzale de la época.

La cita se había fijado para el 2 de septiembre, pero los días previos fueron de una intensidad que resulta difícil de imaginar a la vuelta de los años. Uno de los sobresaltos lo produjo la adhesión del partido de ultraderecha Fuerza Nueva: su iniciativa motivó las críticas de los promotores y la salida del PNV de la relación de convocantes. A la vez, varios grupos y coaliciones –PTE, HB, Gestoras Pro Amnistía...– organizaron otra marcha el mismo día y a la misma hora con el siguiente lema: “Contra la represión, el terrorismo y el paro, por la libertad de expresión y libertades democráticas para todos, por el derecho a la autodeterminación”. Para acabar de complicar las cosas, la policía detuvo al parlamentario de Herri Batasuna José Antonio Urbiola –años después en el PNV– por su presunta relación con ETA militar.

Pero ninguna de esas circunstancias impidió que una multitud se reuniese el día previsto junto a la Estación de Autobuses. Víctor Manuel Arbeloa, entonces presidente del Parlamento, resumió en unos versos los sentimientos compartidos por heterogénea muchedumbre:

Nos vamos a la calle
a defender la vida,

a romper los tentáculos del miedo
a desgranar las uvas de la ira,
a sentirnos vivir al aire libre
sin fantasmas de muerte en cada esquina,
a levantar banderas de esperanzas
que al terror no se rindan.

La prensa habló de 50.000 personas. La marcha arrancó a las 19.30 horas, recorrió Conde Oliveto, atravesó la plaza Príncipe de Viana y continuó por San Ignacio, Cortes de Navarra y Carlos III antes de terminar en la Plaza del Castillo. Cuando la cabecera de la manifestación se retiraba después de la lectura del comunicado final, los más rezagados aún se encontraban en Autobuses.

José Joaquín Pérez de Obanos, de la Unión de Agricultores y Ganaderos de Navarra (UAGN), fue el encargado de leer desde el quiosco el texto que rubricó la cita. “El terrorismo –clamó por los altavoces–, lejos de promover la participación activa de los ciudadanos, lejos de facilitar el desarrollo de los derechos y libertades de los hombres y de los pueblos, conquistados tras muchos años de lucha, produce miedo, inhibición, pasividad y hace posible toda clase de posiciones antidemocráticas”. En el comunicado se abogaba porque la manifestación se tradujera en una repulsa compartida contra quienes pretendían imponerse y suplantar la voluntad libre de hombres y mujeres libres, hasta lograr el aislamiento social de los terroristas.

El éxito de la marcha fue completo. No fueron capaces de oscurecerlo los aproximadamente cien individuos que increparon a los asistentes y corearon vivas a ETA. La policía intervino en varias ocasiones con material antidisturbios y a raíz de las cargas y de los enfrentamientos posteriores, 25 personas tuvieron que ser atendidas en centros sanitarios con heridas leves. Entre los lesionados había cuatro policías y dos encargados de llevar la pancarta: uno había recibido una pedrada en el pecho y el otro, el impacto de una moneda en la frente.

José Javier Uranga se reincorporó a su puesto de trabajo en Diario de Navarra un año después del atentado: “Respeto y comparto la decisión de los que no pueden soportar la tensión del riesgo y las amenazas y se van a ejercer su profesión fuera de estos tristes países nuestros”, ha explicado alguna vez. “Yo también sentí la tentación. Me ofrecieron estancia, trabajo y posibilidades de vivir fuera de Navarra, pero me hice una reflexión: si abandonaba, ETA había logrado su propósito; era lo mismo que si me hubiesen matado. Y volví al periódico para seguir defendiendo las mismas ideas y sentires por los que me habían condenado los terroristas”.

Su primer *gallico* se tituló “La seca” y apareció publicado el 6 de septiembre de 1981. “He vuelto al campo, al paisaje”, arrancaba el texto. “Con los ojos de siempre –no hay ojos nuevos– he revivido viejas historias de caminos, de paisajes y de gentes amigas. Lo que a uno le lleva y le gana tampoco es la actualidad, sino la tierra, geología más que geografía, aunque humanizada y con su carga imponderable de historia”. Se detenía después en la sequía que había observado en sus recorridos por Navarra y en la que creía adivinar entre los representantes políticos de la comunidad, y concluía con unas frases que el

tiempo ha vuelto premonitorias: “Nos hace falta agua, agua de nubes y agua de esperanzas. Que llueva para que la uva engorde y los prados reverdezan y la basura y los olores corran por los ríos; agua también –un riego de responsabilidad– para que las gentes que encogen el hombro y critican, y no quieren participar en los intereses de la comunidad, se conciencien y se presten a hacer algo por todos”.

Él mantuvo las convicciones e idéntico empeño a la hora de defenderlas, pero algunas circunstancias de su vida cambiaron sensiblemente a partir del ataque. Así lo relató en una conferencia: “Hay que vivir alertado y siempre acompañado. Es ingrato y coercitivo vivir veinte años con escolta policial: policía en la puerta de la habitación de la clínica, en el descansillo de la escalera del domicilio, en la calle, el bar y el cine, hasta en el hotel de la ciudad a la que has viajado. Con todo el agradecimiento que merecen los Cuerpos de Seguridad del Estado, inevitablemente condicionan la vida y la libertad de la persona. Mientras tanto las amenazas pueden seguir, unas veces expresadas en la calle y otras indirectas porque te llegan noticias de que tu nombre ha aparecido en una lista encontrada en un piso de etarras o de sus colaboradores; otro día te dejan en el portal de la casa un sobre a tu nombre con una bala dentro, que precisamente ha encontrado una niña pequeña. Y siguen los anónimos. Uno piensa que ya es hora de que le olviden. Los terroristas ya han cumplido, pero los padecimientos, en mayor o menor grado, no se acaban”.

Salvador Ulayar conoció a José Javier Uranga bastantes años después de 1980, pero siempre ha recordado cuánto le confortaba descubrir su nombre un día y otro al pie de la mancheta del periódico. “A veces pienso que no somos del todo conscientes de lo que ha hecho este hombre por la sociedad navarra”, escribió un día para sí mismo. Volvió a hacerse esa reflexión al descubrirlo entre la multitud que llenaba la parroquia de Etxarri Aranatz el 24 de enero de 2004. Y unos días después del homenaje superó sus “respetos humanos” y le llamó para darle las gracias por todo, porque aquel lejano día de agosto no se dejó matar “ni física ni civilmente”.

PILAR MARTÍNEZ LA VIUDA DE OTRO HOMBRE BUENO

Escuchando a los hermanos Ulayar en los distintos actos celebrados en Etxarri Aranatz el 24 de enero de 2004, Pilar Martínez Oroz, Pili, cayó probablemente en la cuenta de las muchas similitudes que unían la vida del ex alcalde asesinado y la de su marido, muerto también a manos de los terroristas el 6 de mayo de 1998. Tanto Jesús Ulayar como Tomás Caballero fueron primero concejales y después alcaldes de sus respectivas localidades –el segundo de forma accidental–, uno y otro se desvivieron por los problemas de sus vecinos en los años complicados del franquismo y ambos fueron eliminados por ETA en atención a esa entrega y a esa dedicación que nadie les había pedido. Hoy, Pili Martínez comparte con Rosa Mundiñano la condición de viuda. Es decir, las ausencias que dejaron abiertas las balas en todos los rincones de su existencia.

En Etxarri Aranatz estuvo acompañada por sus cinco hijos: Javier, consejero de Presidencia, Justicia e Interior en el Gobierno de Navarra, Ana, María, Tomás y José Carlos, todos comprometidos con la causa de la libertad a través de iniciativas diversas, desde la fundación que lleva el nombre del concejal difunto hasta la junta de Oberena o la plataforma Libertad Ya. María fue la encargada de presentar el acto celebrado en la plaza el pueblo. Qué orgulloso hubiese estado su padre viéndola hablar de libertad en un lugar con un pasado y un presente tan sombríos.

Tomás Caballero Pastor se estrenó como concejal en el Ayuntamiento de Pamplona en 1971, cuando Jesús Ulayar ya llevaba cuatro años en el de Etxarri, dos como edil y dos más como alcalde. Tomás accedió al consistorio a través del tercio sindical, y acumulaba para entonces muchos años de trabajo a favor de la justicia social. “Los derechos humanos son mi catecismo diario”, solía decir, y ésa fue en efecto la brújula principal de su compromiso político, y la que ahora permite desandar sus pasos sin temor a malinterpretarlos.

Su biografía laboral estuvo ligada a Fuerzas Eléctricas de Navarra: accedió por oposición a una plaza de auxiliar administrativo y después obtuvo el título de perito industrial. Su sensibilidad para detectar los problemas de los empleados y su generosidad para hacerlos propios le llevaron a presidir en 1967 el Consejo de los Trabajadores, un órgano que en la época franquista reunió distintas tendencias políticas que de puertas afuera sobrevivían en la más estricta clandestinidad. La libertad era aún un horizonte brumoso y una simple reivindicación laboral se pagaba en ocasiones con la cárcel. Cuando llegó al Ayuntamiento de Pamplona se alineó con los llamados concejales sociales, a quienes él mismo definió en una ocasión: “Gentes inquietas y preocupadas que queríamos participar en la transformación de la sociedad para llegar a la democracia”. El régimen franquista daba sus últimas bocanadas y la calle se convirtió en un paisaje políticamente efervescente. Muchos ayuntamientos, el de Pamplona entre ellos, se asomaron por adelantado al territorio que se intuía más allá de la dictadura. Fue un tiempo de grandes esperanzas, la libertad casi se

tocaba con las manos, aunque todavía hubo expedientes, detenciones, huelgas ferozmente reprimidas y fusilamientos que la presión internacional no fue capaz de impedir. Tomás Caballero se movía en aquel ambiente como pez en el agua. Aún no había nacido Francisco Ruiz Romero, el miembro de ETA que a la vuelta de los años le pegaría dos tiros.

La destitución de Javier Erice en 1976 le proporcionó el acceso a la alcaldía accidental. Él fue quien colgó de uno de los balcones de la Casa Consistorial la ikurriña recién legalizada. Pocos meses después dejó el cargo para presentarse a las elecciones del 15 de junio de 1977, las primeras de la democracia por la que tanto había suspirado. Tomás Caballero fue candidato al Congreso de los Diputados por el Frente Navarro Independiente, una coalición de nuevo cuño que apostó por las referencias personales frente al acento que otras siglas pusieron en los programas políticos. Le acompañaron en la lista Jesús María Lander Azcona, agricultor de Erául, presidente de la Unión Territorial de Cooperativas del Campo, y Jesús Malón, que con el tiempo llegaría a ser presidente del PSN-PSOE. Los aspirantes al Senado fueron Víctor Manuel Arbeloa, Florencio Goñi y Ramiro Layana. Muchos pronósticos populares y periodísticos les auguraban la victoria, pero la candidatura de Tomás Caballero obtuvo 10.606 votos, una séptima parte de los 75.036 que logró la UCD de Jesús Aizpún, Jesús Ignacio Astráin y Pedro Pegenaute, y la mitad de los que se llevó la Alianza Foral Navarra de Albitio Viguria, Félix Antonio Recasens o Francisco José de Saralegui, la opción más netamente de derechas de cuantas se dieron cita en las urnas. El segundo partido más votado fue el PSOE, que logró sentar en las Cortes a un joven Gabriel Urralburu y al abogado tudelano Julio García Pérez.

Continuó siendo concejal hasta 1978 y apoyó decididamente la convocatoria de las primeras elecciones municipales. Éstas se celebraron en 1979 y acabaron dándole la alcaldía al socialista Julián Balduz en un pleno tumultuoso. Su elección fue posible porque los ediles de Herri Batasuna prefirieron apoyar al candidato del PSOE antes que dejar el ayuntamiento en manos de UCD, el partido más votado. Cuando sucedió todo eso hacía apenas dos meses que habían asesinado a Jesús Ulayar. Él ni siquiera tuvo la opción de presentarse a las elecciones de su pueblo. Quizá la historia de Etxarri Aranatz sería hoy muy distinta de haberse dado el caso.

Constituido el primer ayuntamiento de la era democrática, Tomás Caballero desapareció de la escena política para dedicarse por completo a su trabajo en Fuerzas Eléctricas de Navarra. Eso sí, en 1984 fue nombrado presidente de la Sociedad Deportiva Cultural Oberena, otra de las referencias insustituibles de su biografía. La entidad experimentó un importante crecimiento durante los diez años de su mandato.

En 1995 regresó al Ayuntamiento de Pamplona en la lista de UPN. Fue el número 3 de la candidatura, pero la marcha de Santiago Cervera a la consejería de Salud del Gobierno de Navarra le convirtió en portavoz municipal. Ésa era su función cuando lo mataron.

Si Tomás Caballero nunca escondió sus convicciones en los años difíciles de la dictadura y de la primera transición, menos aún iba a hacerlo frente a los terroristas de ETA. El 9 de enero de 1998, la banda armada asesinó en Zarauz a

José Ignacio Iruretagoyena Larrañaga, concejal del PP en el ayuntamiento de la localidad. En Pamplona se convocó un pleno de condena el mismo día. Los tres ediles de Herri Batasuna –Alberto Petri, Santi Kiroga y Koldo Lacasta– escucharon con desinterés los argumentos de los portavoces de los demás partidos, hasta que llegó el turno de Tomás Caballero: “Ustedes –les dijo–, lo que quieren es matar y seguir matando, para que de esa forma nos aterricemos. Y no entiendo por matar exclusivamente el hecho de apretar el gatillo, sino matar incitando a que se mate. Quieren que nos aterricemos y nos vayamos, pero no lo van a conseguir”.

Los concejales abertzales consideraron que aquellas palabras habían dañado su “honor personal” y presentaron una querrela contra el edil de UPN. Le acusaban de un delito de injurias y calumnias. La iniciativa les proporcionó algunos titulares y tuvo el efecto –buscado o no– de concentrar en torno a su demandado las críticas del mundo radical. En abril de 1998, el Juzgado de Instrucción número 3 de Pamplona decidió archivar la querrela al entender que las expresiones de Tomás Caballero no excedían el principio constitucional de la libertad de expresión ni lesionaban el honor de los miembros de HB. Pero otros ya habían dictado para entonces su propia sentencia.

El 6 de mayo de 1998 los periódicos publicaron que un comando de ETA desarticulado unos días antes en Guipúzcoa tenía en su poder algunos datos de Miguel González Fontana, también concejal de UPN en el Ayuntamiento de Pamplona, y de otros políticos regionalistas. A las 7.45 horas, Tomás Caballero telefoneó desde su casa a Eradio Ezpeleta, otro de los integrantes del grupo municipal, para comentar la noticia. Sólo hablaron unos minutos. A continuación se puso a buscar unas corbatas y unos pañuelos que había comprado unos días antes en Japón para sus compañeros de UPN. El viaje lo había hecho junto a varios miembros de la corporación. El destino principal había sido la ciudad de Yamaguchi, hermanada con Pamplona gracias a los puentes que San Francisco Javier tendió sobre el mapamundi en el siglo XVI. No encontraba los obsequios y optó por llamar a su mujer, que había salido unos minutos antes hacia Oberena, a su clase de gimnasia. La conversación fue breve, casi telegráfica, pero acabaría resultando crucial en los recuerdos de Pilar Martínez. “Siempre he querido recordar aquella llamada como una conversación de despedida”, explicó en una ocasión la viuda de Tomás Caballero.

Salió de casa a las 9.30 horas. Se encontró con una vecina y, fiel a su costumbre de echar una mano a todo el mundo, se ofreció a llevarla en coche al centro de la ciudad. Apenas se habían acomodado en el interior del Ford Mondeo cuando dos hombres jóvenes se aproximaron al automóvil. Uno de ellos acercó su pistola a la ventanilla del conductor y disparó dos veces: las balas atravesaron el rostro de Tomás Caballero, que quedó fulminado sobre el asiento. Los dos terroristas abandonaron corriendo el lugar, en direcciones distintas. El coche, sin control, se deslizó sobre la suave pendiente del aparcamiento hasta chocar con un Seat Ibiza. José Carlos, el hijo menor del concejal, escuchó los disparos desde casa y bajó rápidamente a la calle, donde comprobó que su padre apenas tenía pulso. Una persona que se encontraba en la zona ya había avisado a SOS Navarra con un teléfono móvil.

La ambulancia que trasladó a Tomás Caballero llegó al Hospital de Navarra a las 10.05 horas. El edil de UPN se encontraba en estado gravísimo: las heridas le habían provocado una parada cardiorrespiratoria. Los médicos del Servicio de Urgencias le aplicaron medidas de reanimación durante cuarenta minutos, pero los esfuerzos fueron infructuosos. A las 10.45 certificaron su fallecimiento. Se convirtió en ese momento en el primer concejal del partido regionalista asesinado ETA, aunque la banda ya había eliminado para entonces a cinco representantes municipales del PP.

La muerte de Tomás Caballero convirtió Pamplona en una gigantesca manifestación de duelo. Miles de personas pasaron por la capilla ardiente instalada en el Ayuntamiento. El funeral tuvo lugar en la catedral, completamente abarrotada de fieles. Lo celebró el arzobispo de Pamplona, Fernando Sebastián. Cuatro ministros del gobierno presidido por José María Aznar siguieron la ceremonia desde los primeros bancos, donde también se encontraba el Ejecutivo foral al completo. Al terminar la misa, Javier Caballero Martínez, el mayor de los hermanos, subió al presbiterio y dirigió unas palabras a Dios, a su padre y a los asistentes: “Señor, quiero darte gracias porque mi padre ha sido capaz de enseñarnos que con la muerte no se acaba. Ha sido capaz de enseñarnos que los valores más importantes de la vida permanecen en nosotros, que seguimos creyendo en la libertad, que seguimos creyendo en la justicia social, que seguimos creyendo en la generosidad, en el trabajo desinteresado por los demás, que seguimos creyendo en la vida. Y eso no lo mata un asesinato. Quiero darte las gracias, Señor, porque la muerte de mi padre ha demostrado que las ideas permanecen, que es absurdo causar tanto dolor a una familia, que es absurdo frustrar tantas ilusiones, privar a quien se lo merece, a quien se lo ha ganado, del disfrute de los suyos y de una bien ganada jubilación después de 42 años de trabajo, cuando lo único que se consigue con ello es reafirmarnos precisamente en las ideas que él siempre ha defendido, lo único que se consigue con ello es que seamos más. Somos muchos más”.

Miles de personas le escuchaban con emoción contenida: “Señor, quiero en este momento, darte gracias porque la muerte de mi padre ha demostrado que no hay nada más inútil, no hay nada más vano, ni nada más absurdo que quitar la vida a alguien. Ha demostrado qué equivocados están los que piensan que la violencia es el camino para encontrar la solución a algún problema. Ha demostrado qué equivocados están los que piensan que el dolor de las familias soluciona algo. Se equivocan... Los lloros sirven para acordarnos de los seres queridos, pero sobre todo sirven para reafirmarnos en las ideas y en las convicciones de los que se han ido y para obligarnos a enarbolar su bandera. Gracias, Señor. Gracias. Muchas gracias por la vida que mi padre nos ha dado y por la vida que, pese a quien le pese, nos sigue y nos va a seguir dando». Las naves de la catedral estallaron en un impresionante aplauso.

Las reacciones sociales e institucionales que siguieron a las muertes de Tomás Caballero y Jesús Ulyar son un termómetro interesante para medir los cambios registrados en los casi veinte años que separan ambos crímenes, y también para comprobar cuánto puede variar la condición de víctima en cuarenta kilómetros de distancia. El Ayuntamiento de Etxarri Aranatz no alivió en

absoluto el dolor de la viuda y de los cuatro huérfanos que dejó el asesinato. No se interesó por ellos ni les ayudó para nada moral o económicamente. Con el tiempo hizo hijos predilectos del pueblo a los verdugos y colgó sus retratos en el balcón. El Ayuntamiento de Pamplona decretó tres días de luto a la muerte de su concejal en una sesión plenaria en la que el alcalde Javier Chourraut dejó claro que el 6 de mayo de 1998 pasaría como un día negro a la historia de la ciudad. Unos meses después le concedió a título póstumo la Medalla de Oro, que fue entregada a su viuda durante la festividad de San Saturnino, patrón de la capital navarra. El alcalde explicó que el galardón representaba “la resistencia tenaz de la civilización frente a la barbarie”.

Las diferencias también fueron abultadas en el ámbito judicial. Los hermanos Ulayar no tuvieron ocasión de asistir al juicio contra los asesinos de su padre porque ni siquiera se enteraron de su celebración. Acudieron en cambio a la Audiencia Nacional cuando se sentaron en el banquillo los autores de la muerte de Tomás Caballero. Los miembros del comando fueron detenidos en febrero de 2002 y la vista oral se celebró en mayo del año siguiente. En el autobús que fletó la plataforma Libertad Ya viajaron José Ignacio y Salvador Ulayar. La iniciativa se puso en marcha para arropar a la familia en un escenario tradicionalmente colonizado por los amigos y simpatizantes de los acusados. El grupo se reunió en Madrid con los cinco hermanos Caballero. Éstos ocuparon la primera fila de asientos en la zona reservada al público, a excepción de Javier, abogado de profesión, que se sentó el estrado para ejercer la acusación particular.

Fue impresionante el momento en el que dos policías uniformados introdujeron en la “pecera” blindada al autor material de los disparos. Francisco Ruiz Romero se frotó instintivamente las muñecas cuando uno de los agentes le soltó las esposas. Vestía un forro polar rojo y negro, y calzaba unas zapatillas deportivas. Miró inquieto en varias direcciones y se sentó en uno de los cuatro bancos sin respaldo que constituían el único mobiliario del recinto. Desde allí, el procesado paseó la vista por la mesa en forma de “u” donde estaban sentados los jueces y los letrados. Todos vestían las togas preceptivas y la mayoría repasaba algunas páginas del sumario a la espera de que empezase oficialmente la sesión. Al llegar en su recorrido visual a la zona que ocupaban el fiscal y los abogados de la acusación particular, Francisco Ruiz descubrió dos ojos que le observaban fijamente: eran los de Javier Caballero Martínez. El etarra debió de intuir que aquel rostro tenso pero sereno pertenecía al hijo del hombre a quien él había matado, y mantuvo su mirada con cierto aire de desafío. Sin embargo, la apartó poco después al descubrir al otro lado del cristal blindado al grupo compacto de personas que le observaban en silencio. Allí estaban los demás hijos de su víctima, algunos de sus compañeros de corporación, la alcaldesa Yolanda Barcina, amigos de varias épocas y la gente de Libertad Ya, que no se perdía detalle a pesar de las ojeras acumuladas durante una noche en autobús. El etarra quizá bajó los ojos para no tener que preguntarse por qué aquellas personas estaban allí, para no enfrentarse a las sombras de su propia biografía. Sentado entre el público, José Ignacio Ulayar seguramente recordó qué distinto había sido su primer encuentro con Vicente Nazábal, cuando el asesino de su padre le llamó

“hijoputa” y le propinó una patada en el pecho rodeado por el regocijo o la indiferencia de los vecinos de Etxarri que presenciaron la escena.

En una entrevista que le hicieron cuando el Gobierno concedió la Medalla de Oro de Navarra a las víctimas del terrorismo, Pilar Martínez explicó que ni ellas ni sus hijos guardaban rencor a nadie. Y confesó, acaso con cierto orgullo de madre, que le gustaba que sus hijos mantuviesen el corazón limpio, “como hubiese querido Tomás”. Viéndoles caminar por las calles de Etxarri Aranatz el 24 de enero de 2004 fue fácil comprobar hasta qué punto tenía razón.

Aquel día los vínculos entre los Caballero y los Ulayar se hicieron aún más sólidos. Poco después, la Fundación Tomás Caballero propuso a Salvador Ulayar presentar a la ponente en el acto que se celebraría en Pamplona el 6 de mayo, sexto aniversario de la muerte del concejal. La ponente era Maite Pagazaurtundua, que también había estado en Etxarri Aranatz. Salvador aceptó gustoso y cuando llegó el momento resumió el alcance de los vínculos creados a su pesar por los terroristas: “Las historias de las familias Ulayar, Caballero, Pagaza y la de tantas otras se han encontrado, se han cruzado y se han establecido nexos especiales. Pertenece a una familia de familias de la que tenemos que estar muy orgullosos. Tanto de quienes fueron arrebatados de nuestro lado como de nosotros mismos. Sin duda somos mejores que los asesinos, quienes les apoyan, quienes callan, quienes les comprenden, quienes les procuran abrigo en las instituciones. Y ya no somos invisibles como hace años. Ahora se nos ve, aunque a algunos les moleste”.

JOSÉ AGUILAR FRENTE A FRENTE CON LOS TERRORISTAS

Bajo la lluvia, el kilómetro escaso que separa el cementerio del casco urbano de Etxarri Aranatz fue un trayecto especialmente complicado para José Aguilar García, uno de los dos mil asistentes al homenaje a Jesús Ulyar. Mientras los demás caminaban aferrados a sus paraguas, él se ayudaba de dos muletas. Eran la parte más visible de la herencia que le dejó en 1988 la explosión de una bomba de ETA.

Él era entonces un joven guardia civil destinado en Alsasua, a apenas diez kilómetros de Etxarri. Había obtenido el grado de cabo, le gustaban las motos y disfrutaba con su trabajo en la Barranca. Sabía que la zona era un vivero de activistas de ETA y la profusión de pintadas, carteles e ikurriñas le recordaba a diario que se encontraba en territorio hostil, pero las adversidades del trabajo se compensaban de algún modo con los proyectos del futuro inmediato, entre los que sobresalía el de su boda. Se iba a casar el 7 de enero de 1989 con su novia de siempre, Mari Carmen Abril. Habían elegido para el enlace la ermita de Nuestra Señora de los Ángeles, en la localidad castellanense de San Mateo.

El 26 de diciembre de 1988 era el último día de José Aguilar en Navarra. Estaba contento por su inminente matrimonio e invitó a cenar a un compañero a su apartamento de la casa cuartel de Alsasua. Quizá conversaron sobre el intenso año que terminaba. En Alsasua y en la Barranca no había habido ningún ataque grave, pero tres agentes de la Guardia Civil habían sido asesinados en Estella y Pamplona. El atentado de Estella fue especialmente doloroso. Los terroristas colocaron un coche bomba el 21 de agosto en el Paseo de la Inmaculada y lo hicieron explotar al paso de una patrulla de Tráfico. José Ferri Pérez y Antonio Fernández Álvarez murieron en el acto. Eran las 7.30 horas y toda la ciudad se estremeció con la explosión. La onda expansiva destrozó cientos de cristales en los alrededores. Hubo varios heridos en las viviendas más próximas y decenas de vehículos sufrieron desperfectos. Algunas piezas del Talbot Horizon de los agentes aparecieron a 500 metros de distancia.

El otro agente cayó en la calle Larraina de Pamplona el 16 de octubre. Los etarras aparcaron un coche bomba junto a la acera y activaron el explosivo cuando pasaba a su altura una tanqueta de la Benemérita. Viajaban en su interior los guardias que acababan de terminar el servicio en la prisión de Pamplona, a apenas 300 metros. Resultó muerto el conductor, Julio Gangoso Otero. Una voluminosa pieza de hierro se le incrustó en la cabeza. Sus siete compañeros sufrieron heridas de diversa consideración, pero sobrevivieron. La deflagración destruyó por completo ocho turismos, causó daños en otros veinte y reventó los cristales de decenas de viviendas. La capilla ardiente se instaló en el Ayuntamiento de Pamplona. La viuda de Julio Gangoso, Ana María Fidalgo, recibió allí el pésame del director general de la Guardia Civil, Luis Roldán; del presidente del Gobierno de Navarra, Gabriel Urralburu; y del delegado del Gobierno en la Comunidad foral, Jesús García Villoslada. “Por favor, no se

olviden de mí y de mis hijos, como les ha pasado a otras”, les suplicó, recordando acaso la situación de Rosa Mundiñano y de sus cuatro hijos, o la de algunas viudas del instituto armado igualmente enfrentadas a la soledad y al abandono. No podía saber la desconsolada mujer que dos de sus interlocutores, Luis Roldán y Gabriel Urralburu, ya se dedicaban entonces a esconder las comisiones que a la vuelta de los años les conducirían al banquillo y a la cárcel.

Poco después de los atentados, las Fuerzas de Seguridad difundieron los nombres y las fotografías de dos sospechosos. Uno era Juan María Lizarralde Urreta, alias *Heavy*, natural de Andoáin, que años atrás había formado parte de un comando de ETA en Navarra y que logró huir a Francia cuando sus compañeros – Mercedes Galdós y Juan José Legorburu – fueron detenidos.

Con todo, la última cena de soltero de José Aguilar en la casa cuartel de Alsasua debió de ser más bien alegre. Ni él ni su invitado podían imaginar que, unas horas antes, en la ladera del monte Ameztia, enfrente del destacamento de la Guardia Civil, *Heavy* y sus compinches habían colocado varios tubos lanzagranadas conectados a un temporizador.

El primer proyectil salió disparado a las 2.45 horas y se estrelló contra la valla exterior del cuartel. José Aguilar supo desde el primer momento que se trataba de un atentado. Había despedido poco antes a su amigo y aún tenía puesto el uniforme. Fue a la oficina donde se guardaban las armas, pero estaba cerrada. La abrió de una patada y cogió un cetme antes de salir al exterior, donde ya se habían reunido varios agentes. Una segunda granada surgió de las entrañas del monte y aterrizó a unos metros del cuartel. Algunos guardias dispararon hacia el lugar del que había partido, aunque no parecía un remedio muy apropiado. José y dos compañeros más echaron a correr hacia la pendiente del Ameztia, dispuestos a detener como fuese la lluvia de proyectiles, aunque tampoco aquella iniciativa se antojaba prudente. Un teniente dio a sus espaldas la orden de regresar, pero José, que se había adelantado, no la oyó. Siguió avanzando, solo, hacia el emplazamiento de los morteros.

Dejó de correr al llegar a un depósito de agua. Era consciente de que podía haber una bomba trampa y adoptó todas las precauciones posibles. A la vez, debía actuar con diligencia, ya que otras dos granadas – que tampoco alcanzaron la casa cuartel – habían surcado el cielo mientras él ascendía por la ladera. En un momento dado oyó unos ruidos entre los arbustos. Dio el alto, pero nada. Volvió a gritar un par de veces, pero nadie le contestó. Los matorrales seguían moviéndose y, sin pensárselo dos veces, disparó una ráfaga de su cetme. Oyó un mugido y sintió cómo algo muy pesado caía de golpe en el suelo. Siguió avanzando entre la espesura y no tardó en distinguir la silueta de los tubos. Empezó a acercarse despacio, pensando en cuál sería el mejor método para anular el mecanismo de aquellos artilugios. Fue entonces cuando pisó la bomba.

Salió expulsado hacia atrás por la violencia de la explosión. Estaba rodeado de humo y no oía nada, pero estaba vivo. Comprobó que la deflagración le había destrozado una pierna y le había dejado la otra bastante maltrecha. Sangraba por todas partes y estaba completamente aturdido. Tenía metralla incrustada en las manos. No sabía qué hacer y se puso a rezar. Pasados unos minutos sin que apareciese ninguno de sus compañeros, comprendió que debía salir de allí por

sus propios medios si quería seguir vivo. Estaba perdiendo mucha sangre. Atenazado por el dolor, empezó a arrastrarse ladera abajo. No se veía con fuerzas para llegar a la carretera, pero tenía que intentarlo. Sirviéndose de los arbustos y de las piedras para avanzar, logró alcanzar por fin el camino de acceso al cuartel. Allí lo descubrieron los otros guardias.

A los cinco minutos, José Aguilar se encontraba camino de Pamplona en el interior de una ambulancia de Cruz Roja. Uno de los voluntarios le hizo un torniquete para frenar la hemorragia. A pesar de la gravedad de sus heridas, logró mantenerse consciente. Le daba miedo dejarse vencer por el sueño y la pesadez: pensaba que si lo hacía, su situación podría complicarse. Sólo en el interior de la Clínica Universitaria, cuando vio junto a sí la bata blanca de un médico, respiró por fin tranquilo. La operación duró ocho horas. Los médicos lograron salvarle la pierna izquierda, pero tuvieron que amputar la derecha. De ahí sus dificultades para caminar desde el cementerio hasta la casa familiar de los Ulyar el 24 de enero de 2004.

Todavía convaleciente en la clínica, José Aguilar accedió a entrevistarse con un periodista. Relató con gran serenidad los pormenores de lo sucedido, habló con pena de su boda frustrada e incluso se aventuró con algunos proyectos para el futuro. El titular del día siguiente recogió uno de esos propósitos aún difusos: “Me gustaría estudiar Derecho para ser abogado y luchar contra el terrorismo con las leyes en la mano”. No podía adivinar entonces que su deseo se cumpliría con precisión y que su porvenir acabaría estrechamente unido a la historia de los Ulyar y de las restantes víctimas de ETA en Navarra. Probablemente, lo sucedido en Etxarri Aranatz en enero de 2004 debió una pequeña parte a la decisión que José Aguilar fue perfilando cuando aún estaba ingresado y a los incontables esfuerzos que la hicieron posible en los años posteriores.

Cuando ETA mató en 1979 a Jesús Ulyar no había ningún colectivo que agrupase a las familias de los asesinados. No era posible dirigirse a ningún sitio en busca de consejo, de ayuda legal, de información o de consuelo. Cuando José Aguilar sobrevivió a la bomba trampa en 1988, la Asociación Víctimas del Terrorismo (AVT) ya se había constituido y ofrecía un importante asidero a los damnificados por la violencia etarra.

Él mismo, ya terminada la carrera de Derecho, se encargó de poner en marcha la delegación navarra: recopiló información, fue haciendo un trabajoso listado de nombres y localizó a cuantos pudo para exponerles su propósito. Las primeras reuniones se celebraron en un discreto salón del hotel Sancho Ramírez, un edificio sin barreras arquitectónicas donde podía desenvolverse con su silla de ruedas José María Izquierdo, teniente de la Policía Nacional, que perdió las dos piernas y un brazo cuando el 7 de mayo de 1985 estalló la bomba que los terroristas habían adosado a los bajos de su coche, en la calle Monasterio de Fitero de Pamplona. También participó desde los inicios María Luisa Ayuso, viuda del general Juan Atarés, que dejó para la posteridad una imagen imborrable cuando se arrodilló para rezar junto al cadáver de su marido en la Vuelta del Castillo, el 23 de diciembre de 1985.

Los hermanos Ulyar asistieron a la mayor parte de aquellas convocatorias. Encontraron allí personas que podían hacerse cargo de su dolor y de su

desamparo porque también los padecían. Desde la asociación se organizaron varios viajes, se montó una fiesta de reyes para los hijos pequeños de las víctimas, se gestionaron conjuntamente algunas indemnizaciones y ayudas, y se compartieron los dramas sufridos de forma aislada durante tanto tiempo.

José Aguilar trabajaba además como abogado en un bufete de Pamplona y en 1993 se le presentó la oportunidad de ejercer la acusación particular contra los activistas que cinco años antes colocaron la bomba que le destrozó las piernas. En realidad sólo fueron juzgados tres de los responsables: los dos restantes –el citado *Heavy* y Susana Arregui– se suicidaron en la Foz de Lumbier el 25 de junio de 1990. Aquel día fue detenido Germán Rubenach, el tercero de los *liberados*, y un tiempo después, Juan José Zubieta y Javier Goldáraz, dos de sus ayudantes en el atentado de Alsasua.

José Aguilar tenía especial interés en verlos, incluso solicitó un permiso para entrevistarse con ellos en los calabozos de la Audiencia Nacional, pero no se lo dieron. Durante el juicio declaró primero como testigo y después se colocó la toga para ejercer la acusación particular. Los acusados se encontraban a unos ocho o diez metros. Les miró fijamente a los ojos en varias ocasiones, pero ninguno le aguantó la mirada. Tampoco obtuvo de ellos ninguna respuesta.

Un periodista se interesó tiempo después por lo que les hubiera dicho de haber tenido ocasión. “Les hubiese preguntado si vale la pena crear tanto sufrimiento”, contestó José Aguilar.

En una sentencia dictada el 18 de junio de 1994, la Audiencia Nacional condenó a los tres militantes de ETA a sendas penas de sesenta años de cárcel por dos delitos de atentado y uno de estragos. José Aguilar recurrió el fallo alegando, entre otros argumentos, que los terroristas habían intentado asesinar a todos los agentes de la casa cuartel, por lo que habían perpetrado tantos asesinatos frustrados como personas residían en el inmueble. Aquellas personas de su recurso –hombres, mujeres, niños– eran las mismas que seis años antes le vieron trepar con el cetme por la ladera del monte Ameztiá. La Sala de lo Penal del Tribunal Supremo aceptó parcialmente sus argumentos y, en sentencia dictada el 6 de noviembre de 1995, amplió a otros tres delitos de atentado la condena de Rubenach, Goldáraz y Zubieta, que sumaron de ese modo 80 años de cárcel a los que ya tenían.

Su responsabilidad en la delegación navarra de la AVT le permitió observar muy de cerca el sufrimiento de las víctimas. Conoció a heridos que preferían decir a sus conocidos que sus lesiones eran fruto de un accidente de tráfico, a viudas jóvenes que habían sacado adelante a sus hijos multiplicándose en mil trabajos y a huérfanos que crecieron sin saber qué opciones legales o administrativas tenían a su alcance. Cuando en diciembre de 2000 el Gobierno de Navarra concedió al colectivo la Medalla de Oro de Navarra, resumió una parte de lo que había visto en unas declaraciones a la prensa: “Durante mucho tiempo, las víctimas del terrorismo hemos vivido como a escondidas, sin salir a la luz para nada. (...) En bastantes ocasiones se habla de las víctimas con mucha ligereza: hay personas que aparentan interesarse por cualquier atentado pero que nunca se han preocupado por conocer a nadie ni por visitar a la familia ni por tener un mínimo contacto. Es paradójico que a algunos políticos se les llene la boca con la palabra

víctima sin que nunca hayan intentado acercarse a las personas que hemos sufrido un atentado. Algunas víctimas recibieron en un primer momento la visita de representantes institucionales que les prometieron ayuda, pero luego pasó el tiempo y no los volvieron a ver. Ha habido un desamparo, un olvido. En el momento del atentado te convierten en una figura pública, pero luego pasas a una total indiferencia”.

Podría decirse que lo sucedido el 24 de enero de 2004 relegó definitivamente a la historia las frases entrecomilladas. Aquel día, en Etxarri Aranatz, José Aguilar pudo saludar a varias de las personas con las que se había reunido en los años anteriores en el hotel Sancho Ramírez. Casi todas estaban radiantes, sintiendo como propia la alegría de los Ulayar y viendo cómo los años oscuros se alejaban en el pasado.

JAVIER ALCALDE UNA PANCARTA Y MUCHOS SILENCIOS

Javier Alcalde optó por la txapela para protegerse de la lluvia que caía sobre Etxarri Aranatz el 24 de enero de 2004. Pero más notoria aún era su sonrisa: probablemente estuviese relacionada con el compromiso personal que le había llevado hasta allí, un itinerario que arrancó de forma casi espontánea en 1986 y que desde entonces ha permitido a muchos ciudadanos salir a la calle para condenar la violencia de ETA.

Algunos de los dos mil asistentes al homenaje a Jesús Ulayar habían llegado aquel día hasta la Barranca después de hacer escalas durante años en las concentraciones silenciosas de Gesto por la Paz en la Plaza Consistorial de Pamplona, en la Chantrea, en Zizur Mayor, en Tafalla o en Peralta. Javier Alcalde y otros veteranos de la primera hora tuvieron mucho que ver en el origen y en la continuidad de las convocatorias, acaso el primer cauce mínimamente organizado para manifestar de forma pública la oposición al terrorismo. Gesto por la Paz sufrió después algunos vaivenes de carácter político y varios miembros destacados de Navarra abandonaron la coordinadora. Pero la semilla que plantaron es hoy un árbol frondoso.

El primer impulso lo proporcionó una noticia del periódico. Se publicó en la primavera de 1986 y hablaba de Cristina Cuesta, hija de un directivo de Telefónica asesinado por ETA cuatro años antes, y de su propósito de extender a Navarra una asociación que ya había empezado a funcionar en el País Vasco. La iniciativa tenía dos grandes objetivos: arropar a las víctimas de la violencia y trabajar de forma activa por la paz. El texto incluía un número de teléfono para que los interesados en la idea pudieran ponerse en contacto con la promotora.

Javier Alcalde fue uno de los que leyó la noticia. Trabajaba en una farmacia y colaboraba con Cáritas a través de un programa de radio dedicado a la marginación social. El planteamiento le pareció atractivo y telefoneó a Cristina Cuesta, que le convocó a una reunión en una sala cedida por las Reparadoras.

En realidad, Navarra ya había visto nacer algunas iniciativas ciudadanas contra la violencia. La más consistente fue la de los Artesanos de Paz, un grupo de inspiración cristiana y composición heterogénea que se reunía semanalmente en la plaza de San Francisco. Ellos fueron los primeros en manifestarse en silencio, aunque también leían textos diversos, se colgaban carteles con reflexiones sobre la paz y hasta cantaban y hacían mimo. Entre los Artesanos de Paz había cristianos de base, pacifistas, ecologistas y personas de procedencia diversa. José Ignacio Mejjide, otro de los que en la primavera de 1986 se interesaron por el proyecto de Cristina Cuesta, ha contado en alguna ocasión que las concentraciones de la plaza de San Francisco sirvieron para despertar más de una conciencia, la suya, sin ir más lejos: "Un día pasé por allí y vi a varias personas con una pancarta. '¿Qué están haciendo?', le pregunté a una señora. 'Están rezando por la paz', me dijo. Me quedé con aquello. Creo que era una época en la que todos estábamos un poco narcotizados".

También formaban parte de Artesanos de Paz los miembros de la comunidad El Arca instalados en Arguiñáriz. Vivían en una especie de comuna comprometida, artesana y bucólica. El Arca la había fundado el escritor francés de origen italiano Lanza del Vasto, naturista y pacifista, discípulo de Gandhi. La comunidad de Navarra había surgido gracias al impulso del bilbaíno Miguel Ángel Mediavilla. En la hemeroteca se conservan algunas de sus explicaciones sobre el sentido de aquellas concentraciones por la paz: “Tienen una dimensión social, queremos ser un laboratorio de la no violencia que nos permita encontrar nuevas fórmulas de solucionar los conflictos, algo distinto al ojo por ojo y diente por diente que se aplica en Occidente”, comentó a un periodista en enero de 1984.

La cita de las Reparadoras se celebró a mediados de 1986 y reunió a unas veinte personas. Los Artesanos de Paz estuvieron muy bien representados. También participó Garbiñe Gárate, madre de Mikel Zabalza. Su hijo había sido detenido por la Guardia Civil el 26 de noviembre de 1985. Tres semanas después, su cadáver apareció en el río Bidasoa, esposado. Las autoridades explicaron que había muerto ahogado tras desembarazarse de los agentes que lo custodiaban y lanzarse al río con intención de huir. Pero las piezas de la versión oficial no encajaban. El caso se reabrió judicialmente en 1995, cuando algunas personas vinculadas a las fuerzas de seguridad desvelaron que el joven –que no tenía ninguna relación con ETA– había muerto debido a las torturas que le practicaron en el cuartel de Inchaurreondo.

Todas las personas que respondieron al “llamamiento” de Cristina Cuesta coincidieron en la necesidad de hacer algo. Tras barajar diversas opciones, optaron finalmente por una iniciativa sencilla y de cierta trascendencia pública: manifestarse en silencio durante treinta minutos, en un sitio céntrico y concurrido de Pamplona, cada vez que se produjese una muerte violenta. Dudaron entre la Plaza del Castillo y la Consistorial, y concluyeron que la amplitud de la primera iba a dejar un poco apagada una concentración que no se preveía multitudinaria.

Los asistentes a la reunión se dieron el nombre de Asociación por la Paz de Euskal Herria porque así podían presentarse unidos a los grupos de San Sebastián y Vitoria. Les pareció que la etiqueta “de Euskal Herria” apelaba a una referencia cultural que no podía molestar a nadie. El término que entonces tenía un fuerte sesgo político era el de Euskadi.

Puestos de acuerdo en el método y en el nombre, los participantes en la reunión de las Reparadoras quedaron citados en la Plaza Consistorial, a las 20.00 horas, al día siguiente del primer atentado que se produjera. Los Artesanos de Paz se comprometieron a llevar una de sus pancartas.

Aquellos eran todavía años de plomo, y la frecuencia de las víctimas mortales de ETA –49 en 1985 y 42 en 1986– propició que la concentración iniciática del grupo no se hiciera esperar: el 18 de julio de 1986, ETA asesinó en la localidad alavesa de Villarreal al coronel de artillería José Picatoste González. En cuando supieron lo ocurrido, los miembros de la recién nacida asociación improvisaron una convocatoria mecanografiada, la repartieron por los diferentes medios de comunicación de Navarra, y al día siguiente se plantaron con su pancarta frente al Ayuntamiento. Javier Alcalde aún recuerda las reflexiones que llevó consigo a la concentración: “Me parecía tan lógico lo que íbamos a hacer

que estaba convencido de que arrasáramos en poco tiempo. ‘Nos vamos a reunir miles de personas, ETA se va a dar cuenta de que no tiene el apoyo popular del que presume y lo van a dejar’, me decía a mí mismo. Para rato iba a imaginar que en el siglo XXI continuaríamos con las concentraciones en el mismo lugar”.

A aquella primera cita asistieron entre 20 y 30 personas. La gente que pasaba por la calle les miraba con asombro: ni gritaban ni coreaban consignas ni rompían nada. Pero no fue la sorpresa la única reacción entre los transeúntes: ya entonces los concentrados escucharon los primeros insultos, apenas un prólogo de la reata de improperios y amenazas que les acompañaría desde entonces. Una de las reseñas periodísticas que se publicaron al día siguiente hablaba de un grupo de personas que se reunió en silencio por la paz y que recibió los insultos y las monedas de “varios cientos de jóvenes” que irrumpieron en la plaza.

Pero el proceso ya estaba en marcha y el ánimo de sus promotores parecía dispuesto a sortear ésas y otras dificultades que pudieran presentarse. “Teníamos una ingenuidad asombrosa”, explicó en un reportaje Javier Alcalde refiriéndose a aquellos días. “Cada uno éramos de nuestro padre y de nuestra madre. Había gente que acudía por motivaciones cristianas, otros tenían inquietudes de tipo más social, pero todos estábamos muy convencidos de lo que hacíamos”. El referente histórico más presente entre los pacifistas pamploneses era el de Mohandas Karamchad Gandhi: les parecía que el éxito alcanzado por las sucesivas campañas del *Mahatma* en la India británica hacían factible la paz en Navarra y en el País Vasco a través de un cauce semejante. Los números no terminaban de revalidar sus expectativas, pero lo cierto fue que las concentraciones ya no se interrumpieron nunca desde aquella primera.

Sólo unos meses después del estreno se produjo la fusión de la Asociación por la Paz de Euskal Herria con el colectivo Gesto por la Paz, que había nacido casi a la vez en Bilbao con un propósito similar. De la unión de ambos grupos surgieron el nuevo nombre – Coordinadora Gesto por la Paz de Euskal Herria – y el objetivo de extender las concentraciones de las capitales a barrios y localidades más pequeñas.

La expansión no fue difícil en Navarra porque las reuniones iniciales ya habían despertado el interés de personas de distinta procedencia geográfica. Maite Mur, que con el tiempo sería concejala en el Ayuntamiento de Pamplona, descubrió la iniciativa en el periódico. Vecina de la Chantrea, distinguió en la foto a una catequista de su parroquia, y decidió preguntarle. Le convocaron a una reunión en la cafetería Florida de Carlos III y allí le expusieron el programa. Su primera concentración fue la que siguió al asesinato del diputado de Herri Batasuna Josu Muguruza, abatido en Madrid el 20 de noviembre de 1989, mientras cenaba junto a otros miembros de la coalición abertzale. Estaban muy pocos y se les puso enfrente un grupo numeroso que les llamó de todo. “Salid por vuestros muertos, no por los nuestros”, les gritaban. Les tiraron la pancarta. Las cosas no fueron mucho mejores cuando Maite Mur y un puñado más de personas entre las que nunca faltaron Asun Apesteguía y su marido empezaron a reunirse junto al antiguo centro de salud de la Chantrea. En una ocasión, los radicales, superiores en número, se colocaron frente a los siete concentrados, a medio metro, y no dejaron de insultarles durante los diez minutos – aquel día no

fueron capaces de llegar al cuarto de hora previsto — que duró la cita. Cuando se agacharon para plegar la pancarta fueron sepultados por una lluvia de tomates y huevos. Maite quizá tuvo tiempo de recordar todos aquellos episodios mientras caminaba por la calles de Etxarri Aranatz el 24 de enero de 2004.

El grupo de Cizur se debió al esfuerzo de dos amigos: Enrique Pena y Gerardo Díaz de Cerio. Ambos acudían a las concentraciones de Pamplona hasta que en diciembre de 1989 decidieron constituir un grupo propio. Pensaron un lema que invitase a la reflexión —“No escondas tu cabeza bajo el ala de la indiferencia” —, lo estamparon artesanalmente en una pancarta e iniciaron su propia historia. En varias ocasiones asistieron sólo dos personas.

Y así hasta alcanzar los 27 grupos de la actualidad, que incluyen otras tantas historias singulares, desde la de Peralta, donde el promotor de Gesto, en la soledad más absoluta, llegó a atar un extremo de la pancarta a su Vespa y a sostener él el otro lado, hasta la de Berriozar, donde la tenacidad de las hermanas Tellechea se vio compensada a la vuelta de los años con concentraciones de cientos de personas. Se promovieron actos destinados a escolares y surgieron grupos en las dos universidades navarras. Mientras estuvo secuestrado José Antonio Ortega Lara —532 días— hubo concentraciones semanales en la puerta de la prisión de Pamplona.

Fue especialmente dura la época de las llamadas “dobles concentraciones”, durante el secuestro del industrial guipuzcoano José María Aldaya. Los terroristas lo tuvieron encerrado en un zulo infame desde el 8 de mayo de 1995 hasta el 14 de abril de 1996. Gesto por la Paz anunció que se iba a concentrar semanalmente mientras se prolongara el cautiverio, y las Gestoras pro Amnistía, viendo que la calle que creían suya empezaba a escapar de su dominio, convocaron manifestaciones el mismo día de la semana, a la misma hora y en el mismo sitio. Aquellas reuniones enfrentadas fueron una representación a pequeña escala de casi todo lo demás: un puñado de personas, de pie tras una pancarta, en silencio, y a diez metros, un grupo de individuos que vociferaban, que las insultaban, que se reían de ellas y les atribuían las etiquetas —fascistas, terroristas, torturadores...— que hubiesen merecido ellos mismos de haber atendido a sus actitudes, a sus antecedentes y al diccionario. Llegó a haber familiares en las dos convocatorias e incluso hubo una madre partidaria de la paz que un día descubrió enfrente a su hijo llamándole de todo. Pronto las palabras dejaron paso a agresiones de mayor calibre. Gerardo Díaz de Cerio conserva en su casa una pequeña colección de tuercas, tornillos, rodamientos, piedras y mecheros que les llovieron desde el otro lado.

En la Plaza Consistorial la presión llegó a ser insostenible y los responsables de Gesto decidieron trasladar la cita a la Plaza de la Cruz. Pero también hasta allí les siguieron los simpatizantes de Gestoras Pro Amnistía. Había ocasiones en las que leían a través de un megáfono soflamas sobre la “dramática” situación de los presos de ETA en tal o cual cárcel: la reducción de las horas de patio, la limitación de bolígrafos y papel, las restricciones en el economato... Era inevitable que los pacifistas comparasen aquellas referencias con la situación que cabía imaginar en el caso de José María Aldaya.

Uno de aquellos días, Gerardo Díaz de Cerio resumió sus impresiones a un periodista: “Estuvimos durante un cuarto de hora escuchando cómo nos llamaban torturadores, cómo jaleaban a ETA, cómo pedían a Aldaya que pagase y se quedara callado... Aquello era bestial. Al terminar la concentración yo me fui paseando con mi mujer y al ver cómo la gente seguía por la calle tan tranquila, conversando, tomándose sus helados, llegué a experimentar la misma sensación que se puede tener al salir del cine tras haber visto una película violenta”. Paradójicamente, las dobles concentraciones sumaron nuevos simpatizantes a las citas de Gesto por la Paz. Muchos de ellos ya no dejarían nunca de asistir.

Incluso surgió un grupo en Etxarri Aranatz. Lo formaban veinte personas. Fue tan insólito que alguien pidiera la liberación de José María Aldaya en una localidad sitiada por el miedo, que los miembros y simpatizantes de Gestoras no tardaron en reaccionar: también ellos convocaron su concentración, a la misma hora y en el mismo lugar. Llevaban tantos años festejando a los criminales, recaudando dinero para sus fianzas o colgando sus retratos en el quiosco de la plaza, que no les debió de sentar nada bien que un puñado de vecinos tuviera la *osadía* de concentrarse por la causa contraria. Ellos nunca encontraron problemas para encaminar sus manifestaciones al número 4 de calle Maiza ni para vociferar sus consignas y sus insultos junto a las ventanas de la planta baja – aquella cocina donde Mari Nieves freía patatas el 27 de enero de 1979 – ni para echar paletadas de calumnias sobre la tumba del hombre bueno que previamente habían condenado a muerte y ejecutado. Pero les molestó que alguien quisiera decir algo distinto en las calles que creían suyas.

Si en Pamplona tenía su mérito mantenerse en silencio frente a doscientos individuos que lanzaban goras a ETA y calificaban de terroristas a sus “vecinos” de plaza, mucho más lo tenía ponerse detrás de la pancarta en Etxarri, donde la diferencia numérica era abrumadora y donde no había policías para garantizar la seguridad ni transeúntes o tráfico que diluyeran un poco la presión ambiental. El 11 de marzo de 1996, cuatro periodistas de *Diario de Navarra* acudieron al pueblo para asistir a la concentración y contarlo después en las páginas del periódico. Uno de ellos era de la Barranca y fue reconocido por varios de los contramanifestantes en cuanto puso un pie en la plaza. Los que lo habían identificado y sus doscientos compañeros empezaron a gritar: “Diario de Navarra, manipulación”, y la banda sonora ya no cesó hasta que los informadores se marcharon del pueblo. Los radicales portaban retratos de presos de ETA y dedicaron todo tipo de insultos e imprecaciones a los 16 valientes de Gesto. Llevaban dos pancartas. En una se leía: “Euskalherria askatu”, y en la otra, “Zenbat denbora bahiturik noizko herri honen askatasuna?”, es decir, “¿Cuánto tiempo secuestrado?, ¿para cuándo la libertad de este pueblo?”, una pregunta que se hubiese ajustado como un guante a las aspiraciones de quienes mantenían el tipo a diez metros de distancia. Había contramanifestantes disfrazados de presos que escenificaron un simulacro de tortura. Al día siguiente, unos y otros volverían a verse al comprar el pan o en un pasillo de la fábrica. A pesar de la intensidad y de la violencia contenida de aquellos quince minutos, uno de los concentrados respondió a las preguntas de los periodistas: “¿Por qué lo hacemos? No sabría qué decir. Algunos compañeros lo hacen por su compromiso en la fe

como creyentes cristianos. Salimos por solidaridad con los secuestrados y por el derecho a la vida. Meterte en casa sería darles la razón, quedarte sin dignidad. Perdería la sociedad”.

Por desgracia, eso fue lo que ocurrió. Cuando el valor empezó a exigir dosis crecientes de temeridad, los voluntarios de Etxarri acordaron abandonar las concentraciones. Ocho años después, casi todos estuvieron presentes en el homenaje a Jesús Ulayar. Una parte de lo que sucedió aquel día guardaba una relación importante con la semilla que ellos abonaron con tanto esfuerzo.

Otra de las aportaciones de Gesto por la Paz fue el lazo azul. La idea surgió en el verano de 1993, cuando ETA secuestró al industrial guipuzcoano Julio Iglesias Zamora. El pedacito de tela pretendía simbolizar el rechazo al secuestro y a la violencia en general. Pocos años antes se había extendido en España la utilización de un lazo rojo para manifestar el apoyo a los enfermos de sida. El lazo azul cundió rápidamente: se repartieron miles de ellos y se diseñaron algunos de proporciones gigantescas en playas, laderas y manifestaciones. Varios periódicos lo unieron a sus manchetras. Volvió a tener protagonismo a partir de 1995, con motivo del secuestro de José María Aldaya, y después, con los de José Antonio Ortega Lara y Cosme Delclaux.

A lo largo de su dilatada trayectoria, Gesto por la Paz ha logrado reunir en Navarra a personas de diferentes siglas e ideologías. El historiador y escritor Víctor Manuel Arbeloa, asistente él mismo durante años a las concentraciones silenciosas, explicó en una entrevista que la variedad de filiaciones políticas revelaba que el cauce abierto por la coordinadora había sido válido para todos. “Fue el primer signo de reflexión pública, de rebeldía contenida ante lo que estaba sucediendo”, dijo. Pero añadió que aquella iniciativa de indudable mérito empezó a exigir nuevas fórmulas desde julio de 1997, cuando el secuestro y el asesinato de Miguel Ángel Blanco marcaron un punto de inflexión en las manifestaciones contra el terrorismo.

Los actos convocados por Libertad Ya en Etxarri Aranatz el 24 de enero de 2004 abrieron un nuevo capítulo en la historia de las iniciativas populares contra el terrorismo. Se trataba de exigir paz y libertad, como en las anteriores, pero honrando a la vez la memoria de un hombre bueno y envolviendo a su familia con el apoyo y el cariño que no había tenido en los 25 años anteriores. Fue una concentración con cierto carácter retroactivo: cuando mataron a Jesús Ulayar aún faltaban siete años para que naciese Gesto por la Paz, pero las manos blancas que estamparon en la pared de su casa los asistentes al homenaje le devolvieron simbólicamente las movilizaciones ciudadanas que no se convocaron a su muerte.

MATILDE SÁEZ DE TEJADA REZAR POR LOS TERRORISTAS

Matilde Sáez de Tejada estuvo años sin poder oír un petardo. Cualquier detonación le recordaba la muerte de su marido, José Luis Prieto García, asesinado en el barrio pamplonés de San Juan el 21 de marzo de 1981. Aquel día estrenó su condición de víctima, la misma que el 24 de enero de 2004 le condujo hasta el cementerio de Etxarri Aranatz. Su presencia en el homenaje a Jesús Ulayar podía responder a muchas motivaciones, pero la principal fue sin duda la de solidarizarse con Rosa Mundiñano y sus cuatro hijos, la de arropar con su cariño el dolor de tantos años, algo que ella también conoce muy bien.

El 21 de marzo de 1981 fue sábado. Matilde Sáez de Tejada y su esposo salieron de casa con intención de ir paseando hasta la cercana parroquia de Nuestra Señora del Huerto, donde tenían previsto asistir a misa a las 20.00 horas. José Luis Prieto iba a cumplir 62 años y aunaba en su biografía una larga trayectoria en el Ejército —era teniente coronel de Artillería jubilado y diplomado de Estado Mayor— y una importante dedicación a la Policía Foral, cuerpo del que había sido jefe entre 1966 y 1979. El matrimonio tenía siete hijos y dos nietos.

Aquel año, ETA no había perpetrado ningún atentado mortal en Navarra, aunque disponía de activistas adiestrados y armados para hacerlo. En agosto de 1979 se había creado en Francia un *comando* que recibió el encargo de actuar en la Comunidad foral. Al grupo se incorporaron Mercedes Galdós Arsuaga, José María Zaldúa Corta, José Martín Sagardía, José Ramón Martínez de la Fuente Intxaurregi y Pedro María Gorospe Lertxundi. Recibieron las últimas instrucciones de Juan Lorenzo Lasa Mitxelena, *Txikiardi*, uno de los integrantes en aquel momento de la dirección de ETA, y José Miguel Lujúa Gorostiola, *Mikel*, responsable del paso de armas y explosivos a través de la frontera, les explicó qué pasos debían dar para alimentar su polvorín.

Aquel *comando Nafarroa* inauguró su sangriento historial con el asesinato del inspector del Cuerpo Superior de Policía Carlos Sanz Biurrun, a quien mataron en la Cuesta del Labrit el 8 de octubre de 1979. En 1980 hubo en Navarra cuatro víctimas mortales, pero dos de ellas se debieron a otras células terroristas. El 8 de enero fue abatido a tiros en Alsasua el ex guardia civil Sebastián Arroyo González, que estaba casado, era padre de cuatro hijos, llevaba treinta años viviendo en la Barranca y en el momento del crimen salía de trabajar de la empresa Igartex. Cuatro meses después cayeron en Goizueta Francisco Ruiz Hernández y Francisco Puig Maestre. Los dos compartían edad —26 años— y trabajo: eran guardias civiles. Fueron acribillados a tiros en el interior del bar Huici. Estaban cenando allí porque la mujer de Francisco Ruiz acababa de dar a luz y aún estaba ingresada. Sí fue obra del *comando Nafarroa* el crimen que el 15 de junio de 1980 costó la vida al policía nacional Ángel Postigo Mejías. Los terroristas lo mataron en la puerta de su casa, en el barrio pamplonés de la Rochapea. Recibió cinco tiros de pistola. Estaba casado y era padre de un hijo de cinco años.

José Luis Prieto estaría más o menos al tanto de los detalles anteriores, pero no pudo evitar que los etarras perpetrasen la condena a muerte que le habían adjudicado. El matrimonio se encontraba a unos treinta metros de la puerta de la parroquia, en la calle Monasterio de Urdax, cuando un hombre se les acercó por detrás y disparó a la cabeza del teniente coronel. Matilde Sáez de Tejada tuvo el impulso de gritar y detener al asesino, pero un compinche de éste se lo impidió. El primer etarra aún remató a José Luis Prieto, ya tendido en el suelo.

El cadáver estuvo una hora sobre la acera. Cinco de los hijos —los dos restantes vivían fuera— acudieron al lugar del crimen en cuanto supieron la noticia, y acompañaron a su madre hasta que el juez ordenó el levantamiento del cuerpo. Una hija tuvo la entereza necesaria para responder a algunos periodistas. Explicó que su padre hacía una vida normal y reconoció que un año antes había recibido una llamada anónima en la que alguien le amenazó de muerte. El teniente coronel Prieto no le dio importancia al aviso.

Aquellas esperas dramáticas con los restos del muerto malamente tapados por una manta fueron comunes en la época. El fotógrafo Jorge Nagore suele contar un caso que lo refleja con elocuencia. El 13 de abril de 1984 fue asesinado en Mercairuña, en uno de los muelles de carga, el comerciante Jesús Alcocer Jiménez, de 65 años. A Jorge le pidieron en su periódico que acudiese allí en busca de imágenes, pero el aviso le llegó cuando ya había pasado bastante tiempo desde el atentado. Estaba además lejos del lugar, por lo que intuyó que no tenía ninguna posibilidad de obtener una fotografía con cierto valor informativo. Pero fue, a pesar de todo. Su sorpresa fue grande cuando se presentó en Mercairuña y descubrió que el cadáver de Jesús Alcocer aún se encontraba allí. Una de las imágenes que obtuvo muestra el cuerpo del comerciante cubierto con un chal de cuadros que justamente oculta la cabeza y el torso. A su alrededor hay un poco de serrín, tres o cuatro barquillas y varias pilas de cajas de plátanos. Un hombre carga género en su furgoneta y algunas personas conversan con aire distraído. Otro se aleja por el muelle con una caja de fruta en cada mano. Una mujer que se seca las lágrimas al fondo de la escena confiere al conjunto el único rasgo de verosimilitud. La soledad del cadáver fue probablemente un anticipo de la que esperaba después a sus deudos. Aquel mismo día, ETA mató en Navarra a dos personas más: Tomás Palacín Pellejero y Juan José Visiedo Calero. Ambos eran policías nacionales. Perdieron la vida al estallar la bomba trampa que los terroristas habían colocado en el coche que utilizaron para escapar tras el asesinato de Jesús Alcocer.

José Luis Prieto era un hombre conocido en Navarra y su muerte fue muy sentida. El 3 de enero de 1966 tomó posesión del puesto de jefe de la Policía Foral. El cuerpo acababa de sufrir una profunda reorganización que al amparo de la singularidad histórica recogida en un decreto ley había convertido la antigua “patrulla de carreteras” de la Diputación en un modelo más profesional y mejor dotado. En el discurso que pronunció al estrenar el cargo dijo que pensaba trabajar “con amor a la responsabilidad” y pidió a San Francisco Javier que velase por las andaduras de los agentes a lo largo y ancho de las carreteras navarras. Durante los catorce años que permaneció al frente del cuerpo creó e impulsó nuevas secciones, y los 17 agentes iniciales se convirtieron en 80. Se organizaron

patrullas de vigilancia y ayuda en carretera, se pusieron en marcha equipos de salvamento, las antiguas casetas de arbitrios pasaron a ser oficinas de información e incluso se adquirió un helicóptero para los rescates en montaña. Nunca sospechó José Luis Prieto que todos aquellos desvelos por sus conciudadanos le estaban acercando al punto de mira de los terroristas, que su labor de tantos años encontraría el pago de un disparo en la nuca.

Su muerte se produjo en un momento especialmente delicado de la vida de España. Apenas había pasado un mes desde el intento de golpe de Estado del 23 de febrero, y los ánimos estaban muy caldeados. Al día siguiente del atentado, el Ministerio de Defensa y la Junta de Jefes de Estado Mayor hicieron público un comunicado en el que vinieron a confirmar una sospecha ya anunciada con anterioridad: que ETA trataba de aprovechar la conmoción causada por la irrupción de Tejero en el Congreso para recrudecer su actividad terrorista. Dos días antes de que mataran a Prieto había sido asesinado en Bilbao el teniente coronel de Artillería Ramón Romeo Rotaeché. Él acababa de salir de una iglesia.

A la vista de los acontecimientos, el Gobierno presidido por Leopoldo Calvo Sotelo decidió que el Ejército colaborase con los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado en la vigilancia de fronteras y límites marítimos en las zonas más afectadas por la actividad de ETA. Además, el Ejecutivo acordó tramitar de forma urgente un proyecto de ley para reformar el Código Penal en materia de terrorismo.

En Pamplona, la Junta de Portavoces del Parlamento aprobó una declaración en la que se aseguraba que ETA era “el peor enemigo de la democracia y del futuro libre y pacífico de Navarra” y que sus “cómplices y encubridores” eran “políticamente tan responsables como los terroristas en acción”. El comunicado terminaba haciendo un llamamiento al pueblo navarro para manifestarse a favor de la paz y la libertad.

HB y Amaiur no apoyaron la iniciativa. Cuando dos días después se reunió la comisión de Hacienda de la cámara, algunos parlamentarios criticaron a los abertzales por su actitud y les hicieron ver que su presencia en las instituciones resultaba “indigna”.

No es fácil hacerse una idea de la densidad de aquellos días. El 29 de enero había fallecido en Tudela el militante de ETA José Ricardo Barros Ferreira al hacer explosión un artefacto que al parecer pretendía colocar en una estación eléctrica. El mismo día, ETA secuestró a José María Ryan, uno de los ingenieros de la central nuclear de Lemóniz –entonces en construcción–, y anunció que acabaría con su vida si no se paralizaban las obras. La amenaza se cumplió el 6 de febrero. El cadáver apareció en un paraje frondoso cercano a Galdácano, con las manos atadas y un tiro en la nuca. Veinticuatro horas antes, los Reyes habían finalizado su viaje al País Vasco, incluida una tormentosa sesión en la Casa de Juntas de Guernica. El 13 de febrero murió en el Hospital Penitenciario de Carabanchel el miembro de ETA Joseba Arregui Izaguirre. Su fallecimiento se debió a las torturas que sufrió en comisaría al ser detenido trece días antes. El difunto Joaquín Pascal, que había militado en el PCE y después fue concejal socialista, solía recordar de aquellos fechas que coincidió con bastantes personas en las manifestaciones que se convocaron para exigir la liberación de Ryan y en las que

se llevaron a cabo para condenar la muerte de Arregui. Algunas de las segundas terminaron en enfrentamientos con la policía.

Pero ninguna concentración fue tan concurrida como las que siguieron al asesinato de José Luis Prieto. Más de 20.000 personas pasaron por la capilla ardiente, instalada en el Salón del Trono del Palacio de Navarra, y cerca de 4.000 asistieron al funeral celebrado en la parroquia de San Miguel. Estuvieron presentes en el templo los ministros de Interior y Administración Territorial, Juan José Rosón y Rodolfo Martín Villa, respectivamente, y el jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, teniente general Gabeiras Montero. También acudió el general Sáenz de Santamaría, uno de los hombre claves a la hora de neutralizar el intento de golpe de Estado del 23-F.

Sin embargo, la mayor reacción ciudadana fue la que se produjo el 25 de marzo. Seis meses después de la multitudinaria comitiva que había recorrido el centro de Pamplona para condenar el atentado contra José Javier Uranga, los navarros respondieron masivamente al llamamiento de las instituciones y de nuevo se echaron a la calle para exigirle a ETA que dejara de matar. No podían intuir los asistentes que aún se celebrarían decenas de manifestaciones como aquella, alguna con 25 años de retraso, como la de Etxarri Aranatz del 24 de enero de 2004.

El lema de la marcha fue "Por la paz y contra el terrorismo de ETA". Más de 50.000 personas lo secundaron desde la calle Yanguas y Miranda, donde empezó el recorrido, hasta el Paseo de Sarasate, donde terminó. Encabezaban la manifestación representantes de los partidos políticos y las centrales sindicales que la habían convocado. Desde el balcón de Diputación, el presidente Juan Manuel Arza leyó un comunicado en el que se pedía a los terroristas que dejaran de matar. "Aquí, en Pamplona, decenas de miles de demócratas navarros, pedimos la paz y, proclamando nuestra fe en la democracia, nos declaramos enemigos públicos de ETA", clamó por la megafonía.

Matilde Sáez de Tejada ha llevado una vida discreta desde que se apagaron las reacciones al asesinato de su marido. El 3 de diciembre de 2000 acudió al acto de entrega de la Medalla de Oro de Navarra a las víctimas del terrorismo. Allí coincidió con Rosa Mundiñano y los cuatro hermanos Ulayar. Un periodista le preguntó cómo había sobrevivido a su condición de viuda y ella respondió con naturalidad que rezaba todos los días por los terroristas. "Estoy segura de que Dios les hará ver que se equivocan", añadió. Aquel día, la esposa del teniente coronel Prieto estuvo acompañada por sus siete hijos y sus catorce nietos.

Volvió a encontrarse con los Ulayar durante la visita oficial del Príncipe Felipe a Navarra, en noviembre de 2001. El extenso programa incluyó una reunión con víctimas del terrorismo que se celebró en un salón del hotel Blanca de Navarra. Se reunieron allí buena parte de las personas que han sufrido en primera persona el zarpazo de ETA en la Comunidad foral. A Matilde Sáez de Tejada se le veía feliz en compañía de una de sus hijas.

El tercer encuentro fue el de Etxarri. Lo sucedido allí el 24 de enero de 2004 zanjó una deuda que la sociedad navarra tenía contraída con la familia Ulayar, pero también resultó reconfortante para las demás víctimas del terrorismo que

acudieron a la cita. Seguramente, Matilde Sáez de Tejada renovarí­a aquel día sus oraciones por los terroristas.

JOSÉ MIGUEL IRIBERRI CRÓNICAS PARA LA LIBERTAD

José Miguel Iriberry se encontraba en la redacción de *Diario de Navarra* cuando mataron a Jesús Ulayar. No se recuerda a sí mismo al recibir la noticia, pero supone que ya era tarde y que estaría terminando de escribir alguna crónica. Al fin y al cabo, él era uno de los cuatro o cinco periodistas de calle que tenía entonces el periódico. El resto se dedicaba a seleccionar y organizar las noticias que enviaban las agencias. El apellido “de calle” equivalía a jornadas impredecibles que tan pronto le conducían a un accidente de tráfico como a un pleno municipal o a un chupinazo. Esa dedicación variopinta le había acercado en más de una ocasión a la Barranca. Era una zona que conocía bien debido a la profesión de su padre, factor suplementario de la Renfe, y a las muchas escalas que había hecho en todas las estaciones del valle.

Aquel 27 de enero de 1979, José Miguel Iriberry se sobresaltó de un modo especial al escuchar lo ocurrido: él conocía personalmente a la víctima. Unos años antes, siendo Jesús Ulayar alcalde de Etxarri Aranatz, le había entrevistado con ocasión de las fiestas patronales. Aquellas conversaciones anuales eran la oportunidad que tenían los responsables municipales para exponer en la prensa sus proyectos y para hablar de la situación y de los problemas del pueblo. Jesús Ulayar hizo lo propio, pero a José Miguel Iriberry se le quedó grabada la fotografía que le tomaron: ambos habían continuado la conversación en la calle y en un momento dado pasaron por delante unos mozos que marchaban cantando y bailando, agarrados por los hombros. Uno de ellos llevaba una botella, “probablemente de sidra”, y se la ofreció al alcalde, que la aceptó sin miramientos y la empujó allí mismo, ante el regocijo de la concurrencia. Aquella fue la imagen que quedó para la posteridad, una muestra más del talante abierto y campechano del hombre al que sus verdugos acusarían después de actitudes “anticiudadanas”.

José Miguel Iriberry imagina que hizo el viaje hasta el lugar del crimen en el taxi que utilizaban los periodistas del *Diario* para sus desplazamientos. Era noche cerrada cuando llegaron a Etxarri y apenas ha retenido los detalles del trayecto o del ambiente que encontró en el pueblo. “Muchas veces me he preguntado si lo que me ha quedado es el recuerdo original o el último de los recuerdos sucesivos”, se excusa. Lo que ha permanecido inalterable en su memoria es la luz que inundaba la cocina familiar. Antes de entrar habría examinado aunque fuese fugazmente el lugar donde se produjo el tiroteo, con la sangre de la víctima todavía sin limpiar, y habría recorrido varios metros de pasillo en una penumbra de sollozos y conversaciones en voz baja. Quizá por eso le deslumbró un poco el interior de la cocina. Había varias personas, pero sólo recuerda a dos mujeres — probablemente Rosa Mundiñano y una de sus cuñadas, Martina o Petra —, y a Salvador, con sus trece años quebrados para siempre. Se le quedó grabada una frase que alguien, puede que el propio Salvador, repitió en algún momento: “Todos sabemos quiénes han sido”.

La escena que tenía delante le produjo dolor e impotencia. Él había ido allí para informar, pero respetó exquisitamente la intimidad atormentada de aquella familia que le había abierto las puertas de su casa. Sabe que en algún momento habló con Salvador porque en la crónica del día siguiente aparecieron varias frases textuales del único testigo del tiroteo. Lo demás fue un resumen de lo que vio.

José Miguel Iriberry también sintió miedo aquella noche en Etxarri Aranatz: “Un miedo personal en el que se unían el miedo a ir a un lugar en el que acaba de producirse un asesinato, el miedo a ETA, a lo que pudiera hacer, o el miedo por los compañeros del periódico, entonces muy amenazado por los terroristas”. Y junto al miedo, la pena: “Una pena infinita por lo que estaba viendo y por lo que estaba oyendo, una pena que te dejaba sin habla”. Cuando años después leyó que “la pena se vive como miedo” en el C.S. Lewis de *Una pena en observación* se acordó de aquella noche en Etxarri Aranatz y de los sentimientos que le estremecieron por dentro mientras realizaba su trabajo de periodista.

Dos días después regresó a la localidad de la Barranca para hacer la información del funeral, pero sus recuerdos son igualmente fragmentarios: un grupo de personas siguiendo la misa desde el exterior de la iglesia, “lo irreparable del cementerio” y por encima de todo, “la tragedia de la familia” Ulyar, un drama que no había hecho más que empezar.

No en todos los medios fue similar el tratamiento de lo ocurrido. Arcadi Espada, periodista y profesor de la Pompeu Fabra, estudió las informaciones de 1979 y 1980 relativas al terrorismo y llegó a la conclusión, según tiene escrito, de que los periódicos de aquellos años se habían “tragado” la muerte. Su referencia a lo sucedido en Etxarri Aranatz es la siguiente: “28 de enero de 1979. Matan a un ex alcalde de Echarri Aranaz, un municipio vasco. Los vecinos informan a *El País* de que ‘la víctima estaba considerada, en algunos sectores del pueblo, como confidente de la Guardia Civil’. Este estrambote, o parecido, suele ponerse en todos los muertos de tipo menor. Los que ocupan apenas media columna en el periódico. Funciona muy bien como tiro de gracia. Yo recuerdo, de cuando leía en vivo estos periódicos, la extremada desazón que me invadía si, por cualquier causa que fuere, incompetencia o imposibilidad de los redactores, los periódicos dejaban de añadir el estrambote. También recuerdo cuando mi madre me daba la noticia de cualquier atentado que yo preguntaba enseguida: ‘¿Civil o militar?’”.

Y prosigue Arcadi Espada con su recorrido por la hemeroteca: “7 de marzo de 1979. Llevo más de dos meses de crímenes. Aún no he encontrado que a sus autores los llamen *terroristas*. Todas las crónicas insisten en *autores, jóvenes, comando, agresores* y otros del mismo tipo. Veinte años después es difícil entenderlo. El terrorismo y los terroristas se han convertido en sujetos tan objetivables que casi los propios terroristas admitirían ser llamados así. Entonces no, es evidente. Entonces se gritaba *Vosotros, fascistas, sois los terroristas*, con lo que se pretendía librar de la carga ignominiosa del adjetivo al resto de criminales”.

No es fácil encontrar un eco de esas características en las informaciones que publicó *Diario de Navarra* sobre lo sucedido el 27 de enero de 1979.

Tres meses después del asesinato de Jesús Ulayar se constituyeron los primeros ayuntamientos democráticos y José Miguel pasó a ocuparse de la información municipal. Ya no volvió a encargarse directamente de los atentados de ETA, aunque vivió en primera persona el que los terroristas perpetraron contra José Javier Uranga el 22 de agosto de 1980. Él estaba en la redacción, con otros compañeros. Se habían reunido para repartir los temas del día cuando escucharon un ruido que a él le pareció el de la rueda reventada de un camión dando vueltas sobre el asfalto, algo que ocurría con alguna frecuencia en el tráfico siempre intenso de Cordovilla. No tardaron en enterarse de que el director del periódico yacía en el aparcamiento atravesado por 25 balazos. De la vorágine de aquella tarde recuerda la alegría que le invadió al escuchar la noticia de que al herido le estaban interviniendo: “Desde ese momento tuve la convicción de que iba a seguir viviendo”.

En el Ayuntamiento de Pamplona, la cercanía a la actividad criminal de ETA que le había proporcionado el trabajo le llevó a situarse “profesionalmente” al lado de los partidos democráticos que intentaban completar la transición frente a las amenazas de ETA y al discurso viciado de sus representantes políticos, entonces agrupados en Herri Batasuna. En aquellos años de frecuentes atentados que a su vez motivaban turbulentos plenos de condena, José Miguel Iriberry contemplaba los hechos y los debates a través del prisma que le proporcionó la noche del 27 de enero de 1979: todos los crímenes tenían para él nombre, apellidos y perfiles concretos porque aquel día se había asomado sin intermediarios al duelo de una familia destrozada por las balas de ETA.

Su compromiso vital y periodístico con la libertad le granjeó amistades sólidas y duraderas con algunos concejales. Eran tiempos de “coraje” democrático y se produjo una sintonía que no precisaba palabras, una complicidad que surgía de forma casi inevitable a partir de los principios y las aspiraciones compartidas. El socialista Joaquín Pascal, miembro de varias corporaciones, solía preguntar en algunas sesiones difíciles de qué valía hablar de la ciudad si después no se defendía la vida de los ciudadanos. El mismo planteamiento podía descubrirse en las crónicas de José Miguel Iriberry y en su columna *Plaza Consistorial*, tantas veces una brújula para avanzar en el intrincado paisaje de la política y de la actualidad. En la que firmó el 1 de mayo de 2003 se refería a las plataformas ciudadanas contra la violencia, pero quizá estaba hablando a la vez de sí mismo, de su periodismo valiente y militante: “La defensa de la ciudad, cabalmente, empieza por la defensa de la vida de los ciudadanos. Eso es lo que quedará de estos años. Las obras públicas se pueden hacer antes o después, pero es ahora cuando son necesarias las plataformas por la libertad. Para que haya un después libre”.

Pero si en la vida de José Miguel Iriberry ha habido un concejal de referencia, ése ha sido sin duda Tomás Caballero. Fue mucho más que un concejal porque hubo entre ambos una amistad personal de largos años que se extendió también a las familias. Cuando en 1971 Tomás Caballero se presentó a las elecciones municipales de la época por el tercio sindical, José Miguel Iriberry, entonces un periodista de 28 años que pertenecía al sector del papel, prensa y artes gráficas, ya le dio su voto. Y ya no se lo quitó nunca, cabría añadir. Vivió con entusiasmo

la etapa de los llamados concejales sociales, saludó con ellos la llegada de la democracia, siguió de cerca la creación, la campaña y el fracaso del Frente Navarro Independiente en las elecciones de 1977, y mantuvo su estrecha relación con el edil cuando éste dejó el ayuntamiento y cuando más tarde fue nombrado presidente de Oberena. “Él me llevaba doce o quince años, pero tenía una personalidad tan arrolladora, tan atractiva, tan sugerente, que me cautivó desde el primer momento”, explica el periodista. “Cuando pienso en gente de principios y de valores, siempre pienso en él”.

Vivió por tanto con ilusión el regreso de Tomás Caballero a la vida municipal en 1995. Aquel mismo año, el 23 de enero, ETA abrió su siniestra campaña contra los concejales del PP con el asesinato de Gregorio Ordóñez. El censo de víctimas aumentaría después con los nombres de Miguel Ángel Blanco (13 de julio de 1997), José Luis Caso (11 de diciembre de 1997) y José Ignacio Iruretagoyena (9 de enero de 1998). Fue precisamente en el pleno que siguió a este último crimen cuando Tomás Caballero protagonizó aquella intervención que los concejales de HB llevaron a los tribunales. Cuatro meses después, él mismo fue asesinado a la puerta de su casa.

Su muerte afectó hondamente a José Miguel Iriberry, pero lejos de retraerle en sus convicciones y en sus columnas, le espoléó a comprometerse aún más en la pelea que el concejal y tantos como él habían dejado inacabada. Sus sentimientos y sus razones aparecieron condensados en el artículo que escribió mientras miles de pamploneses desfilaban por la capilla ardiente instalada en el ayuntamiento. Lo tituló “Tomás, amigo, el pueblo está contigo” y se publicó al día siguiente, 7 de mayo de 1998: “Nadie podrá llenar el vacío dejado por Tomás Caballero, pero nadie, tampoco, podrá evitar que permanezca, más lleno de vida que nunca, su legado de libertad y tolerancia, de paz y democracia, de convivencia y voluntad popular. Los asesinos han parado los latidos del corazón de un hombre bueno y han llevado el dolor inmenso a su familia, a sus amigos, a sus compañeros, a la sociedad (...). Profundamente solidario y comprometido con sus ideales, Tomás Caballero quería a los demás tanto como le queríamos a él. Como le vamos a querer siempre. Representaba una cadena de causas colectivas y era portador de un único mensaje de paz en libertad. Por eso le han asesinado. Porque representaba todo aquello que los terroristas pretenden destrozarse. Porque era un ejemplo de fortaleza y de convicciones, un modelo de participación democrática. Porque hablaba de tolerancia y convivencia, de respeto a la voluntad popular, a los derechos humanos, a la vida. Porque pedía la unión de los demócratas frente a ETA. Por eso le han asesinado”. Desde aquel día, de alguna manera, José Miguel retomó en los papeles la tarea que su amigo se había impuesto en el seno del ayuntamiento.

Una de las manifestaciones de ese empeño fue una atención aún mayor a las víctimas del terrorismo. Nunca las había ignorado, pero confiesa que en algunos momentos ha tenido cierta sensación de culpa, de desagrado personal, al descubrir el olvido en el que algunas han vivido durante muchos años. “El olvido de la sociedad hacia las víctimas es el olvido de cada uno de los ciudadanos”, insiste. “La deuda que tenemos contraída con ellas es absolutamente impagable.

Si alguien ha dado muestras de comprensión, de tolerancia y de amor, han sido ellas. Estar contra ETA es, hoy más que nunca, estar con las víctimas de ETA”.

Uno de los episodios que laten en la afirmación anterior se produjo en diciembre de 2000, cuando pudo saludar 21 años después a Salvador Ulayar. El niño de 13 años al que había entrevistado en 1979 era ya un padre de familia de 35, pero seguía sin digerir el asesinato que truncó su vida aquel sábado lluvioso. El encuentro se produjo en *Diario de Navarra*. Así lo describió en sus papeles el pequeño de los Ulayar: “Me encontraba visitando la redacción cuando José Miguel Iriberry salió de su despacho y nos saludó a mis hermanos y a mí. Sonriente, cuando cruzó la puerta probablemente no se planteó la trascendencia de su gesto, porque yo lo recibía como si viniera de mucho más lejos y no del habitáculo que terminaba de dejar a sus espaldas. Para mí regresaba desde la lejana oscuridad de 1979, como si aún llevara bajo el brazo su cuaderno de notas con mis declaraciones y se dispusiera a revelarme no sé qué, como si sólo unos minutos antes hubiera concluido su viaje desde Etxarri y hubiese aparcado a la puerta del periódico el mismo coche que lo transportaba entonces. Tal vez por eso tenía más edad de la que le adjudiqué instantes antes de verlo. Cuarenta kilómetros de carretera no provocan el paso de tantos años en una persona. En verdad habían transcurrido veintiuno y a mí me hicieron falta unos instantes para asimilarlo. Él no era consciente de las irracionales expectativas que levantaba su presencia en algún desconocido rincón de mi alma [...]. Dentro de mí algo respingaba y tenía la esperanza de que aquel hombre de ojos y rostro desconocidos, alargara su mano y me entregara un trozo de mí mismo, la solución, esa parte que se quedó en la noche del asesinato de Jesús Ulayar”.

El reencuentro le impresionó, como también lo hicieron las lágrimas de la alcaldesa Yolanda Barcina tras el asesinato de José Javier Múgica o la lectura del último artículo de José Luis López de la Calle en *El Mundo* cuando ya había recibido, solo en la redacción, la noticia de su muerte.

El 24 de enero de 2004, José Miguel Iriberry disfrutó como nunca en Etxarri Aranatz. La víspera había escrito un artículo que tituló “Los Ulayar” y que fue a la vez una confesión, un homenaje y un llamamiento. “Todo lo ocurrido en torno a aquel asesinato”, decía, refiriéndose a la muerte del ex alcalde, “es una clara demostración de lo que hoy sabe la sociedad y reconocen los tribunales: ETA se sirve no sólo de los pistoleros que aprietan el gatillo, sino de quienes justifican sus crímenes y les aplauden para que cunda el ejemplo, contribuyendo igualmente al propósito de acabar con la democracia. En el lado de la vida, de la paz y de la libertad; frente a esa historia de maldad, los Ulayar —la esposa, los cuatro hijos, la familia— han escrito una historia edificante de dignidad humana. Con ellos, al igual que con todas las víctimas, tiene la democracia una deuda verdaderamente impagable. Porque la defendieron con el sufrimiento en silencio, con la reivindicación valiente de la memoria de los muertos, con la confianza puesta en el Estado de derecho. Y sin poder expresar el perdón porque no se lo pidieron. Años después, uno de los hijos contaba que podía sentir rabia ‘pero gracias a la fe que mi padre me enseñó no siento odio’. Sólo quería educar a sus hijos — los nietos de Jesús — en el respeto a la vida. La enseñanza pasa hoy por el

doble homenaje a un hombre bueno y a la dignidad de una familia, la suya. Los Ulayar”.

BERRIOZAR EL CASO CONTRARIO

Maribel Vals y Ana Tellechea se acordaron varias veces de su pueblo mientras caminaban por la calles de Etxarri Aranatz el 24 de enero de 2004. Su pueblo es Berriozar, donde hubo igualmente un atentado de ETA: el de Francisco Casanova Vicente, subteniente del Ejército, asesinado en el garaje de su domicilio el 9 de agosto de 2000. Pero lo que ocurrió en la localidad después del crimen no tuvo nada que ver con lo sucedido en Etxarri. La reacción fue más bien la contraria. “La historia de Berriozar es la más agradecida del mundo”, ha dicho alguna vez Ana Tellechea para resumir los cambios.

Las dos mujeres acudieron al homenaje a Jesús Ulayar sin dudar. Conocían la historia de la familia y habían coincidido con varios de los hermanos en distintos actos convocados por Libertad Ya o por la Fundación Tomás Caballero. Pero es que llevaban además tantos años comprometidas con la causa de la paz y de la libertad que ni siquiera contemplaron la opción de no ir.

En el caso de Ana Tellechea, podría decirse que su trayecto hacia Etxarri había comenzado doce o trece años antes. Procede de Beruete, una localidad de Basaburúa Mayor donde el euskera es el idioma habitual entre los vecinos. Se instaló en Berriozar por motivos laborales, hace ya años. Allí acabó habituándose a vivir en un casco urbano que era casi un tablón de anuncios gigante. Los carteles y las pintadas llegaron a ser opresivos. El contenido de todas aquellas consignas escritas en la pared o trasladadas a impresos de iconografía recurrente tenía siempre el mismo denominador común: ETA, la alternativa KAS, la independencia, los presos, “críticas” a la policía, las torturas... Era difícil disentir, al menos públicamente. En los primeros años de la década de 1990 varios jóvenes del pueblo fueron detenidos bajo la acusación de haber colaborado con ETA. Tanto los arrestos como las denuncias que presentaron por torturas y las posteriores excarcelaciones enrarecieron aún más el ambiente. En junio de 1990, cuando dos miembros de ETA aparecieron muertos en la Foz de Lumbier, hubo manifestaciones que acabaron con barricadas y cortes de tráfico. Dos años después, la policía acusó a tres vecinos de haber formado un grupo de apoyo al comando Nafarroa de ETA. Uno de ellos era Jaime Iribarren, entonces presidente del Consejo de la Juventud de Navarra y más tarde parlamentario foral por Herri Batasuna. Hubo vecinos del pueblo que huyeron a Francia al ser detenidos los activistas liberados de los que dependían y que al cabo del tiempo fueron localizados por la fuerzas de seguridad del país galo. Los sobresaltos, en fin, eran continuos y casi todos estaban emparentados entre sí.

Ese paisaje a veces asfixiante no redujo ni un milímetro los planteamientos de Ana Tellechea. Hubo incluso un momento en el que decidió defender de modo abierto sus convicciones personales: «En mi familia nos sentíamos especialmente afectados porque todos somos euskaldunes. Los de ETA decían que eran los representantes del pueblo vasco, pero yo no me sentía representada en absoluto. No sabía cómo decirlo, cómo manifestarlo”.

Fue entonces – 1991 o 1992 – cuando se puso en contacto con Javier Alcalde y Maite Mur, dos de los veteranos de Gesto por la Paz. Éstos le explicaron su filosofía y su modo de actuar y Ana descubrió un cauce apropiado para sus inquietudes. Enseguida se comprometió a poner en marcha un grupo en Berriozar.

A las primeras concentraciones asistieron únicamente ella y su hermana Nerea, que fue a su vez una de las promotoras del grupo de Gesto en la Universidad Pública de Navarra. Una a cada lado de la pancarta, las dos Tellechea despertaron inicialmente el estupor de algunos vecinos y la contrariedad de quienes hasta entonces habían colonizado cualquier actividad que pudiera lucir la etiqueta de “popular”. Poco a poco fueron sumándose más voluntarios. Una de las que sintonizó con la idea fue Maribel Vals.

Hubo un momento en el que surgieron diferencias con los responsables de Gesto por la Paz en Bilbao y el grupo de Berriozar se desligó de la coordinadora. Mantuvieron, eso sí, la tradición de reunirse en silencio después de un atentado.

La pequeña historia de las reuniones por la paz tuvo un punto de inflexión inesperado con el asesinato de Francisco Casanova. El fanático que el 9 de agosto de 2000 disparó sobre él probablemente tenía en la cabeza un bagaje confuso de agravios históricos y aspiraciones libertarias, pero lejos de acercarle a sus fines, el crimen acabó encaminando a todo un pueblo – Berriozar – en la dirección opuesta. Francisco Casanova no era una persona especialmente conocida en la localidad. Le trataban y le apreciaban los residentes de la urbanización Zortziko, donde vivía, los miembros del grupo “Ecos de Navarra”, donde exprimía su afición a las jotas, y sus compañeros del acuartelamiento de Aizoáin, donde trabajaba. Hoy todo el mundo sabe quién es y la gran mayoría habla de él con cariño y simpatía.

La comparación con Etxarri Aranatz es sonrojante. Si en el pueblo de los Ulayar los asesinos fueron nombrados hijos predilectos por el ayuntamiento de la localidad y recibidos como héroes al salir de la cárcel, la primera reacción de tipo institucional que se produjo en Berriozar tras el atentado fue la de pactar una moción de censura que apease de la alcaldía a José Manuel Goldaracena, de Euskal Herritarrok. EH tenía entonces cinco de los trece concejales.

El primer pleno se celebró cuando apenas habían pasado 24 horas del asesinato y fue un preámbulo de lo que vendría a continuación. Acudieron una veintena de simpatizantes de EH, incluido Jaime Iribarren. También se presentaron en el ayuntamiento varios vecinos que exigieron al alcalde y a los concejales de EH que sustituyeran los lamentos por una condena firme de lo ocurrido. El ambiente fue muy tenso. “¿A qué vienes aquí?”, le espetó uno de los asistentes a Iribarren. “¿A pasar información? ¿A elegir quién va a ser el siguiente en la lista?”. Y le dio un consejo: “¡Lárgate!”. El ex parlamentario de HB replicó inicialmente que tenía todo el derecho del mundo a estar en el pleno, pero a instancias de un compañero optó por guardar silencio. Cuando uno de los representantes de EH leyó una moción alternativa a la que habían presentado PSOE (cuatro concejales), IU (dos) y CDN (dos), los gritos del público arreciaron. “Alcalde, dimisión”, exclamó uno, y medio centenar de voces empezaron a corear las dos palabras. Una mujer se preguntaba en alto “por qué” mientras

lloraba amargamente al fondo de la sala. Un hombre resumió a voz en grito los sentimientos de muchos de los que estaban allí. “Os votamos para algo”, les dijo a los ediles de PSOE, IU y CDN. “Uníos y sacadles de la alcaldía”.

Y eso fue lo que ocurrió. Pocas semanas después, una iniciativa conjunta de los tres partidos democráticos puso al frente del municipio al socialista Benito Ríos. El fenómeno fue paralelo en la calle. La muerte de Francisco Casanova sirvió para que muchas personas que estaban en contra de la violencia dieran el paso de sostener públicamente su postura. Los más activos crearon un colectivo, Vecinos de Paz, que acabó multiplicando las cifras de aquel puñado de pioneros que habían empezado a concentrarse diez años antes al amparo de Gesto por la Paz.

Vecinos de Paz nunca ha estado constituido formalmente como una asociación. Sus promotores eligieron el nombre porque ese era el punto de partida, el nexo capaz de unir a personas de distinta filiación, edad y orientación política. “Somos personas, tenemos conciencia y queremos libertad, eso es lo que nos une”, explicaron en una ocasión a la periodista Beatriz Arnedo.

Sus principales actividades han sido las reuniones posteriores a los atentados, pero también extendieron la costumbre de colgar en balcones y ventanas telas con dos manos blancas sobre fondo azul. Ellos han sido quienes han organizado los actos de homenaje a Francisco Casanova cada vez que se cumplía un aniversario de su muerte y quienes han acudido a los plenos del ayuntamiento para arropar a los concejales de los partidos democráticos. Poco a poco se han hecho con las riendas de la localidad, unas riendas que durante mucho tiempo estuvieron en manos de la izquierda radical abertzale. El esfuerzo ha sido importante, pero ha merecido la pena. “Es duro”, reconocía Maribel Vals en un reportaje periodístico, “pero cuando por la noche te acuestas y analizas el día, dónde has fallado, qué has hecho por la vida y por la libertad, respiras hondo y te dices: ‘Ha pasado otro día, me siento orgullosa, y mañana ya veremos qué pasa’”.

El reflejo de esas disposiciones en la vida corriente de los últimos años ofrece varios episodios significativos. Los Ulyar, por ejemplo, se han quejado en varias ocasiones del poco apoyo que encontraron en algunos responsables de la parroquia. En Berriozar, el sacerdote Domingo Urtasun ha visto interrumpidas en más de una ocasión sus homilías por los aplausos de los vecinos. Una de las veces fue en la misa celebrada con motivo del segundo aniversario del atentado. “La celebración de esta eucaristía recordando a Paco —dijo entonces— es una nueva oportunidad para gritar con todas nuestras fuerzas a ETA y a su entorno: En nombre de Dios, dejad de matar. No manchéis con vuestros crímenes el honor y las virtudes de nuestro pueblo”.

A otros sacerdotes como Jaime Larrínaga, párroco de la localidad vizcaína de Maruri, la presión del nacionalismo llegó a asfixiarles por hacer afirmaciones como ésa. Sin embargo, el ayuntamiento de Berriozar nombró hijo adoptivo a Domingo Urtasun en octubre de 2002. Para entonces ya no se encontraba en la parroquia. La idea había sido de un grupo de vecinos que recogió 150 firmas y la trasladó al pleno el concejal de CDN Santos Munárriz. Se trataba —expuso al

resto de la corporación — de que “el espíritu” que el cura había logrado extender en la población se mantuviera siempre que hubiese “un ataque de los violentos”.

Ha habido más sucesos singulares en Berriozar. El 25 de septiembre de 2002 tuvo lugar una manifestación para condenar la muerte del guardia civil Juan Carlos Beiro, asesinado en Leitza el día anterior. Varios agentes de la Benemérita vigilaron el acto. Al terminar, uno de los presentes tomó la palabra y dijo: “Queremos rendir un homenaje a la Guardia Civil por proteger la paz y la libertad”. Diez vecinos se acercaron entonces a los guardias con otras tantas rosas blancas y se las dieron, al tiempo que les estrechaban la mano o les abrazaban. “Jamás nos había pasado una cosa así en Berriozar”, confesaría después el responsable del dispositivo. “Estamos emocionados. Tras el asesinato de Francisco Casanova han cambiado muchas cosas en este pueblo”.

El 22 de octubre de 2003, noventa vecinos marcharon andando hasta el cuartel de Aizoáin, que el día anterior había sido atacado con lanzagranadas y con un coche bomba destinado a los artificieros que no llegó a explotar. Llovía y hacía frío, pero nadie se echó atrás. Cuando la comitiva alcanzó la puerta del recinto militar, uno de los participantes se dirigió a los soldados que se encontraban allí: “Queremos que sepáis lo que siente una parte del pueblo por vosotros”, les dijeron.

Con todo, donde los vecinos se han volcado de forma especial ha sido en los sucesivos homenajes a Francisco Casanova. En Etxarri Aranatz fue preciso esperar 25 años para recordar de forma pública a Jesús Ulayar, pero en Berriozar no ha pasado un sólo 9 de agosto sin que varios cientos de personas se hayan echado a la calle para rendir honores al subteniente asesinado y para arropar a su viuda y a sus dos hijos.

El programa se ha repetido con muy pocas variaciones: una “misa navarra” en la parroquia de San Esteban y un festival de jotas en la plaza del Sol. El cantautor José Vives suele ser el encargado de poner el colofón con su tema “Camino a la paz”. Buena parte del presupuesto de los actos — la megafonía, un pequeño aperitivo, un recuerdo para los intérpretes... — se cubre con las aportaciones voluntarias de los vecinos. Maribel Vals tiene ya larga experiencia en ir sembrando las calles de la localidad — las mismas que hace unos años eran coto exclusivo del mundo abertzale — con los carteles diseñados por su hija en el ordenador de casa.

Rosalía Sáiz Aja, la viuda del subteniente ya no vive en Berriozar, pero acude anualmente al homenaje a su marido. Conserva buenos amigos en la localidad y es consciente de que el pueblo no es el mismo desde el atentado: “Sé que se ha perdido el miedo”, dijo en uno de los aniversarios.

Lo que Berriozar ya no perderá nunca es el nombre de Francisco Casanova, unido desde septiembre de 2003 a la escuela de música. El edificio, con 25 aulas repartidas en dos plantas, ofrece una infraestructura de primer orden a los vecinos — 215 en el primer curso — y recuerda a la vez al hombre cuya muerte cambió de forma definitiva la historia de la localidad.

Las manos blancas que los reunidos en Etxarri Aranatz estamparon el 24 de enero de 2004 en la casa familiar de los Ulayar son una realidad diaria y

permanente en el paisaje urbano de Berriozar. Balcones y ventanas anuncian a quien quiera verlo que el pueblo es hoy un espacio ganado a la paz.

REYES ZUBELDIA SER VIUDA EN LEITZA

Cuando el 14 de julio de 2001 asesinaron a su marido, Reyes Zubeldia aseguró que pensaba seguir paseando por Leitza con la cabeza bien alta. El 24 de enero de 2004 mostró esa misma disposición en Etxarri Aranatz, un pueblo similar al suyo en muchos aspectos.

Aquel día, durante el homenaje a Jesús Ulyar, Reyes recordó en varias ocasiones a su marido. Probablemente se dirigió a él para contarle cuánto estaba disfrutando rodeada de tanta gente buena: es lo que hace habitualmente desde que ETA lo arrancó de su lado con una bomba lapa adosada a los bajos de su furgoneta. "Quisieron quitármelo, pero no han podido", explicó un año después del crimen a la periodista Natalia Ayarra. "Está conmigo y hablo con él. Por ejemplo, me pasa cualquier cosa que me sale bien, y me pongo delante de él y le digo: 'Cómo me has ayudado, eres un fenómeno, qué bien me tratas'. Y cuando algo me sale mal, entonces voy y le echo la culpa a él: 'Jo, qué fresco eres, podías haberme avisado, qué poco fundamento'. Así suelo hablar muchas, muchas veces".

Esa intimidad compartida entre el Cielo y la Tierra es la consecuencia lógica de una relación estrechísima que se inició el 2 de febrero de 1969 en Ohárriz, en un noviciado de monjas. Reyes había acudido desde Amezketa, su localidad natal, para asistir a la profesión solemne de dos amigas suyas. José Javier trabajaba entonces de taxista y había llevado al convento a una familia de Leitza cuya hija también hacía los votos. Llegó el momento de regresar y Reyes perdió el autobús que le hubiese conducido a San Sebastián a tiempo de coger el tren a Tolosa. Estaba desconsolada. José Javier se ofreció para llevarla hasta Leitza, pero ella ni siquiera sabía si la localidad estaba cerca o lejos de su casa. Así que el joven taxista le dijo que no se preocupara, que la trasladaría hasta Amezketa después de dejar en Leitza a sus pasajeros. Un año después ya estaban casados.

Los primeros años del matrimonio no fueron nada fáciles. Se instalaron inicialmente en el caserío Basakabi, donde vivía la madre de José Javier, que era viuda. Él había aprendido a hacer fotos mientras cumplía el servicio militar en Melilla y a la vuelta, a la vez que trabajaba con su hermano en la gasolinera de Leitza, empezó a hacer algunos reportajes de bodas. Reyes aprendió a revelar en Tolosa y así pudo ayudar a su marido. Aprovechando un bloque de pisos que se construyó en el pueblo se trasladaron a vivir allí.

La llegada de los tres hijos agudizó las necesidades. José Javier trabajó un tiempo en una autoescuela, pero en el pueblo se abrió una segunda y el negocio fue a menos, hasta el punto de que el cabeza de familia se vio abocado al paro. Hubo una temporada en la que se dedicó a repartir pienso por los caseríos de Irún, con un cuñado. En 1982, Reyes le animó a buscar un local y a abrir una tienda de fotografía en condiciones. Hasta entonces atendían los pedidos en casa, en un cuarto piso sin ascensor. La iniciativa del comercio fue cuajando poco a poco y la familia pudo incluso disfrutar de algunas vacaciones compartidas: se

metían los cinco en una furgoneta y se iban a Peñíscola, prescindiendo de hoteles, apartamentos o campings. Aparcaban donde mejor les parecía, y allí se quedaban.

La relación de José Javier con UPN fue más bien tardía. Él siempre había manifestado inquietud por las cosas del pueblo, pero sin relacionarse con ningún partido. Uno de sus hermanos, Rafael, colaboraba en cambio con la Unión Independiente de Leitza, un colectivo que pretendía ofrecer un contrapunto a la mayoría nacionalista de la localidad. Pero ocurrió que a Rafael Múgica le diagnosticaron un cáncer: la enfermedad fue avanzado de forma inexorable y, ya muy consumido, pidió a su hermano José Javier que echara a una mano en su nombre a los de la Unión Independiente de Leitza.

Llegaron así las elecciones municipales de 1999, las primeras que se celebraban en 24 años de democracia sin la presión de los atentados de ETA. El grupo había decidido no presentarse, pero algunas personas de Leitza les animaron. Les sugirieron incluso que lo hiciesen con UPN: de ese modo tendrían el respaldo de una organización sólida para paliar su inexperiencia. No hubo demasiados voluntarios para formar parte de la lista y José Javier Múgica acabó ofreciendo su nombre. Y su vida, según se vio después. Reyes le había comentado en alguna ocasión que prefería que no se presentara: que colaborase con ellos, pero desde fuera del ayuntamiento. Cuando su marido le comunicó el paso que había dado, reaccionó con tranquilidad: “Chico, qué le vamos a hacer”, le dijo. Y añadió dos palabras que encerraban todo un mundo de sentimientos e intuiciones: “Ten cuidado”. Poco después, José Javier se convirtió en uno de los dos primeros concejales de UPN de la historia de Leitza.

La actividad municipal discurrió por el cauce más o menos previsto — propuestas, debates, plenos, votaciones... —, pero en seguida fue sumando otros ingredientes... igualmente previstos. El edil procuró ocultar a su mujer los insultos, las pintadas, los comentarios y cualquier otro incidente que le pudiera preocupar, pero Reyes se enteraba muchas veces por terceras personas.

La presión subió de grado cuando en agosto del año 2000 les quemaron la furgoneta. “Pienso seguir como concejal en el ayuntamiento”, dijo entonces José Javier. Unos días después del atentado se presentaron en el domicilio familiar dos personas de Herri Batasuna a decir que lo sentían. Reyes los pasó a la cocina y se encaró con ellos: “¡Pero cómo podéis venir a decirme que lo lamentáis!”. Aquel día se acostó con el convencimiento de que había dado un paso más frente a la injusticia.

A la mujer de José Javier Múgica también le impresionó mucho el asesinato de Juan María Jáuregui en la cercana localidad de Legorreta. Jáuregui, de filiación socialista, había sido delegado del Gobierno en el País Vasco. ETA estrechó el cerco sobre él al concluir su mandato, pero pudo poner tierra de por medio gracias a un trabajo que le ofreció el gobierno en Aena, la empresa que gestiona los aeropuertos españoles. Durante sus estancias en Perú, visitó en más de una ocasión a una hermana monja que Reyes tiene allí. “Yo estuve con la cabeza gacha hasta que mataron a Jáuregui”, confesó en una entrevista. “Me reventé de llorar cuando lo asesinaron. Lloré, lloré y lloré. Fue como si me hubiese estado aguantando durante años. Desde entonces hablé con más soltura de las cosas que

me parecían mal". Aquel día también decidió que si a su marido le pasaba algo alguna vez, se llevaría las cenizas a casa.

Es difícil vivir un día y otro sobre el filo de la guadaña. Como Jesús Ulayar veinte años antes, José Javier Múgica tuvo que acostumbrarse a la posibilidad real de ser eliminado por los terroristas. Miraba minuciosamente su furgoneta antes de meterse en ella y arrancarla, pero sabía que esa precaución no cerraba todas las puertas. Reyes también se habituó a convivir con la amenaza, incluso pensaba a veces dónde lo matarían: en el ayuntamiento, en la tienda, al salir de casa...

El 11 de julio de 2001, el matrimonio decidió tomarse unos días de descanso en el Balneario de Fitero. Les habían hablado del sitio y tenían ganas de conocerlo. Fueron poco más de 48 horas, pero les sentaron muy bien. Coincidieron con el diputado Jaime Ignacio del Burgo, a quien ya conocían. Charlaron amigablemente, pero apenas hablaron de política. El segundo día fueron a misa y José Javier sacó a relucir su magnífica voz de barítono para dedicar a la Virgen una de sus canciones preferidas. Aún se acercaron después a rezar ante la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, y de nuevo se despidieron de ella cantando. Al concejal de Leitza le gustaba mucho cantar. En la última boda a la que acudió como fotógrafo descubrió que no había coral. Le pareció un poco triste, así que después de tomar las imágenes se situó en una esquina del templo e interpretó varias piezas.

Volvieron a Leitza el 13 de julio, viernes, ya de noche. El sábado, Reyes Zubeldia y su marido desayunaron juntos a eso de las 9.45 horas. Al terminar, José Javier Múgica le dio a su mujer un beso y una palmada cariñosa, y salió de casa para dirigirse a la tienda de fotografía. Solían ir juntos al establecimiento, pero Reyes tenía un montón de ropa para meter a la lavadora y prefirió quedarse en casa. Se entretuvo un poco en la cocina mientras él descendía los cuatro pisos por la escalera. En un momento dado, pensó: "Voy a asomarme para ver cómo se monta en la furgoneta y se va". Se dirigió por el pasillo hacia la ventana y fue entonces cuando se produjo la explosión. No tuvo ninguna duda. Cuando miró al exterior, vio el cuerpo de José Javier junto al vehículo, que aún no había empezado a arder.

Aquel momento dividió en dos la existencia de Reyes Zubeldia. A pesar del dolor inacabable, tanto ella como sus hijos mantuvieron una admirable entereza en las horas y en los días siguientes al crimen. Asistieron al funeral y al entierro, y participaron en la multitudinaria manifestación que se celebró en Pamplona el lunes 16 de julio. Aquel día, en la Plaza del Castillo, la viuda de José Javier Múgica recibió una agradable sorpresa al ver a un grupo que se había desplazado desde Leitza con su propia pancarta: "Yo decía: ¡Pero ha venido ésta, y aquella, y la otra...! Me alegré mucho". Sólo habían pasado 48 horas y algunas cosas ya estaban empezando a cambiar. También se le quedó muy grabado el pleno que se celebró en el ayuntamiento, incluida la pequeña discusión para que se descubriese la imagen del Sagrado Corazón, como le hubiese gustado a José Javier. Fue en aquellos días cuando aseguró que pensaba seguir paseando por Leitza con la cabeza bien alta.

No tardó en retomar sus recorridos diarios hasta Gorritzarán, tres kilómetros de ida y otros tres de vuelta, una oportunidad ideal para reflexionar a solas, para rezar y para hablar con su marido. Algunos vecinos del pueblo con los que hasta entonces no había tenido una relación demasiado fluida se acercaban para saludarla y para charlar con ella, aunque no se le ocultaba que otros muchos no lo hacían por lo que pudiera pasar(les): “La gente me apoya con un saludo, con un roce, con pequeños gestos que agradezco muchísimo”, explicó en una entrevista. “Pero yo sé que hay gente a la que le gustaría venir y hablar conmigo y no lo hace por miedo. Hubo una persona que un día me dijo: ‘En lugar de ir por ese camino, ¿por qué no vamos por este otro?’, como diciéndome, ‘vamos a hablar un poquito, pero de forma discreta’. La gente tiene mucho miedo”. Eran los mismos que le compraban estufas a Jesús Ulayar o a sus hijos para lavarse la conciencia, para sentirse mejor.

Ella no ha tenido miedo para dirigirse a los concejales de Euskal Herriarrok o a quien considerase oportuno. Un día que pasó por el ayuntamiento descubrió que la imagen del Sagrado Corazón seguía tapada. Se lo dijo a un responsable del consistorio y éste le explicó que se estaban haciendo obras y que la habían cubierto para que no cogiese polvo. “Dile al alcalde que, si es por eso, ya vendré yo todas las semanas a quitarle el polvo, pero el Sagrado Corazón, que se vea”, le respondió Reyes.

Fue relacionándose además con otras víctimas de ETA y empezó a acudir a actos contra el terrorismo y a favor de la libertad. Estuvo en varias mesas redondas que se celebraron en Pamplona, viajó a Madrid para acompañar a los Caballero en el juicio contra los asesinos de Tomás, asistió como invitada a la investidura de Miguel Sanz, visitó con sus hijos el Parlamento Europeo y fue recibida por diversos representantes comunitarios, participó en la manifestación que siguió al doble crimen de Sangüesa... Muy especialmente, siguió en primera fila todos los acontecimientos posteriores a la muerte del guardia civil Juan Carlos Beiro, asesinado en Leiza el 24 de septiembre de 2002.

Alguna vez le han preguntado por su talante, por su sonrisa, por su reacción tan decidida. Ella siempre ha respondido con naturalidad: “Yo creo que he salido de esto sin más, sin pensar en otras personas. He salido porque tenía que salir. Mucha gente me dice que a ver qué tengo por dentro para estar así. Y es que la fuerza me sale de dentro, lo que hago es hablar con él, pasear muchísimo y rezar. Rezar en serio. Me ayuda mucho”.

De alguna manera, Reyes Zubeldia ha recorrido en pocos meses el itinerario que otras víctimas del terrorismo y tantísimos ciudadanos han completado lentamente a lo largo de años, incluso décadas. Y algo similar cabría decir de algunos de sus paisanos. Un día después del asesinato de José Javier Múgica, un grupo de vecinos se concentró en silencio junto al ayuntamiento. No eran demasiados, pero su iniciativa adquirió una continuidad que hubiera sido impensable unos años antes. Desde entonces, cada atentado de ETA ha tenido en Leiza su concentración de condena. Fue especialmente sentida la que siguió a la muerte del guardia civil Juan Carlos Beiro, el 24 de septiembre de 2002. El agente estaba destinado en la casa cuartel de la localidad – un edificio desaliñado y triste que nunca obtuvo permiso del ayuntamiento para hacer reformas – y murió al

estallar una bomba que los terroristas habían escondido junto a una pancarta, en las afueras de la localidad. Era asturiano, tenía 32 años y dos hijos mellizos de cinco. Veinticuatro horas después de la explosión, al mediodía, cincuenta personas se reunieron en la plaza con una pancarta que contenía un lema sencillo y directo: "Leitza y Navarra por la libertad". El mensaje estaba escrito en castellano y en euskera. Sobre las cabezas de los manifestantes ondeaban la ikurriña y la bandera de Navarra colocadas en un balcón del ayuntamiento. Ninguna de ellas estaba a media asta. Después de unos minutos de silencio, Juana Sagastibelza, vecina del pueblo, dirigió el rezo del Ángelus y de un padrenuestro. A continuación, de manera espontánea, los concentrados se dirigieron hasta el cuartel de la Benemérita para dar el pésame a los compañeros del cabo Beiro. Los tres guardias que se encontraban junto a la puerta los recibieron emocionados. Por una de las ventanas se veía el rostro de una mujer que lloraba en soledad.

La estampa de aquel grupo apiñado junto a una pancarta pasó a convertirse en un emblema de la situación. "Los 50 de Leitza" fue la expresión que compartieron varios comentaristas para intentar reflejar el ambiente de un pueblo de casi 3.000 habitantes que no había sido capaz de echarse a la calle para llorar a un hombre asesinado. "El 90% de los vecinos no aprueba lo ocurrido, pero tienen miedo, no se atreven a hablar", explicó Silvestre Zubitur, concejal de UPN en el ayuntamiento. Con todo, aquellos 50 que terminaron su reunión rezando el Ángelus fueron el embrión de una realidad que hoy ya forma parte de la vida del pueblo.

Otro capítulo importante en la historia reciente de Leitza fue el que se abrió con las elecciones municipales de 2003. UPN obtuvo la victoria en las urnas, aunque el mayor porcentaje correspondió a los votos nulos que había reclamado la ilegalizada Batasuna. Uno de los concejales regionalistas que se incorporaron al ayuntamiento fue Daniel Múgica Zubeldia, el segundo de los hijos de José Javier. Fue un relevo casi natural. En una entrevista que le hicieron 48 horas después de la muerte de su padre, Daniel contó que se ya se había consolidado en su interior un nuevo hábito: el de preguntarse antes de tomar una decisión qué hubiese hecho él. Esa brújula le condujo dos años después a ocupar el escaño que las balas de ETA habían querido dejar vacío.

Unas semanas después de su toma de posesión se celebró un acto en el pueblo con motivo del segundo aniversario del atentado. Hubo una misa en la parroquia de San Miguel y una ofrenda floral en el lugar del crimen, junto al domicilio familiar. Después de escuchar los *bertsos* de Pello Urquiola, Daniel Múgica resumió con unas palabras sus sentimientos y los de su familia: "Hay personas que nos han arropado muchísimo, personas que no nos conocían, con las que apenas teníamos contacto, y que ahora nos saludan y nos miran. Sólo con eso notamos que están con nosotros. Sabemos que la gente sigue teniendo miedo, pero poco a poco se va venciendo el miedo. Eso se vio en las elecciones".

La realidad encerrada en esas frases le confortó de algún modo el 24 de enero de 2004 mientras caminaba junto a su madre por las calles de Etxarri Aranatz. Al pueblo de los Ulyar aún le quedaba en cambio un largo camino por recorrer.

MARÍA CABALLERO EL COMPROMISO DE LAS VÍCTIMAS

El 24 de enero de 2004 María Caballero fue la primera en intervenir desde el quiosco de Etxarri Aranatz. Llovía un poco y había oscurecido por completo cuando se acercó al micrófono para dirigirse a las dos mil personas que llenaban la plaza. La casa de los Ulayar en la calle Maiza había quedado repleta de manos blancas y los contenedores que el ayuntamiento colocó en el lugar del crimen descansaban por primera vez en otro lugar. La jornada se había ganado ya el apellido de "histórica". "Buenas tardes y muchas gracias por haber respondido a este llamamiento de Libertad Ya", fueron sus primeras palabras. "Este es un acto de afirmación ciudadana en el que todos los que estamos aquí hemos venido a título personal. A todos, muchas gracias".

María Caballero explicó a continuación cuál es la naturaleza de la plataforma ciudadana que había convocado el homenaje: "Libertad Ya es un colectivo plural. Nuestro nombre es un grito para todos y en todas partes con el fin de poder pensar, militar, trabajar, hablar en libertad. Denunciamos las amenazas, chantajes, silencios y las mentiras que alimentan la violencia, y nos gusta la sociedad plural y respetuosa con el otro. Es un grito contra ETA y contra sus cómplices. Es un grito que invita a la reflexión, al compromiso, a la movilización ciudadana".

Y reveló el sentido de los actos que se estaban llevando a cabo en el corazón de la Barranta: "Hoy nuestro grito quiere honrar la memoria de dos personas: Francisco Berlanga, que murió desactivando una bomba en Pamplona el 2 de enero de 1979, y Jesús Ulayar, que cayó vilmente asesinado en este pueblo el 27 de enero del mismo año. Queremos tratar de llevar a sus familias el cariño y apoyo que no les transmitimos en su día".

Muy pocos de los que aplaudieron sentidamente sus palabras conocían los detalles del itinerario que había llevado a María Caballero hasta la plataforma de aquel quiosco. Podían saber, sí, que era hija de Tomás Caballero Pastor, concejal de UPN en el Ayuntamiento de Pamplona, asesinado el 6 de mayo de 1998, pero difícilmente imaginarían el alcance de su compromiso con la libertad. La muerte de su padre le dio la condición de víctima y reforzó la herencia de valores y actitudes que había recibido en casa, pero su recorrido hacia Etxarri Aranatz había empezado mucho antes.

Alguna vez ha contado que en los recuerdos más lejanos que conserva de su padre, éste ya aparece vinculado a la actividad sindical y política. De hecho, María sólo tenía tres años cuando Tomás Caballero accedió a la presidencia del Consejo de Trabajadores en 1967. Cuando en 1971 se incorporó como concejal al Ayuntamiento de Pamplona, ella iba a esperarle al zaguán de la casa consistorial al terminar sus clases de música en Los Amigos del Arte. El edificio municipal "nunca tuvo misterios" para la joven colegiala.

Siendo adolescente se acostumbró a ver a su padre ocupado, exprimiendo el tiempo, pero nunca le echó en falta: las múltiples obligaciones del concejal no

le impidieron estar muy encima de las cosas de sus hijos, de sus notas escolares, de sus inquietudes. Eran años agitados y difíciles, la política y la calle estaban en continua ebullición, y María Caballero sonrío al volver ahora sobre las sentadas y las huelgas de sus tiempos de instituto, y al recordar cómo su padre le preguntaba por las razones de aquellas iniciativas para obligarle a enfrentarse consigo misma y a ser consecuente con sus ideas y decisiones. Cuando en 1977 se convocaron las primeras elecciones democráticas, María ya había cumplido catorce años y ayudó a su padre a pegar carteles del Frente Navarro Independiente y a meter en sobres la enardecida propaganda electoral de la época. “Siempre estuve muy convencida de su honradez personal y nunca me cuestioné lo que hacía, tampoco cuando en 1995 decidió volver a la política y se presentó con UPN”, explicó en una entrevista. “En el fondo, la vida de mi padre no nos pertenecía sólo a nosotros”, añadió. “Tenemos muy claro que no murió por ser nuestro padre y por querernos, sino por darse a su ciudad del modo en que lo hizo, por quererla tanto”.

El 6 de mayo de 1998, María se incorporó como cualquier otra jornada a su puesto de auxiliar administrativa en el Área de Urbanismo del Ayuntamiento de Pamplona. Su padre había llegado dos días antes de Japón. Había hablado con él la víspera, y no sería difícil retomar la conversación en algún receso de la mañana: le bastaría con bajar del cuarto piso al tercero, donde entonces se encontraba el despacho del grupo municipal de UPN. Sin embargo, el encuentro resultó imposible. Llevaba algo más de una hora en su oficina cuando le llamaron por teléfono para decirle que a su padre le había pasado “algo”. De forma casi maquinal, salió de la casa consistorial, cogió el coche y se dirigió al Hospital de Navarra. Su madre y sus hermanos ya se encontraban allí. Los médicos aún trataban de reanimar a Tomás Caballero, pero todos los esfuerzos fueron inútiles: unos minutos después anunciaban su fallecimiento.

En la intervención que pronunció en Etxarri Aranatz el 24 de enero de 2004 latían sus convicciones, sus recuerdos, su dolor de huérfana, casi podría decirse que todo su pasado. “Los que somos víctimas más recientes –explicó– hemos recibido el calor de gentes que, cuando ocurrieron los atentados que ETA causaba en aquellos inicios de la democracia, no tuvieron oportunidad, valor, u ocasión de expresarlo. Y estamos seguros de que esas muestras de condolencia y de cercanía eran extensivas a todas las víctimas. Y a vosotros también os corresponde. Hoy, con la dignidad social más alta somos capaces de transmitir a las personas que sufren estas atrocidades que su dolor es el nuestro. Que sepan que estas muertes no han sido en vano, que siempre estarán en nuestra memoria porque las víctimas dan sentido a nuestra libertad recuperada. Una libertad que se extiende, que se afirma y que crece llenando vacíos de otros tiempos”.

Las últimas frases guardan una relación estrecha con el origen y la trayectoria de Libertad Ya, una iniciativa en la que María Caballero ha tenido mucho que ver. Inspirado en Basta Ya y en otros movimientos ciudadanos que se articularon en el País Vasco tras el asesinato de Miguel Ángel Blanco en 1997, el colectivo se ha convertido en la voz de muchas conciencias quizá adormecidas o perezosas.

Si hoy las peñas de Pamplona recuerdan en un comunicado a Germán Rodríguez, muerto de un disparo en los Sanfermines de 1978, Libertad Ya prepara un artículo en el que recoge los detalles de todos los atentados mortales perpetrados por ETA en Navarra, citando por su nombre a las 40 personas que tampoco podrán disfrutar de las fiestas y que nunca serán homenajeadas por las peñas.

Si con ocasión del fin de año los comercios y las instituciones envían calendarios llenos de buenos deseos e imágenes felices, Libertad Ya distribuye miles de ejemplares del suyo, para que haya muchas personas que siempre tengan a mano –en casa, en el lugar de trabajo– el recuerdo de todos aquellos a quienes el terrorismo eliminó de la faz de la tierra.

Si las víctimas han padecido una desatención de varias décadas que ya no tiene remedio, Libertad Ya trata de amortiguar un poco su dolor y organiza homenajes de recuerdo a los muertos al cumplirse el vigésimo quinto aniversario de los crímenes.

Si en Leitza o en Andoáin o en Berriozar se convoca una concentración por la paz, Libertad Ya se moviliza para reforzar la iniciativa. Y si hace falta acudir a Madrid para arropar a una familia en el juicio contra los etarras que asesinaron al padre o al marido, se contrata un autobús y se atraviesa media España de madrugada para llegar a la Audiencia Nacional a la hora prevista.

Si hasta la última asociación dispone hoy de un sitio *web* para darse a conocer y ofrecer un lugar virtual de encuentro a los interesados, Libertad Ya diseña el suyo y ofrece a quien lo desee artículos, reflexiones, noticias, documentos y enlaces sobre la paz, el terrorismo o la respuesta ciudadana a la violencia.

Es fácil adivinar que cualquiera de las iniciativas descritas exige una importante suma de esfuerzos. La que concluyó el 24 de enero de 2004 en Etxarri Aranatz estuvo precedida por un sinfín de reuniones, llamadas, propuestas, viajes, artículos, permisos, sugerencias, sobresaltos y algunos disgustos. El resultado mereció la pena. “Sólo el homenaje a Jesús Ulayar que hemos celebrado hoy ya justifica la existencia de Libertad Ya”, se le escapó aquella noche a uno de los veteranos del colectivo.

Pero hubo más. Quince días después de lo de Etxarri, como ya se ha relatado en otro lugar de estas páginas, se contrató un autobús para viajar a Andoáin, al homenaje que se le tributó a Joxeba Pagazaurtundua con motivo del primer aniversario de su asesinato. En el trayecto de regreso, en la improvisada tertulia que unió a los pasajeros de ambos lados del pasillo, se barajó la opción de organizar una comida para reunir a miembros de las plataformas ciudadanas que funcionan en el País Vasco y en Navarra. La idea cuajó enseguida: hasta entonces, la mayoría de los encuentros habían tenido lugar en funerales, manifestaciones, juicios o actos en memoria de algún asesinado. Esta vez se trataba de promover algo más festivo, una cita sin ninguna excusa cronológica que sirviese para descansar, para estrechar lazos y para pasar un rato agradable.

Los detalles se fueron perfilando en las semanas siguientes y la convocatoria quedó fijada finalmente para el 24 de abril, sábado, en la localidad de Olite. Los atentados del 11 de marzo en Madrid deshicieron el entusiasmo de los

promotores, pero después de algunos vaivenes se decidió mantener el proyecto, aunque eliminando del programa los bailables de la sobremesa.

El encuentro fue un éxito total. Los doscientos asistentes recibieron la bienvenida de la alcaldesa de Olite, la socialista Mari Carmen Ochoa, en el salón de plenos del consistorio. “Estamos orgullosos de acoger una reunión como ésta y podéis contar con nosotros para lo que queráis”, les dijo. A continuación, todos se dirigieron a la bodega cooperativa Vega del Castillo, donde se celebró la comida.

Aquel almuerzo tuvo mucho de símbolo: repartidos en tres mesas larguísimas, los comensales ofrecieron una representación elocuente de las personas y las tendencias tan aparentemente dispares que se han ido uniendo en los últimos años frente al terrorismo de ETA. Había algunas víctimas de la banda armada: tres de los cuatro hermanos Ulayar, la viuda de Tomás Caballero y varios de sus hijos, las viudas de los dos policías nacionales asesinados en Sangüesa el 30 de mayo de 2003 o Reyes Zubeldia, viuda de José Javier Múgica. Junto a ellos, distribuidos sin orden ni concierto, se sentaron sindicalistas de UGT y de CCOO vapuleados en mil peleas laborales antes y después de morir Franco, concejales de distintas localidades navarras, militantes de partidos diversos, algunos periodistas, miembros del colectivo Vecinos de Paz de Berriozar, catedráticos de la UPV como Aurelio Arteta, sacerdotes como Jaime Larrínaga — ex párroco de Maruri —, profesores de instituto, amas de casa, viejos comunistas curtidos por años de clandestinidad, regionalistas de Leitza, socialistas de Ermua, escritores, médicos, bertsolaris y un largo etcétera. Hubo un rincón del improvisado comedor que condensó de modo especial la heterogénea procedencia de los asistentes: lo ocupaban Loyola de Palacio, comisaria europea, destacada militante del PP, y, uno a cada lado, Patxi Iturrioz y Eduardo Uriarte, antiguos miembros de ETA. Patxi Iturrioz fue el líder del frente obrero de la banda hasta la celebración de la quinta asamblea, en 1966, cuando el sector más nacionalista del colectivo lo expulsó bajo la acusación de “españolista y antivasco”. Teo Uriarte fue uno de los 16 militantes que se sentaron en el banquillo durante el Proceso de Burgos, en 1970, acusados de haber participado en el asesinato del inspector Melitón Manzananas. El tribunal militar lo condenó a dos penas de muerte, finalmente conmutadas por la de cadena perpetua. Se benefició de la amnistía posterior a la muerte de Franco, fue uno de los artífices de la disolución de ETA político-militar y acabó en Euskadiko Ezkerra, que a su vez se unió al PSE. Hoy es doctor en Periodismo con una tesis sobre el tratamiento informativo del terrorismo.

Cuando a los postres María Caballero se hizo con el micrófono para recordar el sentido de la reunión y para animar a los presentes a exponer sus reflexiones, difícilmente pudo hacerse cargo de los caminos tan dispares que habían conducido hasta allí a semejante concurrencia. Sin embargo, si su padre le hubiera preguntado por qué estaba allí, como hacía en los tiempos lejanos del instituto, la respuesta hubiese estado clarísima.

Tampoco tuvo dudas el 24 de enero de 2004, cuando presentó una jornada llamada a aparecer en los libros de historia. Lo de aquel día en Etxarri Aranatz fue un capítulo más en su trayectoria, pero también añadió unas líneas — con su

caligrafía— a los párrafos escritos previamente por Jesús Ulayar, por Tomás Caballero, por tantos otros.

IÑAKI ARTETA LAS VÍCTIMAS EN EL OBJETIVO

El 24 de enero de 2004, Iñaki Arteta no fue un asistente más. Acudió a Etxarri Aranatz animado por las mismas o parecidas razones que muchos otros de los que ya han desfilado por estas páginas, pero él fue también a trabajar: casi podría decirse que vivió lo sucedido aquel día a través del objetivo de su cámara de vídeo. Alfonso Galletero, su fiel guionista, tuvo serias dificultades para taparle con el paraguas y evitar que una gota inoportuna desdibujase las imágenes. Iñaki Arteta no quería perderse ninguna: el dolor y la emoción reflejados a la vez en los rostros de los hermanos Ulayar, la mirada perdida de un joven estudiante que en 1979 aún no había nacido, las lágrimas que se deslizaban silenciosamente por el rostro de un concejal curtido en mil batallas plenarias, las manos vigorosas que dejaban su rúbrica blanca en la fachada de la vieja casa familiar... Aquellas escenas y aquellos gestos formaban parte de su trabajo, sí, pero el empeño que le movía a la hora de filmarlos trascendía por completo el estricto contenido de su profesión.

En realidad, no es fácil separar la profesión de Iñaki Arteta del resto de su biografía, al menos en estos últimos años: ha comprometido de tal modo su vida y su oficio con las víctimas del terrorismo que los Ulayar y muchos otros lo tienen inevitablemente asociado a una cámara de cine.

La puesta de largo de su compromiso se tituló "Sin libertad": fue un cortometraje que Iñaki Arteta llevó a cabo por un deseo "ciudadano" de situarse frente al terrorismo. "¿Por qué posicionarse?", le preguntó el periodista Ruperto Mendiry en una entrevista. Su respuesta encierra la clave de su presencia en Etxarri Aranatz y de casi todo lo demás: "Es un compromiso que debería adquirir cada ciudadano en este país. El problema del terrorismo, de que maten a cualquier vecino nuestro, es algo que nos tendría que afectar a todos. La solidaridad tiene que empezar por la gente cercana. Todos tenemos cierto espíritu solidario, pero muchas veces lo canalizamos con problemas distantes geográficamente".

Él no se alejó demasiado de su tierra vizcaína para encontrar las historias que le permitieron moldear "Sin libertad". Todos los entrevistados eran vascos como él, aunque no conocía personalmente a ninguno. Su inquietud vital y su concienzudo trabajo acabaron alumbrando un documento estremecedor en el que las viudas, los perseguidos, los escoltas, los disidentes, los mutilados o los pensadores se unen de forma improvisada en una sinfonía trágica que resume con elocuencia el pasado y el presente. El corto fue premiado en Nueva York entre 4.000 cintas y se proyectó en Hollywood, donde algunos espectadores acostumbrados al glamour y al boato que arrastra el cine en aquellas latitudes se revolviéron inquietos en sus butacas al descubrir que también en Europa podían encontrarse injusticias perfectamente contemporáneas.

Al director le impresionó de manera especial el testimonio de Inmaculada Iruretagoyena, hermana de José Ignacio, concejal del PP en Zarautz, asesinado el

9 de enero de 1999. Ella ocupó después un escaño en el mismo ayuntamiento y podría haber engrosado la lista de víctimas de ETA si llega a hacer explosión la bomba que los terroristas habían colocado en un panteón próximo al de su familia. Después se supo que pretendían haberla activado durante el homenaje que familiares, amigos y miembros del PP tributaron al difunto en el tercer aniversario del crimen. A Iñaki le llamó la atención la forma en que Inmaculada había interiorizado un sufrimiento tan grande y el modo de expresarlo mientras le miraba a los ojos.

Ha oído historias muy duras en los últimos años. Algunas las ha rescatado él mismo de un olvido en el que languidecían desde hacía décadas. En el cortometraje aparece María del Mar Negro, hija de Alberto Negro, un trabajador de la central nuclear de Lemóniz que murió el 17 de marzo de 1978 al estallar la bomba que los etarras lograron colocar en el interior del recinto. María del Mar hizo una reflexión ante las cámaras que los hermanos Ulayar probablemente hubiesen suscrito: "Cuando tú sufres un atentado, ya estás tocado para siempre. Cuando después hay otro atentado, te da lo mismo quién sea el muerto. En eso te vuelves mucho mejor, mucho más limpio, porque ya no haces ninguna diferencia para nada, sólo ves una persona más que han matado". También entrevistó a Arrate Zurutuza, viuda de Luis Domínguez, enterrador de Vergara, asesinado el 25 de enero de 1980. La mujer relató con entereza cómo lo mataron: "Le estaban esperando al lado de la puerta del cementerio. Le llamaron por su nombre y él intentó meterse en unos jardines que hay al lado. Le pegaron un tiro en la rodilla. Al caer cayó de rodillas, y luego le cogieron por los pelos de la cabeza y le pegaron seis tiros". El periodista "exiliado" José María Calleja, presente en Etxarri Aranatz el 24 de enero de 2004, fue otro de los protagonistas de "Sin libertad". Sus palabras fueron a la vez una experiencia personal y un balance del conjunto de las 25 historias: "A las víctimas del terrorismo primero se les insulta, luego se les asesina, y luego se les vuelve a insultar. Algo que como ya sabemos y la historia nos demuestra, hicieron perfectamente los nazis".

Iñaki Arteta conoce el alcance de las afirmaciones transcritas porque ha convivido y convive de forma estrecha, casi familiar, con muchas víctimas, pero también porque ha padecido en primera persona algunas consecuencias de la presión ambiental que viene imponiendo el nacionalismo en el País Vasco: el estreno de "Sin libertad" le dejó a él sin trabajo en la Diputación Foral de Vizcaya. "Duele que dejen de hablarte los que no han visto tu trabajo", ha dicho alguna vez.

En la revista *Papeles de Ermua* le hicieron una ajustada semblanza en un puñado de líneas: "Iñaki Arteta es un rebelde con causa: tolera mal la injusticia, los prejuicios, el olvido, la mentira, el cinismo, la ingratitud... Es un vasco recio y risueño que no se engaña ante la realidad, por eso quiere cambiarla: no cejará hasta conseguir doblegar a quien tiraniza a su tierra y a sus gentes (...). Es de los que se asfixian sin libertad".

Consciente de que su cortometraje sólo recogía una parte mínima del dolor causado por ETA, decidió sumergirse del todo en el subsuelo del pasado reciente para dar voz a quienes habían estado arrinconados y silenciados durante años. Fue entonces cuando conoció a los Ulayar. Alguien le habló de ellos y él se

documentó y les llamó. La sintonía fue casi total desde el primer momento. Con su historia y con las de otras quince familias, el director de cine estuvo trabajando durante más de dos años en un documental que se titula "Olvidados" y que estaba muy avanzado el 24 de enero de 2004. Para entonces, Iñaki Arteta había establecido ya una relación sólida y amistosa con los cuatro hijos de Jesús Ulayar Liciaga, a quienes un año antes había propuesto visitar los principales escenarios de sus vidas y del atentado que les dejó huérfanos.

El rodaje, sin apenas testigos, se llevó a cabo el 1 de marzo de 2003. El equipo se reunió a primera hora en el hostel Aritzalko con Jesús, José Ignacio, Mari Nieves y Salvador, y cambiaron algunas impresiones antes de dirigirse a la casa familiar. No hicieron falta instrucciones ni ensayos porque todo ocurrió de forma improvisada: apenas unos y otros se habían bajado de sus respectivos coches cuando Salvador ya se había arrancado con el relato de lo ocurrido el 27 de enero de 1979. "Aquí fue donde cayó", dijo, y las cámaras se pusieron en marcha. Grabaron también algunas imágenes en el interior de la vivienda, fría y silenciosa tras largos años de abandono, y se acercaron a media mañana al cementerio, donde los cuatro hermanos depositaron un ramo de flores junto al nicho que contiene los restos de su padre. Con todo, la mayor parte del rodaje se llevó a cabo en casa de uno de los Ulayar, en una larguísima sobremesa que sirvió para desempolvar hasta los más recónditos recuerdos familiares.

Iñaki Arteta no hubiese podido hacer una película así en 1979 porque Jesús Ulayar estaba vivo, pero es que nadie hacía entonces películas sobre las víctimas. Aquel año ETA mató a 84 personas y el anterior se había llevado por delante a 69, pero las dos únicas películas relativas al terrorismo fueron *El Proceso de Burgos*, de Imanol Uribe, y *Operación Ogro*, de Gillo Pontecorvo. La primera recogía el juicio al que fueron sometidos en diciembre de 1970 dieciséis destacados militantes de la ETA de entonces. Se les acusaba de haber participado en distinto grado en el asesinato de Melitón Manzananas. Entre los procesados se encontraban Mario Onaindía, Teo Uriarte, Javier Izko de la Iglesia, Jokin Gorostidi, Gregorio López Irasuegui o los sacerdotes Julen Kalzada y Jon Etxabe. La sentencia incluyó varias a condenas a muerte que acabaron siendo conmutadas, pero la película de Uribe, una de las primerísimas sobre ETA que llegaban a la gran pantalla, recogía además el arrojamiento de los jóvenes activistas ante el tribunal, su valentía, la defensa encendida de su tierra, las estrofas del *Eusko Gudariak* en el interior de la sala... *Operación Ogro*, por su parte, recreaba el atentado que acabó con el almirante Luis Carrero Blanco el 20 de diciembre de 1973. Jon Juaristi tiene escrito que Pontecorvo quiso dejar constancia fílmica de sus propias perplejidades, quizá para no caer abiertamente en un delito de apología del terrorismo. *Operación Ogro*, en cualquier caso, era la segunda película que se rodaba sobre el asesinato del número dos del régimen: en 1977 se había estrenado *Comando Txikia*, de José Luis Madrid. Para entonces circulaba también con profusión el librito *Operación Ogro*, en el que un tal *Julen Agirre* que después resultó ser Eva Forest entrevistaba a los autores del magnicidio.

El apunte histórico permite improvisar algunas conclusiones: seis años después del magnicidio, los miembros del *comando Txikia* ya habían protagonizado dos largometrajes, mientras que Jesús Ulayar y las otras 800

víctimas de tantos y tantos comandos han tenido que esperar varias décadas para que alguien los recordase en el celuloide. El primer título serio fue *Asesinato en febrero* (2001), de Eterio Ortega, producida por Elías Querejeta, una historia construida a partir del atentado que costó la vida a Enrique Buesa y a su escolta, el ertzaina Jorge Díaz Elorza.

Iñaki Arteta va a encargarse de remediar ese olvido. Quizá lo haya hecho ya cuando se publiquen estas líneas. El cortometraje "Sin libertad" se proyectó en Pamplona el 6 de mayo de 2002 con ocasión del cuarto aniversario de la muerte de Tomás Caballero. A su autor le hubiese gustado que el 24 de enero de 2004 los asistentes al homenaje a Jesús Ulayar hubiesen visto un adelanto del largometraje: la parte relativa a la familia. Lo tenía todo preparado e incluso había incluido en la banda sonora un *aurresku* típico de Etxarri que José Ignacio le hizo llegar a última hora. Pero las escasas facilidades que dio el ayuntamiento les dejaron a él y los organizadores de los actos sin un lugar apropiado para la proyección. A cambio, volvió a echarse la cámara al hombro, quizá para tener constancia fílmica de que la historia de los Ulayar sufrió un definitivo punto de inflexión aquel sábado lluvioso de enero.

OTROS MILITARES, SINDICALISTAS, PROFESORES...

Hacía muchos años que no se veía un uniforme militar por las calles de Etxarri Aranatz. Sin embargo, el 24 de enero de 2004 el general Sierra paseó el suyo con absoluta naturalidad. Era entonces el comandante militar de Navarra, la cabeza visible del Ejército en la Comunidad foral, y quiso estar presente en un encuentro que le sirvió para recordar a Jesús Ulayar y, con él, a todos sus compañeros asesinados por ETA en los treinta años anteriores.

En alguna de las hagiografías de la banda terrorista –que las hay, y abundantes– se explica que ETA ha matado a “casi veinte generales” y se destaca que en ninguna de las guerras que ha afrontado España ha habido semejante número de bajas “de ese nivel”. No se añade nunca que la guerra sólo existe en este caso en la imaginación de quienes se acercan a sus víctimas por la espalda y les disparan mientras se dirigen confiadamente al trabajo o mientras pasean con su familia o mientras esperan a que su semáforo se ponga verde.

José Sierra conoce las circunstancias de varios de esos crímenes y quizá las recordó al avanzar por las calles que fueron el escenario de la dura historia de los Ulayar. Le acompañaban Julia, su mujer, y muchas otras personas que en ningún momento consideraron que su uniforme impecable fuese una provocación o una imposición, como después quisieron hacer creer quienes seguían furtivamente la manifestación desde el interior de sus casas. Durante la misa en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, el general acabó sentado en un banco entre el presidente Miguel Sanz y Maribel, la mujer de Salvador Ulayar. El hijo pequeño de éste, Jaime, de cuatro años, no paraba quieto, y José Sierra le ofreció su gorra para que se entretuviera.

No podía sospechar el veterano militar que un mes y medio después, él adquiriría también la condición de víctima. Lo hizo cuando los atentados del 11 de marzo en Madrid reventaron el cuerpo de su hijo Federico Miguel. Había heredado de su padre la profesión militar, tenía 37 años y estaba curtido por sucesivas misiones de paz en los Balcanes. Él y Leila, su mujer, eran padres de una niña de corta edad.

Salvador Ulayar unió ambos episodios –el homenaje a su padre en Etxarri Aranatz y las bombas del 11-M– en unos párrafos de sus espontáneas memorias: “Cómo sospechar siquiera el infierno que se le avecinaba a la familia de aquel hombre simpático que ofrecía su gorra como juguete. Cómo saber que en pocas semanas iba a ser uno más en nuestra familia de familias víctimas del terrorismo. Conozco poco al general José Sierra y sólo hemos cruzado unas líneas de pésame con motivo del asesinato de su hijo. Cuando nos hemos visto hemos intercambiado cuatro frases, eso sí, muy cargadas de contenido, intensas, verdaderas. Sólo he coincidido con él en tres ocasiones en estos últimos meses, con motivo de algún acto. Sus ojos, su rostro, su disposición, transmiten cordialidad, serenidad y templanza, y permiten intuir un gran hombre. Bueno y recio, de mirada limpia y sólidos cimientos”.

La presencia del general Sierra en Etxarri Aranatz el 24 de enero de 2004 fue significativa, pero aún lo fue más el contraste que ofrecía su uniforme con el origen y la condición de algunas de las personas que caminaban junto a él. En estas páginas han aparecido perfiles muy distintos, pero son sólo una pequeñísima muestra del carácter tan heterogéneo que reunían los asistentes al homenaje a Jesús Ulayar.

A pocos metros del comandante militar de Navarra marchaba por ejemplo Ramón Ibarrola San Martín, veterano sindicalista y, en los últimos años, miembro activo de Libertad Ya. Si en 1971, cuando fue encausado por el Tribunal de Orden Público –el intimidatorio TOP del último franquismo–, alguien le hubiese dicho que la vuelta de los años estaría participando en una manifestación junto a un general del Ejército español, no se lo hubiera creído.

Ramón tenía quince años cuando en 1966 asistió por primera vez a la celebración de un 1 de mayo ajeno a las estructuras oficiales del Sindicato Vertical. La concentración, como cabía esperar, fue disuelta a porrazos por los grises, pero a él le marcó de una manera especial. Se afilió a Comisiones Obreras y en 1971 fue una de las víctimas de la redada masiva que la policía efectuó en Pamplona, un episodio que algunos relacionan con el origen del actual sindicalismo navarro. Más tarde trató de ejercitar y defender sus derechos sindicales en Potasas, de donde le despidieron en 1974.

Fue esa larga trayectoria de lucha sindical la que años después le empujó a comprometerse activamente en la lucha contra el terrorismo, el principal enemigo de la libertad que tampoco había podido saborear en los años de la dictadura. En mayo de 2003, junto a otros siete compañeros de los viejos tiempos, firmó un contundente artículo titulado “Por la democracia y la libertad”. El texto apareció publicado en *Diario de Navarra*. “Partimos del criterio comúnmente compartido –decían– de que la democracia se ha asentado con éxito en toda España, con la única excepción del País Vasco y Navarra. Constatamos que la situación en nuestra comunidad exige cada día de forma más inapelable que todos los demócratas nos posicionemos con claridad en defensa de la misma. Ya no podemos ni debemos permanecer por más tiempo callados. Percibimos que la actual crisis de valores democráticos entre nosotros nos exige desempolvar viejas guerreras y plantarnos de nuevo contra la barbarie y la sinrazón. Nos sentimos en la obligación de expresar con rotundidad que Euskadi y Navarra son la excepción a la democracia en España y en todo el mundo civilizado”.

Apoyaban razonadamente la ilegalización de Herri Batasuna y de la marca electoral que se creó a continuación, recordaban a Tomás Caballero y su muerte a manos de ETA y alentaban a todos a pelear por la verdadera democracia: “Ya no podemos ni debemos mirar para otro lado. Cada día que pasa sin que todos los ciudadanos hagamos lo que esté en nuestra mano, dejamos que unos sobresaltados nos dirijan a empujones al precipicio. Se hace necesario tomar conciencia de que defender lo que tenemos es tarea de todos, de que toca arriesgar algo de nuestra comodidad para defender y mejorar aquello que costó muchísimo esfuerzo y sacrificio conseguir”.

Después de aquello, Ramón Ibarrola aún volvió a empuñar la pluma para recordar a los dirigentes de su sindicato que estaba muy bien manifestarse contra

la guerra de Irak, pero que el Plan Ibarretxe o el asesinato de dos policías nacionales en Sangüesa exigían movilizaciones del mismo o mayor calibre. Descontento por el olvido que habían padecido durante tantos años las víctimas de ETA, presentó incluso una propuesta de comunicado en una reunión de cierta envergadura que Comisiones Obreras celebró en Pamplona. Reconocía en el texto una cierta dejadez en el pasado y animaba a compensarla con un apoyo mayor, pero su iniciativa no tuvo demasiado éxito.

En Etxarri Aranatz, Ramón Ibarrola fue uno de los encargados de pintar de azul claro la fachada de casa de los Ulayar para que los asistentes pudiesen estampar después sus manos blancas. La tarea resultó casi una anécdota en una biografía repleta de carteles, pintadas y pegatinas necesariamente clandestinos.

De todos modos, sus viejas batallas sindicales sonarían a pasado muy lejano en los oídos de algunos de los que dejaron marcadas sus palmas en la pared que él había coloreado: varios ni siquiera habían nacido cuando ETA asesinó a Jesús Ulayar. Caminaron por tanto junto a Ramón Ibarrola o al general Sierra sin saber que las historias individuales de ambos tenían una relación directísima con la Historia que ellos habían estudiado en el instituto.

Entre los jóvenes que acudieron a Etxarri Aranatz había estudiantes y licenciados de la Universidad Pública de Navarra. Algunos pertenecían a Grupo Universitario, un colectivo que se puso en marcha entre el alumnado para hacer frente a la presencia agresiva de Ikasle Abertzaleak, la asociación estudiantil promovida por el nacionalismo radical.

La convivencia nunca ha sido fácil en el centro y hasta el grupo de Gesto por la Paz que se creó durante el secuestro de José María Aldaya se vio obligado a aguantar en muchas de sus citas la correspondiente contramanifestación. Por eso tuvo especial mérito la mesa redonda que Grupo Universitario organizó con Gotzone Mora, acaso el testimonio más emblemático de cómo un centro educativo puede convertirse en un espacio carente de libertad. En la iniciativa de aquel acto tuvieron mucho que ver Eduardo Prieto y David Sáiz. Ambos estuvieron el 24 de enero de 2004 en Etxarri Aranatz, donde pudieron saludar de nuevo a su ponente.

Precisamente, las manos de Gotzone Mora fueron las primeras que *mancharon* el viejo caserón de la calle Maiza. Profesora de Sociología en la Universidad del País Vasco, quizá tuvo tiempo de concluir que aquel pueblo oscuro de la Barranca que acababa de recorrer era una representación a mayor escala del paisaje en el que venía desenvolviéndose su existencia diaria. Hay una anécdota que ha contado en varias ocasiones y que resume bien el tono de sus jornadas en el campus. Fue un día cualquiera, en clase. Había encargado un trabajo a sus alumnos y éstos se lo iban entregando antes de abandonar el aula. Quedaban seis o siete, cuando uno de ellos se acercó y le dijo: "Aquí tiene mi examen, pero además me gustaría explicarle que usted, por ser dirigente socialista, es una enemiga del pueblo vasco, un obstáculo para la independencia de nuestra nación, así que debe ser exterminada". Gotzone Mora terminó de recoger los trabajos, recuperó el sosiego y salió al pasillo, donde la esperaban sus guardaespaldas. El joven que le había dirigido la frase entrecomillada era hijo de

emigrantes. Corrigió su examen como cualquier otro y le puso la nota que creyó que merecía: sobresaliente.

Casada, madre de tres hijos, concejala socialista en el ayuntamiento de Getxo, Gotzone Mora podría haberse guardado para sí ése y otros muchos episodios, pero no, ha preferido darlos a conocer, quiere que sepa cómo es el día a día en algunas facultades del País Vasco. Por la misma razón, ha denunciado de manera repetida y abierta el *impuesto revolucionario* que la UPV paga a ETA concediendo a sus presos todo tipo de facilidades. Puede que Vicente Nazábal, el asesino de Jesús Ulayar, hoy abogado en ejercicio en Pamplona, deba parte de su título a esa fluida relación. En la charla que ofreció en la UPNA invitada por Grupo Universitario, Gotzone relató casos de activistas de la banda que habían superado exámenes y asignaturas de sus carreras estando en paradero desconocido.

Hace un par de años se desahogó con el periodista de *El País* Pablo Ordaz. Sus respuestas desinhibidas aparecieron en un reportaje titulado "¡Vete o calla!" y son un reflejo de lo dura que puede ser una jornada cualquiera cuando se intenta ser consecuente con las propias convicciones, con la libertad: "El rector me ha llegado a decir: 'Te puedes ir a la ciudad que elijas y, si prefieres quedarte en casa, yo te llevo el sueldo'. Le respondí que no, que no quiero pasar a formar parte de la larga lista de exiliados. ¿Cuántos profesores se han ido ya? ¿Veinte, treinta quizá? Y lo peor de todo es que no sólo te afecta en tu vida profesional: tengo amigos que ya no quieren salir conmigo a almorzar, y eso es muy duro. La gente tiene miedo cuando me ve entrar en la facultad con los escoltas, por si ETA decide matarme. No sabe usted cómo siento la soledad. Yo, que soy famosa en la facultad porque hablo hasta con las paredes, me siento abandonada. A veces me gritan. '¡Española de mierda, vete a España!'. El otro día se me plantó delante una alumna y me dijo: 'Se pasa miedo, ¿eh?'. Los escoltas me pidieron con la mirada que no le respondiese y seguí adelante, porque ésa es otra: si les contestas, hasta tus compañeros te afean la actitud y te acusan de estar provocándoles. Esta situación es monstruosa. Me siento un bicho raro. Tengo la sensación de que para muchos el problema soy yo y no ETA".

En Etxarri, aunque sólo fuese durante unas horas, Gotzone Mora pudo compensar sus sinsabores cotidianos con los ánimos y el cariño que le dieron muchos de los asistentes al homenaje a Jesús Ulayar, tan distintos entre sí, pero todos comprometidos de un modo u otro con su misma causa.

Las historias de los que aquel día secundaron la convocatoria de Libertad Ya podrían multiplicar las páginas de este libro y añadir detalles y matices a los acontecimientos descritos, pero lo fundamental fue el deseo compartido de ganar un nuevo espacio para la libertad.

VÍCTOR MANUEL ARBELOA UN PASEO POR ETXARRI

Víctor Manuel Arbeloa participó por adelantado en el homenaje a Jesús Ulayar. El 19 de enero de 2004, cuando aún faltaban cinco días para la cita promovida por Libertad Ya, recorrió las calles y los alrededores de Etxarri Aranatz en compañía de Jesús y José Ignacio, los dos hijos mayores del ex alcalde. La excursión fue a la vez un paseo por el casco urbano, por la historia y por su propia biografía, tan unida siempre a la causa de la libertad. El resultado de la iniciativa se publicó unos días después en las páginas de *Diario de Navarra*.

Escritor, historiador, poeta y político de largo recorrido, alguna vez ha transcrito las palabras que pronunció su admirado Václav Havel al recibir el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Nueva York. La política –explicó el entonces presidente checo– es “un área de la actividad humana donde la tentación de prosperar por medios deshonestos puede ser más fuerte que en otras, y por lo tanto la demanda de integridad humana es mayor”. Y añadió: “No es cierto que las personas idealistas no sirvan para la política. Sólo hace falta que sus ideales vayan acompañados de paciencia, consideración, sentido de la medida y comprensión para con los demás. No es verdad que sólo las personas sin sensibilidad, cínicas, arrogantes, altivas o conflictivas pueden tener éxito en la política”.

Víctor Manuel Arbeloa podría mirarse sin temor en el espejo de esas palabras porque las características citadas por Havel se ajustan con precisión a su dilatada trayectoria, empezando por los años del tardofranquismo, cuando él y otros promovieron la refundación del Partido Socialista en Navarra, pasando por su etapa institucional –el Parlamento de Navarra, el Parlamento Europeo...– y acabando en el periodo de crisis que agrietó su partido en los años noventa, etapas diversas e irrepetibles que en su caso han tenido siempre el denominador común de la libertad y de la defensa de Navarra. “La política es sobre todo el arte de hacer cambiar para bien a cada uno de nosotros y al mundo”, decía Václav Havel, y eso es lo siempre ha pretendido él de modo más o menos consciente. También cuando decidió volver a Etxarri Aranatz para descubrir a un tiempo la vida y el ejemplo de Jesús Ulayar.

El estudioso que lleva dentro no necesitó bibliografía ni archivos para documentar los antecedentes aquel viaje: le bastó repasar mentalmente sus visitas anteriores para encontrarse con un resumen elocuente de los cambios que ha experimentado la localidad en los últimos treinta años. En 1976, por ejemplo, acudió al pueblo para participar en un cursillo sobre doctrina social de la Iglesia. La idea había partido de la parroquia, de la que era entonces responsable don Tomás Lizarraga, y las sesiones se celebraron en el cine parroquial. Él intervino en una mesa redonda sobre la situación política y pudo apreciar desde el estrado cómo el público reflejaba de forma “evidente” las tensiones del momento. Jesús Ulayar había renunciado a la alcaldía unos meses antes y aún faltaban tres años para que se celebrasen las primeras elecciones municipales de la etapa democrática, pero la presión del nacionalismo ya exudaba por todos los poros

del pueblo. Y no sólo en Etxarri. El ambiente era entonces inflamable en muchos lugares y Víctor Manuel Arbeloa puso todas sus energías y hasta sus versos al servicio de la paz. Aquel mismo año, consciente del lastre casi insuperable del pasado inmediato, unió su firma a las de Julio Caro Baroja, Gabriel Celaya, Blas de Otero, Carlos Garaikoetxea o Tomás Caballero en una carta dirigida al recién proclamado rey Juan Carlos. La misiva reclamaba abiertamente la amnistía total, sin excluir a los autores de delitos de sangre. “Hondamente preocupados por el futuro de nuestro pueblo”, decía el texto, “hemos sido testigos del fracaso de la política represiva aplicada tenazmente durante muchos años en un fallido intento de resolver los problemas. Ante la espiral de violencia, creemos en la solución democrática y, como primera medida para ella, en la amnistía”.

Pero las coincidencias entre los partidos políticos recién legalizados apenas pasaron de ahí. Poco después del envío, el 16 de enero de 1977, el PNV quiso hacer de Etxarri Aranatz la nueva Estella del 14 de julio de 1931. Es decir, “un lugar emblemático del poder municipalista vasco”, en palabras del propio Arbeloa. No lo consiguió porque el Gobierno prohibió la convocatoria y porque la asistencia de representantes municipales fue más bien escasa. “A pesar de todo – tiene escrito –, en aquella reunión entusiasta, celebrada en el salón municipal de plenos, se anunció y proclamó claramente lo que el nacionalismo independentista vasco iba a llevar a cabo en los años venideros”.

Su paso por la política y por las instituciones le daría poco después una perspectiva privilegiada para percibir las cuestiones de fondo que latían en aquellos años crispados de la transición. En un artículo que escribió en 1988 y que llevaba por título “La resistencia de los navarros”, lo resumió así: “Eran los tiempos en que ETA mataba a mansalva y Herri Batasuna se extendía por Navarra y asistía al Parlamento Foral, del cual, en un momento dramático, tuve que expulsarlos para no irnos todos a casa. *Nafarroa Euskadi da* se había convertido en un grito de combate, coreado por todos los que querían llamarse progresistas o de izquierdas, por todos los que decían querer luchar contra el fascismo, la reacción y el conservadurismo”. La “obsesión” del PNV sobre Navarra – añadía – adquirió la envergadura de una “pesadilla” durante la etapa de Carlos Garaikoetxea al frente del Gobierno Vasco.

A finales de febrero de 1979, un mes después del asesinato de Jesús Ulayar, Víctor Manuel Arbeloa volvió a Etxarri para participar en un acto electoral. Él era entonces uno de los candidatos del PSOE. La reunión iba a celebrarse en un céntrico bar de la localidad, pero el lugar fue rodeado por decenas de personas dispuestas a boicotarlo. Prudentemente, los promotores del mitin decidieron suspenderlo. Algo similar les ocurrió en las mismas fechas a varios miembros de UPN que pretendían dar a conocer el programa de su partido recién fundado. Desde entonces, ninguna de las dos formaciones mayoritarias en Navarra se ha presentado en las elecciones municipales de la localidad.

Su faceta de historiador y escritor le empujó a regresar un tiempo después para situar los personajes y los sucesos de *Blancos y Negros*, “la sectaria novela de Arturo Campión”. Recorrió entonces las calles y los barrios de la vieja bastida levantada frente a “los malhechores castellanos de Guipúzcoa”. Precisamente, algunos libros de historia sitúan el nacimiento de la villa de Etxarri Aranatz en

1312, cuando “las gentes de la tierra” solicitaron al gobernador Enguerrand de Villers la construcción de una empalizada que los protegiera de sus vecinos, empeñados en atacar constantemente la zona. “El gobernador otorgó una carta de población que contenía significativas franquezas y privilegios (aunque mantenía la condición social de los pobladores, hidalgos y labradores) y dotaba de las necesarias estructuras para el gobierno del municipio”, ha explicado el historiador Luis Javier Fortún. No cesaron los ataques de los guipuzcoanos a pesar de la iniciativa y, en 1351, Carlos II completó la carta de 1312 con nuevos privilegios y acometió la construcción de una muralla de piedra que hiciera de la localidad una verdadera plaza fuerte. “Tal vez desde entonces se comenzó a usar el fuero de Pamplona en la villa”, ha aventurado Fortún.

En aquel paseo tras los personajes de Campión, Víctor Manuel Arbeloa pudo comprobar cómo las pintadas y los lemas de apoyo a ETA eran ya abundantes en las calles del pueblo. “Más numerosos aún y contundentes” los descubrió al acudir con unos amigos a la celebración del Nafarroa Oinetz: encontró la calle mayor convertida en “una exposición y exaltación de presos etarras”. “Hay pueblos que parecen ocupados por ETA”, escribió en diciembre de 2003, sin referirse a ningún sitio en concreto, pero pensando seguramente en la patria chica de los Ulayar. Y explicaba el porqué de su afirmación: “Durante semanas, meses y hasta años han permanecido y permanecen atroces pintadas, banderas y emblemas ajenos, monigotes repulsivos, burlas macabras durante fiestas patronales, cientos de señales viarias borradas o destruidas por estar escritas en castellano. (...) Mientras en cualquier otro lugar del mundo todo intento terrorista o fanático de secesión choca contra una firme y reconocida voluntad patriótica, aquí, aun en los mejores momentos, sólo trabajamos y luchamos ‘por la libertad’, así, en abstracto, como si existiera una libertad no encarnada en algo y para alguien”.

Otra vez en la que fue a Etxarri Aranatz a visitar a la familia de una religiosa que había conocido en Dakar (Senegal), ya en su etapa de parlamentario europeo, alguien le destrozó los faros del coche.

No fue fácil escapar de los antecedentes en la visita del 19 de enero de 2004. La tarde fría y soleada permitía distinguir la nieve en las sierras de Aralar y Satrustegui, un lenitivo paisajístico a la galería de pintadas que volvió a encontrar en el interior de la localidad. Muchas de ellas aparecerían citadas en su artículo: “Amnistia”, “Gora ETA”, “Presoak kalera”, “Diario de Navarra” junto a una esvástica, “Policía asesina”, “Hau ez da Ezpainia” (Esto no es España) o “Luis askatu”. Luis era Luis Mariñelarena, vecino del pueblo, condenado por el asesinato de Fernando Buesa y del ertzaina Jorge Díaz.

Víctor Manuel Arbeloa y sus dos guías pasaron por el polémico solar de las escuelas nacionales, que alberga hoy, “como quiso el alcalde Ulayar”, el frontón, la cafetería, la biblioteca y el hogar provisional del jubilado.

Repararon también en el cercano *alkartetxe* de Eusko Alkartasuna –“EA-PNV abertzale faltsuak zarete”, decía una pintada (EA-PNV, sois unos falsos patriotas)–, se acercaron al ayuntamiento –con un recuerdo al preso Bautista Barandalla en ambos lados de fachada–, recorrieron los barrios nuevos de Malkarramendi y Aldapasoro, y llegaron hasta la zona industrial, a lo largo de la

vieja carretera, “donde predomina la madrugadora Ufesa, hoy del grupo Siemens, con sus dos plantas, por cuya estabilidad y permanencia trabajó tanto el alcalde Ulayar”.

En el cementerio los recibió una pintada en el muro exterior: un tricornio tachado con una equis y, junto a él, la interjección “alde” (fuera). Dentro del camposanto, Víctor Manuel Arbeloa se conmovió con el epitafio en primera persona que acompaña los restos del ex alcalde y con la frase evangélica que sus hijos colocaron bajo el texto en euskera. En las tumbas próximas, entre las fotos y los símbolos religiosos, locales o profesionales, no tardó en descubrir un mapa de Euskalherria con el anagrama de ETA en su interior.

Volvieron a continuación al casco urbano, al barrio Mundiño, y visitaron la casa de tres pisos en la que nació Jesús Ulayar Liciaga y en la que estuvo alojado el Círculo Católico que regentaron sus padres. La última etapa del paseo les llevó hasta los escenarios del crimen: el número 4 de la calle Maiza, la plaza que el Salvador Ulayar de trece años atravesó detrás de los asesinos y la ruta que tomaron éstos para alejarse del pueblo.

Cuando se alejaron del pueblo por la carretera que conduce a Lizarrusti, Víctor Manuel Arbeloa miró de nuevo hacia las nieves recientes que tapizaban las laderas de San Donato. El porqué de aquella mirada apareció explicado en el último párrafo de su artículo: “Necesito ver algo limpio, algo puro, que me aleje de tanta crueldad, ferocidad y degradación inhumana”.

HERMANAS SANZ BIURRUN 25 AÑOS SIN CARLOS

Jesús Ulayar Liciaga fue una de las cuatro personas que ETA asesinó en Navarra en 1979. El primer muerto de aquel año de plomo que en el conjunto del país se cobró 85 víctimas fue Francisco Berlanga Robles, homenajeado también en Etxarri-Aranatz el 24 de enero de 2004. Después cayeron Pedro Fernández Serrano y Carlos Sanz Biurrun.

Pedro Fernández, que había nacido en un pueblecito de Salamanca y que llegó a Pamplona tras haber residido unos años en Mañeru, era el propietario de la cafetería Moicano, en la calle Navarro Villoslada, a muy pocos metros del Gobierno Civil. El establecimiento lo frecuentaban policías y funcionarios, y el dueño fue amenazado en varias ocasiones por atenderles. El 5 de abril de 1979, los terroristas escondieron una bomba en una cisterna de los servicios. El artefacto estalló a las 23.30 horas, justo cuando Pedro Fernández revisaba los baños antes de cerrar. Tenía 29 años, estaba casado con Raquel Martínez Aubán, natural de Esnoz, en el valle de Erro, y era padre de dos hijos de cuatro y cinco años.

El inspector del Cuerpo Superior de Policía Carlos Sanz Biurrun se había tomado decenas de cafés en el Moicano. La muerte de Pedro Fernández debió de conmoverle profundamente, como a los demás clientes. Seis meses después, el 8 de octubre, dos pistoleros de ETA lo acribillaron a tiros en la Bajada del Labrit, muy cerca de su domicilio. Estaba casado con Teresa Ilarregui, que fallecería en 1992 a consecuencia de una enfermedad.

Carlos Sanz tenía dos hermanas menores: María Elena y Paquita. A la segunda sólo le quedaban tres semanas para dar a luz cuando se produjo el atentado y el médico le aconsejó que se quedara en casa. No pudo asistir por tanto al funeral que tuvo lugar en la parroquia de San Miguel ni al concurrido entierro, celebrado en medio de una fortísima tromba de agua. Logró llegar al final de su embarazo a base de pastillas de Valium.

En cambio, las hermanas Sanz Biurrun no se perdieron ni uno de los actos organizados en Etxarri-Aranatz el 24 de enero de 2004. Conocían a los Ulayar porque habían coincidido en varias reuniones de la Asociación Víctimas del Terrorismo y porque son vecinas de José Ignacio, que vive como ellas en Zizur Mayor. Cuando desde el micrófono se animó a los asistentes a estampar sus manos en la fachada de la casa familiar, Paquita y María Elena se acercaron y dejaron marcadas sus palmas junto a las de otras personas, conocidas y desconocidas. Aquellas manos eran las suyas, pero también representaban de algún modo al policía ejemplar asesinado 25 años antes, al "hombre fundamentalmente bueno, abierto y comprensivo, todo amabilidad y simpatía", de acuerdo con la semblanza publicada en la primera página de *Diario de Navarra* un día después del crimen. Durante el homenaje a Jesús Ulayar, a María Elena y a Paquita les resultó casi inevitable refrescar los recuerdos que conservan de su hermano.

Carlos Sanz Biurrún había nacido en Guenduláin, un antiguo señorío de la cendea de Zizur, a unos quince kilómetros de Pamplona. Sus padres trabajaban de jornaleros al servicio del propietario y él creció junto a sus hermanas en un ambiente rural próximo a la extinción. El lugar aún conservaba la antigua parroquia de San Andrés y el palacio con almenas que cinco siglos antes perteneció a Francés de Ayanz, pero había ido perdiendo la vitalidad de otras épocas: la escuela se había vaciado, los caminos se habían quedado sin las voces y las carreras de los niños y varias casas veían crecer las grietas debido a los temblores que las minas de Potasas extendían silenciosamente en el subsuelo.

En 1953, Carlos ingresó en el seminario diocesano de Pamplona. Tenía trece años y se incorporó a una promoción de la que también formaban parte Jesús Labari, hoy párroco de San Lorenzo, en Pamplona, o Martín Sanz Belarra, de Baquedano, que perdió un brazo en los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid. Como ellos, estudió Filosofía y Teología durante años, decidido a ser ordenarse, pero hubo un momento en el que no lo tuvo claro y “prefirió dejarlo antes que ser un mal sacerdote”, según cuentan sus hermanas.

Pensó entonces en convalidar los estudios que había completado para obtener el título de Magisterio, pero la relación con un conocido de Astráin que se había incorporado a la policía le llevó a plantearse la posibilidad de seguir sus pasos. Sus hermanas recuerdan la ilusión con la que pedaleaba todos los días en su bicicleta hasta el barrio pamplonés de la Chantrea, donde preparó las pruebas de acceso.

Ingresó en el cuerpo en 1962 y su primer destino fue Bilbao. ETA apenas era entonces un grupo subversivo que intentaba darse a conocer con pintadas y pancartas de efímera duración. En algunos libros de historia se explica que el primer atentado serio que planeó la banda fue el descarrilamiento de un tren cargado de excombatientes del llamado ejército nacional, en el verano de 1961. El convoy se dirigía a San Sebastián con motivo de los actos que se habían organizado para conmemorar el 18 de julio. Varios miembros de la organización surgida tres años antes entre jóvenes nacionalistas quitaron algunos tirafondos de la vía y soltaron las bridas que unían los raíles, pero el ferrocarril completó el viaje previsto sin excesivas complicaciones. Algunos textos escritos en el entorno de ETA han hecho de aquel frustrado ataque la puesta de largo de las “actividades” del colectivo, pero hoy se admite que la bomba que estalló el 27 de junio de 1960 en la estación donostiarra de Amara también se debió a ETA. El artefacto – que en su momento un comunicante anónimo atribuyó a un supuesto DRIL (Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación) – causó la muerte de la niña Begoña Urroz Ibarrola, muy probablemente la primera víctima mortal de la banda terrorista. Fueron igualmente obra de ETA los tres explosivos caseros colocados en diciembre de 1959 en otros tantos objetivos considerados “simbólicos”: el Gobierno Civil de Álava (“como representación del Estado Español”), una comisaría de policía de Bilbao (“como representación de la represión”) y el diario *Alerta* de Santander, que pertenecía a la cadena de prensa del Movimiento (“como representación del enemigo ideológico”).

Carlos Sanz Biurrún escucharía con interés los episodios referidos durante su estancia en la capital vizcaína. El entusiasmo y la ilusión de sus 22 años hacían

imposible prever que aquel grupo que hablaba de sí mismo como “la resistencia vasca” y que decía mirarse en los espejos de Indochina, Argelia, Angola o Vietnam acabaría quitándole la vida unos años después.

No tardó en regresar a Pamplona, donde se incorporó a la Brigada de Investigación Criminal, el actual grupo de Policía Judicial. La ciudad vivía años relativamente tranquilos y el joven agente acabó conociendo por su nombre a muchos de los delincuentes que frecuentaban los calabozos de comisaría. Con algunos de ellos llegó a establecer una relación próxima a la amistad.

María Elena Sanz, diez años menor que su hermano, recuerda habérselo cruzado en alguna ocasión por la calle mientras conducía con absoluta familiaridad a algún detenido. Paquita fue incluso la causante involuntaria de que uno de aquellos raterillos de poca monta se diese a la fuga. Ella estaba interna en las Dominicas de la calle Descalzos y un día, durante el recreo, se acercó con alguna otra compañera a la Plaza del Castillo. Estando allí descubrió a Carlos, que caminaba junto a dos personas más, y corrió a abrazarlo. Su irrupción trastocó la marcha del reducido grupo y el “chico joven” que avanzaba en medio echó a correr sin que ni Carlos ni su compañero lograsen capturarlo. Paquita se quedó preocupada, pero los agentes le quitaron importancia a lo sucedido. “Tranquila, ése no lo volverá a repetir”, le dijeron. Cuando vuelven sobre aquellas anécdotas, sobre el cariño inconmensurable que le tenían a su hermano mayor, María Elena y Paquita terminan siempre su relato con la misma conclusión: “Estábamos orgullosísimas de él”.

Con todo, mientras Carlos Sanz Biurrun y los otros agentes de la brigada le tomaban la medida a la delincuencia más o menos habitual que puede albergar una ciudad de tamaño medio, la organización clandestina que poco antes había hecho saltar las alarmas en las comisarías de San Sebastián o Bilbao empezó a dar muestras de haber llegado también a Pamplona. El 22 de diciembre de 1964, a las 3:15 horas, estalló un artefacto explosivo en el Monumento a los Caídos, en la plaza Conde de Rodezno. Los autores habían colocado dos cargas, pero sólo funcionó una de ellas. El recinto apareció además sembrado de octavillas que explicaban el porqué del atentado, y de pintadas que quizá querían arrojárselo ideológicamente. Una de ellas decía: “Navarra para los navarros”. Y otra: “Dios-Patria-Rey = Opio”. Aunque los daños materiales fueron escasos, el eco de la explosión tardó varios días en extinguirse. El ataque fue reivindicado por *Iratxe*, un grupo que la propia ETA había promovido poco antes para actuar en la Comunidad foral. *Iratxe* distribuyó una revista con el mismo nombre por pisos y portales de Pamplona, Estella y Olite, y al cabo de 18 meses acabó aparcando su denominación para fusionarse “oficialmente” con ETA. Sus responsables explicaron entonces en un comunicado que la unión se debía a “la coincidencia total de puntos de vista”, pero la medida fue más bien propagandística porque ambas organizaciones eran una misma cosa desde su nacimiento.

El 16 de enero de 1965, casi a la vez que se hacía público el texto de *Iratxe*, varios agentes de policía abordaron en el centro de Pamplona a Jokin Gárate, un militante de ETA natural de Algorta que había sido juzgado en rebeldía la semana anterior. Los funcionarios le pidieron la documentación y el joven emprendió la huida. Sus perseguidores hicieron uso de las armas y un disparo

alcanzó a Gárate en el muslo. El activista quedó detenido. Fue, probablemente, el primer enfrentamiento que se registró en Navarra entre un miembro de ETA y las fuerzas de seguridad.

Dos semanas después, el 2 de febrero, la policía arrestó en Elizondo a la joven francesa Christianne Etxaluz, una militante de *Enbata* –colectivo próximo a ETA creado en 1963 al otro lado de los Pirineos– que se dirigía a Pamplona para asistir a clase, ya que cursaba sus estudios en la Universidad de Navarra. Fue acusada de haber participado en el atentado contra el Monumento a los Caídos.

Carlos Sanz Biurrún vivió en primera línea aquellas detenciones, y también el destacado suceso que tuvo lugar el 5 de enero de 1969. Dos meses antes, la policía había detenido a Arantza Arruti Odriozola, responsable de la organización terrorista en la Comunidad foral. La joven fue conducida a la prisión de Pamplona, donde quedó ingresada. Su marido, Gregorio López Irasuegui –uno de los militantes más destacados de la banda– y Javier Izco de la Iglesia –acusado de ser el autor de los disparos que acabaron con la vida de Melitón Manzanas– se presentaron en la cárcel con la intención de liberarla. Ambos iban armados y se enfrentaron con los funcionarios, pero un disparo de éstos alcanzó a Izco en el pulmón, hiriéndole de gravedad. López Irasuegui también fue arrestado. Meses después, Arruti, López Irasuegui e Izco se convertirían en tres de los protagonistas del Proceso de Burgos.

Aquel mismo año de 1969 se produjo otro incidente de cierta envergadura: el 6 de abril, coincidiendo con la celebración del Aberri Eguna, dos militantes de EGI, las juventudes del PNV, perdieron la vida en las cercanías de Ostiz, junto al valle de la Ulzama, al hacer explosión el artefacto que preparaban en el interior de un Morris. Los muertos, ambos de Pamplona, eran Joaquín Artajo Garro y Alberto Azurmendi Arina. Artajo ya había ingresado en ETA cuando tuvo lugar el episodio.

Carlos Sanz no pudo dejar de inquietarse ante la presencia creciente de miembros de ETA que se adivinaba en los hechos descritos. Sus familiares le sugirieron la opción de rescatar el título de Magisterio y tomar un nuevo rumbo profesional, pero él prefirió seguir siendo policía. “Si con eso se arreglaran las cosas”, solía decir cuando le hablaban de cambiar de trabajo. Tampoco el ataque con explosivos perpetrado el 6 de marzo de 1972 contra el monumento al Duque de Ahumada o el secuestro del industrial Felipe Huarte en enero de 1973 le hicieron variar de opinión. Continuó preocupándose por los detenidos, ayudando a los familiares que se interesaban por ellos en comisaría y procurando resolver todos los favores que le pedían, estuviesen o no en su mano.

El atentado que el 26 de noviembre de 1977 costó la vida a Joaquín Imaz aumentó varios grados su preocupación y la de quienes estaban cerca de él. Los asesinatos de ETA empezaron a hacerse frecuentes en aquellos años y su hermana María Elena aún recuerda el vértigo que le invadía cuando el Telediario anunciaba un nuevo crimen: “Que no digan Carlos, que no digan Carlos”, se repetía a sí misma.

Por aquellas fechas, la madre del inspector sufrió una hemiplejía y estuvo ingresada dos meses en el Hospital de Navarra. Él se buscaba un hueco todos

los días para acercarse al centro y darle la comida. Coincidió bastantes veces con sus hermanas o sus cuñados y éstos no pudieron dejar de reparar en las medidas de seguridad que había ido incorporando a su vida cotidiana: al salir del edificio o al acercarse al coche, iba siempre por delante, atento a cualquier presencia extraña.

Es probable que comentase su inquietud con Pedro Fernández en la barra del Moicano. El propietario del local había puesto en conocimiento de la policía las amenazas recibidas y parece lógico pensar que retomase el tema aprovechando alguna conversación más discreta en torno a unas tazas de café. Lo cierto es que su esposa, Raquel Martínez, que también trabajaba en la cafetería, se acuerda perfectamente de Carlos Sanz, de los muchos cafés que le puso y de los puritos que a veces se fumaba después de comer. Más de una vez lo vio charlando con su marido, aunque no sospechó entonces que uno de los motivos de aquellas conversaciones estaba relacionado con la organización terrorista que acabaría segando la vida de ambos.

Carlos Sanz era una persona metódica, de hábitos regulares, y a sus asesinos no les resultó difícil comprobar que volvía todos los días a su domicilio, en el número 28 de la calle Tejería, a las 14:45 horas. El 8 de octubre de 1979 le esperaron en la Bajada del Labrit y lo acribillaron a tiros cuando acababa de aparcar su Seat 132. Dos de los disparos le alcanzaron en la cabeza y otros en el pecho. Murió en el acto.

Las detonaciones alertaron a los vecinos y algunos se asomaron al lugar de los hechos a tiempo de ver a un joven “de unos 25 años”, con barba, que vestía una camisa “de cuadros grises” y que mantenía los brazos extendidos mientras su pistola caliente aún apuntaba al policía. Casi todos identificaron de inmediato al hombre que se desangraba sobre el pavimento porque se habían cruzado con él en decenas de ocasiones, porque habían cambiado impresiones sobre mil cosas, porque le querían. “Al verlo me he dado cuenta de que era el policía que vivía en nuestra calle”, explicó a la prensa una vecina. “Llevaba el traje gris que solía vestir muy a menudo. Era muy cordial y saludaba al pasar. Tenía un perro grande al que los niños conocían bien porque en cuanto lo sacaba a la calle se acercaban”.

A María Elena Sanz le llamó una amiga que vivía junto al Labrit. “Tu hermano ha tenido un atentado —le dijo—, pero no te apures, porque ha venido una ambulancia y ya se lo han llevado”. Con la incertidumbre carcomiéndoles por dentro, ella y su marido fueron rápidamente al Hospital de Navarra, pero sus esperanzas se derrumbaron nada más llegar: el cuerpo sin vida de Carlos yacía en una sala del Servicio de Urgencias.

La capilla ardiente se instaló en el salón del trono del Gobierno Civil. María Elena Sanz también tiene grabada una escena singular que se produjo en el interior. Varios compañeros del inspector asesinado velaban su cadáver y algunos familiares y amigos lo lloraban en silencio, cuando entró a la estancia un hombre de aspecto desaliñado, quizá un delincuente al que Carlos habría detenido en alguna ocasión. El recién llegado se dirigió directamente hacia el ataúd y, abrazándolo, exclamó: “¡Tú eras como mi padre!”. La aparición quebró la formalidad del duelo, pero no extrañó demasiado a los presentes: todos conocían el cariño que profesaban al fallecido muchos de los maleantes

habituales de la ciudad. Esos mismos lazos explicarían después que los gitanos estuviesen llevando flores a su tumba durante años.

El funeral lo celebró Javier Lorente, el sacerdote que había presidido su boda unos años antes en la parroquia de Zizur Mayor. En la homilía citó unas palabras que un joven Juan Pablo II acababa de pronunciar en Irlanda: “Que nadie llame al asesinato con otra palabra que la de asesinato”.

La comitiva fúnebre dio dos vueltas a la Plaza de las Merindades – entonces del General Mola – antes de tomar la dirección del cementerio. Cientos de personas salieron a la calle para dar el último adiós al policía asesinado y una larguísima caravana de coches siguió al furgón fúnebre hasta el camposanto pamplonés, donde fueron inhumados sus restos. Las catorce coronas de flores que fueron depositadas junto a su tumba revelaron de algún modo el afecto que profesaban al difunto tantísimos vecinos de Pamplona.

Los hermanos Ulayar han contado más de una vez la impresión que les causó observar cómo *Chiqui*, la perra que tenían en casa, gemía y lloraba junto al cuerpo sin vida de su dueño. La reacción del pastor alemán de Carlos Sanz fue muy similar. El animal se detenía con ojos tristes junto a las prendas del inspector que iba descubriendo en diferentes lugares de la casa. Y durante meses, cuando Teresa Ilarregui lo sacaba a pasear, se sentaba invariablemente en el punto exacto donde cayó acribillado, sin que hubiera forma de moverlo de allí.

Sin embargo, tuvieron que pasar 25 años para que alguien volviera a recordar al policía pamplonés en el lugar del crimen. Fue el 9 de octubre de 2004. Como había hecho en Etxarri-Aranatz, Libertad Ya convocó un acto cívico para rendir a Carlos Sanz Biurrun y a Pedro Fernández Serrano el homenaje que no tuvieron cuando ETA acabó con sus vidas. La cita fue en la Bajada del Labrit, en el mismo lugar donde quedó tendido el cadáver del inspector. Y si Paquita y María Elena habían estampado nueve meses antes sus manos blancas en la vivienda de los Ulayar, entonces fue Salvador, el pequeño de los hermanos, el encargado de entregar a ambas un ramo de flores. Representaba la gratitud de todos los presentes por tantos años de dignidad en medio del dolor y el abandono.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abril, María Carmen:
Aguilar García, José:
Aguirre, Juan Mari:
Aizpún Tuero, Jesús:
Alcalde, Javier:
Alcocer Jiménez, Jesús:
Aldaya, José María:
Apesteguía, Asun:
Aramburo, Pilar:
Arbeloa Muru, Víctor Manuel:
Arnedo Urtasun, Beatriz:
Arregui Izaguirre, Joseba:
Arregui Letamendía, Rosario:
Arregui Maiztegui, Susana:
Arroyo, Maribel:
Arroyo González, Sebastián:
Arteta, Aurelio:
Arteta, Iñaki:
Artolazábal, Eloy:
Arza Muñuzuri, Juan Manuel:
Astráin, Jesús Ignacio:
Atarés Peña, Juan:
Ayarra, Natalia:
Ayuso, María Luisa:
Aznar, José María:
Azpíroz, Javier:
- Baena Martín, José Manuel:
Baglieto, Ramón:
Barcina Angulo, Yolanda:
Barros Ferreira, José Ricardo:
Beaumont Etxeberria, Iñaki:
Beiro, Juan Carlos:
Berlanga, Francisco:
Blanco Garrido, Miguel Ángel:
Borbón, Felipe de:
Broseta Pont, Manuel:
Bueno Asín, Jesús:
Buesa, Fernando:
Burgo Tajadura, Jaime Ignacio del:
- Caballero Martínez, Ana:
Caballero Martínez, Javier:
Caballero Martínez, José Carlos:
Caballero Martínez, María:
Caballero Martínez, Tomás:
Caballero Pastor, Tomás:
Calleja, José María:
Campión, Arturo:
Caro Baroja, Julio:
- Carrero Blanco, Luis:
Casals, Pau:
Casanova Vicente, Francisco:
Celaya, Gabriel:
Cervera Soto, Santiago:
Chourraut Burguete, Javier:
Cuesta, Cristina:
- Delclaux Zubiría, Cosme:
Delibes, Miguel:
Díaz Elorza, Jorge:
Díaz de Cerio, Gerardo:
Domínguez, Luis:
Domínguez Iribarren, Florencio:
- Echarri, Blanca:
Elías, Pilar:
Elola, Patxi:
Embid Luna, Julián:
Erice, Javier:
Eseverri Chávarri, Juan Antonio:
Espada, Arcadi:
Etxabarri, Peio:
Etxabarri Garro, Juan María:
Etxabe, Jon:
Etxabe Orobengoa, Juan José:
Ezpeleta, Eradio:
- Fernández Álvarez, Antonio:
Fernández de Garayalde, Andrés:
Ferri Pérez, José:
Fidalgo, Ana María:
Forest, Eva:
Fortún, Luis Javier:
Franco Bahamone, Francisco:
- Gabeiras Montero:
Galdós Arsuaga, Mercedes:
Galletero, Alfonso:
Gandhi:
Gangoso Otero, Julio:
Garaikoetxea Urriza, Carlos:
Gárate, Garbiñe:
García, Alfredo:
García de Dios, Ángel:
García Garrancho, Mariano:
García Pérez, Julio:
García Villoslada, Jesús:
Garmendia, Estíbaliz:
Goldaracena, José Manuel:

Goldáraz Aldaya, Javier:
González Fontana, Miguel:
Goñi, Florencio:
Gorospe Lertxundi, Pedro María:
Gorostidi, Jokin:

Havel, Václav:
Huici Mendiola, Francisco Javier:

Ibarrola, Agustín:
Ibarrola San Martín, Ramón:
Iglesias Zamora, Julio:
Imaz Martínez, Joaquín:
Iriarte, Luis María:
Iribarren, Jaime:
Iriberry Rodríguez, José Miguel:
Irujo, Manuel:
Iruetagoiena Larrañaga, Inmaculada:
Iruetagoiena Larrañaga, José Ignacio:
Iturrioz, Patxi:
Izko de la Iglesia, Javier:
Izquierdo, José María:

Jáuregui, Juan María:
Jáuregui, Ramón:
Jiménez Fuentes, Fernando:
Juaristi, Jon:

Kalzada, Julen:
Kiroga Astiz, Santi:

Lacasta Egea, Koldo:
Lander Azcona, Jesús María:
Lanza del Vasto:
Larrínaga, Jaime:
Lasa Mitxelena, Juan Lorenzo:
Lasarte, José Manuel:
Latienda Urroz, Chon:
Layana, Ramiro:
Legorburu, Juan José:
Lewis, C.S.:
Liciaga, Inés:
Lizarraga, Tomás:
Lizarralde Urreta, Juan María:
López, María José:
López de la Calle, José Luis:
López González, Manuel:
Lujúa Gorostiola, José Miguel:
López Irasuegui, Gregorio:

Madrid, José Luis:
Malón Nicolao, Jesús:
Manzanas, Melitón:
Mariñelarena Garciandía, Bautista:
Mariñelarena Garciandía, Luis:
Mariñelarena Imaz, Peio:

Martín Hernández, Bonifacio:
Martín Villa, Rodolfo:
Martínez de la Fuente, José Ramón:
Martínez Oroz, Pilar:
Mauleón, Javier:
Mediavilla, Miguel Ángel:
Mejjide, José Ignacio:
Melville, Herman:
Mendirry, Ruperto:
Mora, Gotzone:
Música Astibia, José Javier:
Música Astibia, Rafael:
Música Zubeldia, Daniel:
Muguruza, Josu:
Munáriz, Santos:
Mundiñano Ezcudari, Rosa:
Mur, Maite:

Nagore Cavero, Jorge:
Navarro Florido, Lina:
Nazábal Auzmendi, Juan:
Nazábal Auzmendi, Vicente:
Negro, Alberto:
Negro, María del Mar:

Ochoa, Mari Carmen:
Olaiz Rodríguez, Jorge:
Ollo Casas, Adriana:
Ollo Casas, José Luis:
Onaindía Nachiondo, Mario:
Ordaz, Pablo:
Ordóñez, Gregorio:
Oroz, Luis:
Ortega, Eterio:
Ortega Lara, José Antonio:
Otero, Blas de:

Pagazaurtundua Ruiz, Iñaki:
Pagazaurtundua Ruiz, Joxeba:
Pagazaurtundua Ruiz, Maite:
Palacín Pellejero, Tomás:
Palacio, Loyola de:
Pascal, Joaquín:
Pegenaute, Pedro:
Pena, Enrique:
Percaz, Andrés:
Pérez Calvo, Alberto:
Pérez de Obanos, José Joaquín:
Pérez de Viñaspre, Joaquín:
Petri, Alberto:
Picatoste González, José:
Pontecorvo, Gillo:
Portell, José María:
Postigo Mejías, Ángel:
Prieto, Eduardo:
Prieto García, José Luis:

Puig Maestre, Francisco:

Querejeta, Elías:

Ramírez, Pedro J.:

Recasens, Félix Antonio:

Repáraz Lizarraga, Jesús María:

Ríos, Benito:

Rodríguez, Natividad:

Rodríguez Sáiz, Germán:

Roig, Manuel:

Roig Ulayar, Adriá:

Roig Ulayar, Julia:

Roldán, Luis:

Román Casasola, Antonia:

Romeo Rotaeché, Ramón:

Rosón, Juan José:

Rubenach Roig, Germán:

Ruiz Langarica, Miguel Ángel:

Ruiz Hernández, Francisco:

Ruiz Romero, Francisco:

Ryan, José María:

Sáenz de Santamaría, José Antonio:

Sáez de Tejada, Matilde:

Sagardía, José Martín:

Sagastibelza, Juana:

Sáiz, David:

Sáiz Aja, Rosalía:

Sanchís, Ima:

Sanz Biurrun, Carlos:

Sanz Sesma, Miguel:

Saralegui, Francisco José de:

Sarasola Arregui, Ceferino:

Savater, Fernando:

Sebastián Aguilar, Fernando:

Sierra, Federico Miguel:

Sierra, José:

Tejero:

Tellechea Echarri, Ana:

Tellechea Echarri, Nerea:

Ulayar, José Miguel:

Ulayar Arroyo, Daniel:

Ulayar Arroyo, Jaime:

Ulayar Echarri, Juan:

Ulayar Huici, Eugenio:

Ulayar Liciaga, Jesús:

Ulayar Liciaga, Martina:

Ulayar Liciaga, Petra:

Ulayar Mundiñano, Jesús:

Ulayar Mundiñano, José Ignacio:

Ulayar Mundiñano, Mari Nieves:

Ulayar Mundiñano, Salvador:

Uranga Santesteban, José Javier:

Urbiola Machinandiarena, José Antonio:

Uriarte, Eduardo:

Uribe, Imanol:

Urquiola, Pello:

Urralburu Tainta, Gabriel:

Urtasun, Domingo:

Vals, Maribel:

Vélez, Vanessa:

Viguria, Albito:

Villers, Enguerrand de:

Visiedo Calero, Juan José:

Vives, José:

Zabalza Gárate, Mikel:

Zaldúa Corta, José María:

Zubeldía, Reyes:

Zubieta Zubeldía, Juan José:

Zubitur, Silvestre:

Zurutuza, Arrate:

